**O. R. Spíndola & Comp., Editores.**

# MONEDA FALSA

(2ª Parte de El Cuarto Poder)

—POR—

**EMILIO RABASA**

**(Sancho Polo).**



**MEXICO.**

TIPOGRAFÍA DE O. R. SPÍNDOLA Y COMPAÑÍA.

Ex-Seminario 2.

1888.

## I.

## Una visita.

CUATRO sillas, una mesa, un catre, una palangana desportillada y docena y media de libros, formaban el ajuar, adorno y pertrecho del angosto cuarto de un escritor, en el piso bajo de la casa número 3¼ de la calle de San Lorenzo. Pero cada cosa en su lugar, ó por mejor decir (puesto que nada tenía allí lugar propio), en el sitio que le había asignado una mano cuidadosa, que sobre lo cuidadosa mostraba ser limpia, por la ausencia del polvo, que en esta Ciudad de los palacios todo io envuelve y ensucia.

Que esta limpieza no era obra del escritor, bien claro lo decían la mesa llena de

tinta, los libros descuadernados, y las maltrechas sillas; sobre una de las cuales la palangana salpicada de agua en los bordes, y el mojado y blandujo pan de jabón corriente, abandonado sin precauciones de aseo en el asiento, demostraban precisamente lo contrario; es decir, que el tal escritor cuidaba poco de la limpieza que con tanto esmero trataba de conservar la mano de la maga misteriosa......

Ni maga ni mago. Á no ser que Doña Calixta resultara después, despojándose, como culebra, de su piel tostada y rugosa, una princesa encantada por amaños é inquina de algún desalmado encantador. Pero no; esto no llegó á suceder nunca, por más que el escritor aquél, me manifestó varias veces sus sospechas de que Doña Calixta no era una vieja común y corriente, sino que tenía algo de extraordinario, procedente de relaciones con los ángeles ó de pacto con el demonio.

El cuarto se llenaba de colillas de cigarros, y pedacitos de papel por alguna cuartilla que el escritor rompía; las ropas de la

cama se revolvían; porque un visitante prefería acostarse; salía de debajo de la cama el vetusto baul, porque Pepe se cambiaba la camisa. Esto no importaba. Mientras Pepe salía á la esquina por un cuaderno de papel, desaparecían las colillas y todas las basuras; la cama se arreglaba, el baul volvía á su lugar, todo en cinco minutos, y bien hecho, como hecho con cariñoso interés.

Doña Calixta, portera de la casa, y cocinera, lavandera, ayuda de cámara, ama de llaves de Pepe Rojo, frisaba en los setenta á mi entender; andaba penosamente, pero sin pararse á pensar las cosas, ni á calcular el trabajo de cada faena.

La familia *de arriba* pagaba á la vieja cuatro pesos mensuales, le daba el cuartucho del fondo para vivir, y *además* (así se lo dijeron), además *le permitían* que trabajase en cualquier cosa, con tal que no abandonara el cuidado de la puerta. La franquicia era una ganga; pero Doña Calixta no podía sacar de ella ventajas de consideración á los setenta años, adicionados con este y el otro achaques propios de tal suma de primaveras.

Las propinas eran ilusorias, porque los de arriba no tenían que darlas, así trasnocharan sin conciencia; el dueño de la tocinería no entraba por el zaguán, y Pepe..... tenía cuenta abierta, imposible de llegar á cerrarse.

No era ya Pepe, para mí, el decidor chispeante, el maleante y gracioso hablador, mezcla de pudor y cinismo que me encantaba y entretenía las horas enteras con su charla llena de intencionada hinchazón y burlescos tropos. A medida que mi carácter fué modificándose bajo la acción del elemento en que vivía yo, el estudiantón me pareció pesado, pedante y fastidioso, y sus genialidades, efecto estudiado de una vanidad envuelta en chocarrerías de mal gusto. Sin embargo, era uno de mis pocos amigos, tenía que tratar con él casi diariamente, y su insistencia en decirme bajo diversas formas «Hemos de hablar un día de tantos,» me picaba, me causaba impaciencia y desazón, pero siempre con mezcla de irresistible curiosidad. Por su parte, él no se daba prisa para hablar conmigo, sobre el misterioso asunto.

Aquella mañana, venciendo uno como temor que me causaba la idea de hablar á solas y en serio con Pepe, llegué á su cuarto cuando estaba con la cara llena de jabón, regando el agua de la palangana sobre la silla, los libros y el suelo. Sin interrumpir su tarea, abrió los ojos rodeados de blanca espuma, y después de mirarme de pies á cabeza me dijo:

—Buenos días, joven ilustre; parece que Ud. se unta la prosperidadad en el cuerpo. No hay domingo sin estreno para Ud. Ese traje de color de haba es nuevo; ya lo veo, y hasta lo envidio; pero lo que no envidio es esa cara que cada día se pone más huesosa y descolorida, sepa Judas por qué.

Enjugó la ancha faz con la tohalla raida que colgaba del respaldo de la silla, y como Doña Calixta entrara en ese momento, y tratara de sacudir la mesa, Pepe me dejó en paz por un momento.

—Señora Doña Cal, dijo á la vieja, que le oyó sin volver la cara; ya le he dicho á su señoría que deje quietas mis literaturas y no se meta con ellas. Esos papeles están en

orden, allí donde Ud. los ve, y si la ignorancia pone mano en ellos, se trastornarán y no sabré después donde empieza mi artículo.

Vino á sentarse junto á mí y continuó.

—Ese artículo, caballero, está escrito en castellano; lo cual no es poca fortuna para él en los tiempos que corren. Tanta tontería he hecho yo en la vida, que me ha ocurrido ahora aprender el idioma de nuestros padres; y como tengo vocación para todo lo inútil, me parece que me voy saliendo con la mía.

—¿Sigue Ud. con sus críticas? pregunté distraidamente.

—¡Ps! hizo Pepe. Con mis críticas, sí señor. Ya hablaremos un día de tantos. Pero mientras eso se puede, le recomiendo á Ud., como los malos poetas á sus amigos, que lea mi artículo mañana ó pasado en *El Cuarto Poder*. Se lo encargo mucho, mire Ud. que va en castellano.

—Sí, ya lo sé, respondí con indiferencia; he visto algún elogio de esos artículos, parece que caen bien.

—Me gusta á mi este público por su des-

parpajo. Me deleita la gente que es así, como yo. Acostado en esa cama á las once de un día de elecciones, escribí un artículo que escurría sangre, contra la pereza y apatía del pueblo que no tiene virilidad, etc.; y me cuenta Doña Cal que el señor tocinero mi vecino, leyó ese artículo conmovido, é indignado contra ese pueblo vil, un día que su establecimiento permaneció cerrado porque su dueño almorzó con más *pulque* del que fuera prudente. Mis críticas de costumbres recojen aplausos, sí, señor; por eso me gusta este público tan despabilado y tan........ En fin, ya hablaremos, Juanillo, ya hablaremos cualquier día. Pero hágame el favor de leer mi artículo de mañana ó pasado, que no sé cuándo saldrá á punto fijo; pero que saldrá de todos modos en esta semana.

Hice un movimiento de impaciencia que Pepe notó; me miró con atención, y tratando, al parecer, de cambiar de asunto, me preguntó en seguida:

—¿Y cómo va de *Censor?*

—Bien, contesté, animándome desde luego; se redacta con desahogo; como que sale

dos veces por semana y Claveque me ayuda bien.

—Bastante bien, ya lo sé; dijo Pepe con cierta extraña entonación.

—No crea Ud., añadí, que escribe como parece; eso no; pero tengo cuidado de corregir sus escritos, y aun algunas veces les agrego párrafos enteros. Pero lo cierto es que tiene chispa y vigor y que no tiene miedo. *El Censor* será diario dentro de poco; como que, sin agravio de nadie, tiene muchos más suscritores que *El Cuarto Poder*.

—¡Ya lo creo! exclamó Pepe, meneando la cabeza. Nuestro diario no los necesita, ni los puede conseguir con laudatorias al Gobierno; mientras *El Censor* tiene el atractivo de ser enemigo de todo el mundo. El Sr. Albar y Gómez sabe mucho en achaques de periodismo. Yo le levantaría una estatua de papel mascado, para eternizar su nombre y presentarle como ejemplo á las generaciones futuras.

—*El Censor*, continué yo, sin hacer caso de las palabras de Pepe, tiene ya buena circulación, y al paso que lleva, será al fin uno

de los periódicos más leidos, el de más renombre tal vez.

—¡Cuidado!

—¿Por qué no decir la verdad? Ud. me conoce y no atribuirá esto á vanidad. Cuando *El Cuarto Poder* volvió á ser gobiernista, me resolví con pena á separarme de Albar; porque yo nací para el periódico de combate; y lo habría hecho, si á Albar no le ocurre fundar otro bajo el nombre de *El Censor*, en otra imprenta y manteniendo el temperamento que el diario había tenido hasta entonces. Si Albar hace mal en esto, á mí no me importa; yo soy enemigo de este Gobierno y lo he sido desde antes, y sigo siéndolo en el periódico que escribo. No soy inconsecuente, ni cambio de casaca todos los días.

—Sin agravio de lo presente, dijo Pepe.

—Los periódicos lo declararon así cuando Albar volvió á ser amigo del Gobierno, diciendo que yo me separaba de la redacción, por no estar conforme con el cambio, y me dirigieron calurosos elogios. Tomé de nuevo la pluma para escribir *El Censor*

y desde luego encontré suscritores; todos los de *El Cuarto Poder* van siéndolo del nuevo; los aplausos que antes se tributaban á aquél se consagran ahora á éste, y yo siento que mi pluma vuelve ya á ser, como antes, viva, enérgica, atrevida, la más viril y la más ...

—¡Cuidado, cuidado! exclamó Pepe con gesto de fingida alarma. Mire Ud. que nada deja para la mía, ni siquiera para la de Sabás, que también es buen escritor......

Creo que al descender tan bruscamente de la altura á que me iba encaramando solo, al oir aquella burleta de Pepe, la sangre huyó de mis mejillas y sentí un golpe de vergüenza que me humilló. El estudiantón se echó á reir á carcajadas, y yo corrido y lleno de coraje, hice ademán de tomar mi sombrero.

—¿Quiere Ud. tomar el desayuno? me preguntó Pepe, viendo entrar á la portera con una taza y una pieza de pan sobre una despintada bandeja.

—Gracias, contesté secamente,

—Pues me hará Ud. la corte mientras tomo esta sana leche aguada. Señora Doña

Cal......andria; ya le he dicho á Ud. que siquiera cuando tengo visita me traiga una servilleta para poner sobre la mesa. Eso de que un artículo inédito, nada menos que inédito, me sirva de mantel, deprime mi vanidad de escritor.

Doña Calixta salió sin contestar una palabra, y Pepe continuó, entre sorbo y sorbo.

—¿Con que no quiere Ud. desayunarse conmigo? ¡Qué ha de querer Ud.! Ese traje necesita por lo bajo una costilla de carnero y media botella de algún *chateau*. ¡Demonio! Se está Ud. volviendo muy gastador y muy elegante! Si le vieran así en San Martín de la Piedra, le aclamaban por alcalde cuando menos!

De nuevo comencé á irritarme, oyendo á Pepe, y maquinalmente me paseaba con inquietud por el cuarto, procurando distraerme para no enfadarme, ya tomando un libro, ya mirando cada mueble, cada papel de los que estaban regados en desorden en derredor de la taza del periodista. Siguió él hablando de hilo, dirigiéndome puyas á las que en vano trataba yo de cerrar los oídos;

y cuando mi impaciencia llegaba á punto de no poder contenerse, tomó Pepe el último sorbo de la taza y volviéndose á mí, me miró de pies á cabeza y exclamó:

—Yo también me he mandado hacer un traje de escritor. Eso importa mucho para la buena inspiración. Pero, amigo mío; me temo que si *El Censor* y *El Cuarto Poder* se mueren, Ud. y yo nos quedaremos en pelota. En fin, la fama es buena aunque solo sea untada en la superficie.

Esto era ya demasiado para mi amor propio. Dominando mi irritación y mordiéndome los labios, me acerqué á la mesa para tomar mi sombrero; pero al apartar dos cuartillas que Pepe había puesto sobre él para hacer lugar á su taza, mi vista se detuvo en un título escrito con gruesos caracteres que decía:

## Moneda Falsa.

Lancé á Pepe una mirada cuya significación debió de entender, según el semblante serio que le ví, y abrí la boca para hablar.

Pero el estudiante arrostró mi actitud con la tranquilidad del que ha previsto ó provocado el conflicto: grave, frío y formal. La cólera que me embargaba no se aplacó; pero cedió mi valor, y tuve miedo de aquel hombre que tan pocas veces sabía poner cara tal. Su actitud, su mirada imperturbable, parecían provocarme y decirme: «habla, que eso es lo que quiero.» Y por eso mismo yo no hablé, sino que retrocedí hasta la puerta, mudo, ahogando mi enojo, y al estar en el umbral, volví la espalda, diciendo con voz sofocada:

—Hasta luego.

Creo que Pepe no me contestó. Salí á la calle, anduve aprisa, y á pocos minutos entré en el cuarto que llamábamos Claveque y yo la redacción de *El Censor*.

Claveque no había llegado aún; pero ya me esperaba, sentado en su lugar de costumbre, el pobre Sabás, siempre leyendo mis artículos, aunque fuera por centésima vez.

—¡Sabé Ud.! gritó al verme.

—Qué cosa.

—El último cuadro de costumbres de Pe-

pe Rojo, ha sido reproducido ya por cinco diarios, que lo llenan de elogios.

—¿Y qué? dije amostazado.

Y fuí á sentarme á mi mesa sin volver á dirigir á Carrasco una palabra.

## II.

## El Censor.

Cuando el Sr. Albar y Gómez, por transacción concluida y perfecta, volvió al camino abandonado de su antiguo periódico *La Columna*, me denunció los términos del contrato, que yo, en verdad, no pude entender, quizá porque no tomé mayor empeño en analizarlos.

Mi posición mejoraba notablemente, según él decía; pues iba yo á tener cien pesos de sueldo y completa, absoluta libertad. El sueldo corría desde luego; pero en cuanto á mi trabajo, él me indicaría después, cuando fuera tiempo, cuál había de ser, cómo y so bre qué bases. Convino en que no escribiera yo, mientras tanto, en *El Cuarto Poder*;

pero me instó repetidas veces, hasta rendirme, para que sin embargo, aceptara yo el sueldo que me había señalado, aun durante los días que tendrían que pasar antes de que se emprendieran los trabajos de que me hablaría después.

Y en efecto, apenas trascurrido un mes, llamóme una mañana á su escritorio, y con la frialdad comercial que acostumbraba, me dijo en cuatro minutos que fuera yo á tal imprenta, que contratara allí la impresión de un periódico que se publicaría dos veces por semana bajo mi nombre, sin que el suyo apareciera para nada, y que desde el 15 de Enero comenzara mis trabajos. En el nuevo periódico yo dispondría las cosas á mi antojo; podría yo combatir y atacar á quien quisiera, ya fueran gobernadores ó generales, diputados ó ministros (con excepción del protector de *El Cuarto Poder*), diciéndoles cuanto me diera la gana; pues para todo esto y mucho más me autorizaba, protestando no intervenir nunca en tales asuntos. Condiciones únicas que se me imponían eran: que el periódico sería siempre de oposición,

de muy fuerte oposición; y que aceptaría por compañero de trabajos, como subalterno, á Braulio Claveque, muchacho de notable y clarísimo talento, ducho en enredos de periodismo, escritor distinguido por su mordacidad, su chispa y su atrevimiento.

Después de treinta días empleados en vivir con mis amarguras á solas, en pensar todo el día y la mitad de la noche en mis alegrías muertas y mis esperanzas defraudadas, después de treinta días de soñar venganzas, con un placer que envenenaba mi corazón, imaginando hacer daño á los demás, aun á los que en poco ó nada me habían ofendido; después de sentirme humillado por unos y despreciado por otros, aquella proposición de Albar tenía que parecerme buena, inmejorable, sin que me importara un comino que el antiguo periodista obrase en esto bien ó mal. Y por si alguna vacilación cupiera en mi ánimo, Albar, saliendo de su modo habitual, añadió á lo de *andando el tiempo y mejorando las cosas*, alguna frase en elogio de mi talento, y declarando que nadie sabía dar á un periódico el interés que

yo, con solo poner en cada número un parrafejo cualquiera.

El proyecto se puso por obra, y dos ó tres días después de mi conversación con Albar, conocí al Claveque anunciado como hombre de talento, chispeante y mordaz. Causóme de pronto instintiva antipatía; porque realmente era su aspecto repulsivo y sus modales desagradables. La cara redonda, la frente estrecha coronada de rebeldes mechones, los pómulos salientes y las cejas espesas caidas sobre los ojos, daban á éstos aire de uraños, y á toda la fisonomía semejanza con la de algún animal salvaje que no puedo recordar. Á primera vista parecía desconfiado y espantadizo; pero bastábale un saludo para tomar pretexto de jovialidad, alegría y confianza; y entonces hablaba sin parar en media hora, y desde luego parecían deprimirse los pómulos, levantarse las cejas, asentarse el cabello; sus ojos brillaban con viva luz y se movían con libertad y hasta con gracia.

Sin embargo, después de mi primera conversación con él, quedé como inquieto y de-

sazonado; y mi disgusto aumentó, cuando Pepe me dijo aquella misma noche, que debía cuidarme de Claveque, porque según informes que él tenía adquiridos, el tal Don Braulio era una buena alhaja.

Pero el primer día que trabajamos juntos en la redacción de *El Censor*, todos mis temores se desvanecieron. Claveque, á pesar de sus treinta y tantos años, y de los que llevaba en el ejercicio del periodismo, era tan humilde como Carrasco; Claveque me consultaba cada párrafo, cada línea, como si fuera un chico de primera enseñanza; Claveque me partía las cuartillas, y se admiraba ingenuamente al ver con cuánta facilidad las llenaba yo en breves minutos. Vamos, que al fin me declaró que estaba avergonzado de tener que trabajar conmigo; porque de fijo yo iba á llenar las tres cuartas partes del periódico, mientras él escribiera malamente una sola.

Publicados tres números, pude yo juzgar de su aptitud. No cabía duda de que era hombre de talento, y sobre todo, mordaz, muy mordaz: materialmente mordía. Escri-

bía unos artículos cortos que llamaba *historietas*, con tanta pimienta y sal, que harían reir al más adusto personaje, y lo que más agradaba á los lectores, era que al través de los chistes más graciosos, se traslucían, al decir de algunos, ciertas fisonomías conocidas de todo el mnndo.

La boga de las *historictas* no podía causarme celos, ya porque en ellas ponía mano no pocas veces, á instancias repetidas de Claveque; ya porque los elogios de la prensa, sus simpatías y halagos venían siempre dirigidos á mí en toda suerte de artículos, gacetillas y aun sonetos.

Yo me ocupaba en asuntos de más cuenta; la política absorbía mi atención, y á ella me dedicaba con la libertad que Albar me había concedido, descendiendo de vez en cuando, para escribir aquellos artículos literarios que tantos elogios me valieron, y que tan temible me hicieron para literatos grandes y chicos, puesto que así creaba reputaciones como lastimaba las adquiridas con más ó menos legalidad.

No tenía yo admirador más entusiasta que

Claveque; pues ni el mismo Sabás pudo nunca decirme elogios como los que mi nuevo compañero me prodigaba. En su concepto, era yo el escritor más completo de cuantos conocía, y sobre todo el más valiente, vigoroso y enérgico. ¿Quién había dicho á los ministros lo que yo en *El Cuarto Poder*? ¿Quién se atrevía contra literatos de fama admitida, como los que yo ponía en camisa cada y cuando me daba la gana?

Por este camino Claveque me ganó de tal manera la voluntad, que á los quince días de conocernos le tuve por amigo íntimo, y llegué á contarle casi toda mi historia.. La cual fué para él nuevo motivo de admiración y de extraordinarios elogios; porque vió por ella que yo no había asistido á colegios, ni frecuentado siquiera una sociedad medianamente culta. ¡Y así había yo llegado á ser escritor tan distinguido! ¡Cuánto talento y cuánta dedicación no suponía esto!

Supo mi nuevo amigo la historia de la *bola* de San Martín, mis intrigas en la caida del Gobernador Vaqueril con todos sus pormenores, exceptuando siempre lo relativo al

móvil principal de mi conducta, y terminé por contarle mis aventuras con Jacinta en el Puente de Monzón. Don Mateo aparecía en mis narraciones ensañado contra mí por la derrota de San Martín; la causa principal de todo no salió de mis labios, ni tampoco las visitas que hacía con frecuencia á la calle del Amor de Dios.

Claveque notó durante mi relato que yo me conmovía profundamente, al referir hechos de poca importancia; que me exaltaba exageradamente al contarle otros, y que al concluir mi historia me puse sombrío, y quedé mudo y hasta insensible á sus elogios. Después, cuando el calor del momento desapareció, recordé el semblante que Claveque ponía al escucharme, y pensé que había yo hecho mal. Reparé también en que mi historia, suprimida la mujer que le daba luz con los resplandores de su alma, quedaba casi negra, y capaz de ser confundida con la del ambicioso más vulgar y despreciable.

## III.

## Arrepentimiento.

PRONTO, muy pronto *El Censor* se atrajo las miradas del público, que reconocía en él al sucesor legítimo de *El Cuarto Poder*; y había de ser así, puesto que las *historietas* de Claveque, con ser tan saladas y aun picantes, no llegaban á despertar el interés que mis artículos serios, duros y violentos excitaban. La lucha me atrajo siempre, y en aquellos días yo la buscaba no sólo por alimento de mi vanidad; sino arrastrado por ese instinto ciego que lleva á los débiles al vicio, cuando se sienten azotados por la adversidad......ó por sus propias obras.

Tenía yo miedo á mis pensamientos, á mi conciencia; y para huir de ellos me era forzoso buscar un motivo de distracción que sólo alcanzaba yo á veces en la agitación nerviosa que se apoderaba de mí, cuando tomando la pluma y llamando en mi auxilio todos los recuerdos que halagaban mi orgullo, escribía yo uno de aquellos artículos, ni pensados ni estudiados, que lastimaban y ofendían, y en los cuales los lectores apacentaban su avidez de oposición insultante, y de lectura *de sensación*.

Pero fuera de esos momentos (que solían ser pocos), y de aquellos en que la lisonja me aturdía, no encontraba mi espíritu reposo ni olvido. A veces el dolor, que no pocas me llevaba á la desesperación, tomaba otra forma, no menos penosa, que se parecía al fastidio, al cansancio de todo cuanto me rodeaba; y si entonces aquellos oropeles que yo creía gloria, se me antojaban, adorno superfluo y despreciable; si mirándolos con mis ojos ictéricos, me preguntaba para qué servían; entonces desparecían del mundo todos los atractivos, la vida no tenía

objeto, y me sentía yo cansado, con pereza de vivir.

En cambio, para darme aliento y despertar mis bríos, bastaban los hechos más insignificantes: una palabra de adulación, una pringue de lodo en mi levita. Bueso, mirándome con su impertinente atención de costumbre; Don Mateo pasando, reclinado con tosca gravedad en los cojines de su carretela; Pepe Rojo diciéndome una simpleza, me sacaban de quicio, produciéndome el saludable efecto de despertar de nuevo mis sentimientos, aunque solo fueran los malos.

¡Maldita la hora en que puse los pies en aquella casa de huéspedes! En ella había yo perdido todo lo que tenía para amar la vida, y todo lo que guardaba en el alma para ser digno de vivir.

Una semana entera estuvo Felicia seria, casi enojada conmigo. Cuando iba á verla, que era cada noche, ó respondía con monosílabos á mis preguntas, ó encarándose conmigo me arrojaba á la faz mi conducta increible, por increible inesperada é infame. Pero no pudo mantener su enojo ocho días sin

convertirle á lo mejor en aflicción y afectuoso interés.

Me estaba yo poniendo flsco á toda prisa, y ya no solo pálido, sino amarillento; al grado de que la piel antes fresca parecía como tostada por el sol, ajada y reseca. ¡Jesús, pero qué flaco! No; pues no era para tanto trastorno; no faltaba más. Ella se había enojado, porque le daba cólera que una cualquiera me trastornara los cascos y me arrastrara á cometerle una falta á aquel ángel tan amoroso y tan lindo. ¡Y vaya si era fea! Cuando se presentó en el cuarto aquella noche, tenía cara de gato irritado, echaba lumbre por los ojos, y respiraba como si tuviera calentura, ¡Qué bárbaro había yo sido! Pero ella me lo perdonaba todo, todo absolutamente, puesto que era una simple calaverada, como cualquiera, el más santo, podía cometerla por antojo.

—En cuanto á Remedios, me decía Felicia, yo sé que también te perdonará; pero hay que tener paciencia y aguantar un poquito, que no has hecho ninguna gracia. ¡Ay, hijo! nosotras cuando queremos somos

muy majaderas. Ya verás como te perdona y todo se arregla á mi gusto; te perdonará porque ......¿Te lo diré grandísimo pícaro? ......Pues mira: ahora te quiere más que antes. Así somos todas, Juanillo. Si yo tuviera un novio, como tú, por ejemplo, y me hiciera una picardía, le arrancaría yo las orejas y luego le querría más......por bribón.

Alguna vez, palabras como éstas pudieron darme esperanza y mitigar las amarguras de mi corazón. Pero pasaban los días y Remedios no iba á casa de Felicia, como ésta lo había esperado, puesto que ella había ido á ver á su amiga para informarse de su salud, después de aquella noche fatal. Remedios, después de dos ó tres días, durante los cuales el ataque nervioso se había repetido, estuvo bien; pero Felicia juzgó que debía distraerla y ni siquiera mentó mi nombre, temiendo renovar sus impresiones dolorosas.

Yo, en tanto, necesitaba decirle algo, aunque no sabía qué. Pero Felicia me lo prohibía diariamente, asegurándome que ese era negocio suyo, que yo no tocaría sino para echarle á perder.

Mientras corría el tiempo y Felicia no recibía la deseada visita, me atreví á pasar por la calle de Tacuba, y después de la primera, mil veces lo hice, á diversas horas, todos los días, y siempre en vano; porque no se asomaba al balcón. Insté á Felicia para que fuera á visitarla; pero cada vez que le preguntaba yo el resultado de su visita, me respondía que no había podido hacerla, cuándo por una indisposición, cuándo por servir á la Señora de Llamas en tal ó cual quehacer. Situábame todas las tardes en la carrera de la plaza central al paseo de Bucarelli; desde muy lejos reconocía la carretela y los alazanes; pero también reconocía yo á Bueso sentado á la derecha y á Don Mateo sentado á la izquierda, y antes de que llegaran á pasar frente á mí, doblaba yo la esquina y me alejaba triste, irritado ó desesperado.

Un día me atreví á más, y después de una noche pasada en vela, escribiendo y rompiendo cartas que nunca decían lo que yo intentaba decir, á pesar de que ponía en ellas algo muy íntimo de mi alma; después de una noche llena de dolores por los

recuerdos que evoqué y que escribí cien veces; aceptando alguna carta que quizá era la peor, la encerré en un sobre, y me encaminé, acariciándola sobre mi corazón, á la calle de Tacuba.

No me costó trabajo ganar al portero para que entregara la carta á Pepa en mi nombre; y cuando volví á mi casa, presa de extraño sobresalto, entre la esperanza y el temor, sentéme frente á mi mesa, puse la cara entre las manos, y seguí en mi imaginación el camino de aquel pliego que encerraba todo lo que mi dolorido corazón. Así ví al portero subir; á Pepa recibir la carta, vacilar un momento, mientras el portero decía mi nombre, y después de exclamar «¡Ah! del Señor Quiñones» ...... irse por las piezas adentro, hasta encontrar á la niña. ¡A ella también la ví! Estaba seria y triste, y sus mejillas con suave palidez que las embellecía. Alzó del suelo los ojos hermosísimos, y hubo en ellos un fulgor de aurora cuando Pepa le presentó la carta. La abrió con mano temblorosa, leyóla en seguida con cierta rapidez, y en la lectura la seguí yo, línea por

línea. Cuando llegaron sus ojos á la última, Remedios lloraba en silencio y sus lágrimas caían sobre el pliego abierto, borrando las letras de mi nombre......

Un sollozo exhalado de mi pecho me hizo volver en mí, y comprender que quien lloraba era yo; como que yo era el que, repasándola en mi memoria, había leído aquella carta, que tenía ese aroma vago y triste de los recuerdos, semejante al de las flores secas que se guardan entre las hojas de un libro.

No sé cómo pude esperar á que pasara aquel largo, interminable día, cuyas horas fuí contando una por una; ni sé tampoco ni entiendo, cómo pudo el sueño acudir á mis párpados, y mantenerlos cerrados hasta la mañana siguiente.

Al despertar, el corazón me latió con violencia, salté de la cama, y pocos minutos después estaba yo en la calle, andando á prisa y distraido.

El portero me esperaba ya; adelantóse á recibirme y me dijo:

—La niña ha devuelto la carta cerrada, y me manda que no vuelva á recibir otra.

El pliego estaba intacto.

El portero, indiferente, me volvió las espaldas, y andando á paso lento, entró en su cuarto silbando una canción popular.

---

## IV.

### ¡Nunca!

Una idea, de la cual procuraba yo no darme cuenta cabal, pugnaba con tenacidad por presentarse clara y franca en mi mente, después de mi visita á Pepe Rojo; pero yo procuraba con mayor ahinco distraer mi imaginación para huir de aquella idea, la cual, en verdad, me inspiraba no sé si repugnancia ó miedo. El título con que Pepe encabezaba sus cuartillas no se apartaba de mi imaginación sino por breves instantes, para presentarse de nuevo con más gordos caracteres, como diciéndome: «repara en lo que significo».

Anduve todo el día espantando aquella mosca impertinente, que no pocas veces ve-

nía acompañada de la ancha y angulosa faz del redactor de *El Cuarto Poder.* Claveque primero, y después Sabás, notaron que estaba yo más preocupado que nunca, y trataron de saber el motivo; pero yo no quise decirlo, ni encontré distracción en las conversaciones que ambos me promovieron, por más que tuvieran siempre mucho de lisonjeras y aduladoras.

Todos mis pensamientos se enlazaban con aquel título que había quedado como una incrustación en mi cerebro, de tal modo, que para encadenar mis ideas, busqué una pena mayor, á trueque de no pensar en aquellas malditas palabras: en Remedios. Pero al verla en mi imaginación, me dije sin poder evitarlo: «¡eso es oro puro!», y en seguida, las torcidas letras del título, volvieron á presentarse delante de mí: «Moneda Falsa.»

Así fuí pasando el día, divagando mi espíritu apenas cuando recordaba que Remedios, mi única esperanza en el mundo, se había perdido para mí, y que en su corazón tan puro y hermoso, en el cual había yo reinado durante años enteros, sólo encon-

traría yo un sentimiento de aversión ó quizá de desprecio.

Cayó la noche, tomé la pluma para escribir algo contra un ministro, para anonadar á un gobernador ó descuartizar á un poeta vanidoso; pero después de media hora de luchar inútilmente con mi rebelde imaginación, arrojé la pluma sobre la mesa, manchando las blancas cuartillas, y sentí el desaliento desesperado del que, huyendo de una fiera, se siente sin fuerzas para dar un paso más.

Después de un rato de amargas meditaciones, acudí instintivamente á mi último refugio en semejantes situaciones. Tomé mi sombrero y salí á la calle, encaminándome á la casa de Felicia; de aquella pobre niña que, si no lograba disipar mis hondas penas, las endulzaba á lo menos con sus palabras llenas siempre de consolador cariño, de sencillez y de dulzura.

Apenas me vió y echóme al cuello los brazos. Me hizo sentar en el sofacito, que había cambiado de lugar para que no despertara muy vivamente el recuerdo de aquella esce-

na, y colocándose á mi lado, comenzó á reprocharme que no hubiera ido á verla la noche anterior. Después me habló de *El Censor*, que leía con el mismo gusto que antes tenía por *El Cuarto Poder*.

¡Vaya que el tal *Poder* se había hecho soso y pesado desde que yo dejé de escribir en él! Todo se le iba en decir que el Gobierno era muy bueno, y muy rebueno: que el ministro tenía un talentazo como ninguno; que los diputados todos eran oradores consumados y de mucha sabiduría; que este periódico atacaba á la administración por sistema; que aquél no tomaba precauciones para asegurar noticias falsas; y otras muchas cosas muy serias y formalotas que á ella la tenían aburrida; por lo cual, y porque yo ya no escribía en aquel diario, no leía de él un renglón desde hacía un mes.

—¡Cuántas cosas por los ministros, hijo de mi alma!...Pero, oye tú; yo quisiera verte á tí siquiera de ministro de Guerra. Habías de estar muy guapetón.

Yo esperaba un momento oportuno para preguntarle por Remedios; pero era imposi-

ble contener ni sujetar aquella verbosidad inagotable. Felicia apenas tomaba aliento, proseguía la charla con su gracejo natural, fácil, ligero y alegre. De los periódicos tomó pretexto para hablar de Don Pedro Ramírez, lector incansable de cuanto papel caía en sus manos; de Don Pedro pasó á las señoras; de las señoras al último vestido que se había hecho con la tela que yo le llevé la semana anterior; y entonces fué á sacarle de su armario y me le presentó de frente, de costado, por detrás, explicándome las perfecciones de la prenda.

De ésta habría pasado á cualquiera otra cosa, con tal de no quedarse callada; pero notó que yo no la oía, y haciendo un gracioso mohín, echó el vestido sobre la cama y fué á tirarme de una oreja, gritándome:

—No seas malcriado; pon atención á lo que digo, ó me callo esta boca habladora y nos quedamos los dos hechos estatuas.

—Es, contesté, que no me dejas hablar, y quiero preguntarte......

—No, señor; ni te he de dejar, porque luego me sales con tus tonterías de costum-

bre ¿estamos? Alguna vez hemos de tratar de mí. Es una injusticia que no me hagas caso, y me lo has de hacer, aunque sea un ratito, y aunque te pese. Vamos á ver, hombre, mira bien esto......

Y se fué á tomar otra vez el vestido.

—Aguarda, le interrumpí; voy á hacerte todo el caso que quieras y que siempre he hecho de cuanto á tí se refiere; pero dime antes......

—No te he de decir nada, si no hablas en juicio; sobre todo, si no me hablas de mí ó de mi vestido, que es igual.

—Mira, Felicia......

—No, señor, y no, señor!

Y para acentuar más vivamente esta respuesta, dió una patada en el suelo, poniendo cara seria con leve arruga en el entrecejo.

—Pues entonces me marcho, dije yo, levántandome.

El semblante gracioso y expresivo de la niña se puso afligido; detúvome ella por un brazo y con voz suplicante me dijo:

—¡No te vayas!

Sin contestarle, me llegué hasta la mesa, tomé mi sombrero y me encaminé hacia la puerta. Felicia corrió á alcanzarme, me tomó el brazo con ambas manos, y poniendo sobre su cabeza mi hombro, dijo con voz llorosa y llena de aflicción.

—No te enojes conmigo, Juanito; no te enojes ¿No ves que esto lo hago por tí? Bastante trabajo me cuesta hablar tanto, cuando tengo ganas de llorar......

¡Bien comprendí cuanto quería decirme con aquellas palabras! La estreché sobre mí corazón, y al oir sus sollozos, sentí vivo dolor y tuve miedo de obligarla á darme explicaciones. Pero venció en mí el afán de saber algo de Remedios, por malo que ello fuera; conduje á Felicia al sofá, y sentándome á su lado

—Dímelo todo, le dije con voz grave y severa; no me ocultes nada, porque con callar me mantienes en un estado horrible. Ya no puedo vivir así; necesito saber lo que Remedios dice, para no mantenerme entre esperanzas vagas y dolores tan grandes. Dime de una vez que me aborrece, que me

desprecia, para no esperar ya nada, para que yo sienta algo que no sea lo que siento desde hace tantos días. Ya no puedo, Felicia, ya no puedo más.

Alzó la niña la cabeza, y clavó en los míos sus ojos húmedos, como queriendo leer en mi alma.

—Todo te lo diré, pero con la condición de que no te desesperes. Vamos, hijo, que al fin eres hombre y debes saber sufrir mejor que yo.

—Habla......

—Toma las cosas como son y no como á tí se te antoje. Lo que te voy á decir es duro, y te lo digo porque ya no me cabe por dentro y hace muchos días que quiero reventar. Pero lleva por delante que Remedios te quiere; que te quiere como nunca, precisamente porque eres un pícaro. Sí señor; no me niegues que eres un pícaro de cuenta.

Habría yo vuelto á disgustarme, si no hubiera notado en la voz temblorosa de Felicia y el parpadeo frecuente, que luchaba en aquel momento con sus lágrimas, para dar-

me valor. Y atendiendo no á sus palabras, sino á lo que detrás de ellas veía yo, le hice una caricia en las mejillas y le dije, dando á mi voz la mayor calma que pude:

—Sé sufrir, hija mía; estoy acostumbrado á eso, y cualquiera cosa que me digas, por mala que sea, calmará la inquietud en que vivo. Vamos, dime, ¿has visto á Remedios?

—La he visto, y no una, sino muchas veces, me contestó!

—¿Cuándo? ¿Qué le dijiste?

—Verás. Como á los ocho días de aquel suceso, fuí á verla. Estaba ya buena enteramente, y pensé que podía yo hablarle de tí; pero no encontraba cómo empezar, y nos estábamos calladas un largo rato, para decir luego alguna simpleza. Por fin me ocurrió decirle: «¿Cuándo vas á verme?» Se quedó un momento pensando, y después me contestó: «No sé; ya veremos.»—«¿Que no sabes? dije yo; pues ¿qué no me quieres ya?» —«Mucho, respondió ella; bien lo sabes» y al decir esto me dió un abrazo, me besó en la frente, y sentí que me cayeron sus lágri-

mas en la cara. Entonces yo también me puse á llorar, y no pudiendo contenerme, le dije de sopetón: «¡Perdónalo, hijita de mi alma!» Fué esto un barbaridad muy grande; pero, hijo, yo no pude contenerme y no tuve la culpa.

—Y ella.........dije yo, trémulo de impaciencia y ansiedad; ¿y ella qué contestó?

Felicia se enjugó las lágrimas y continuó:

—Nada, ni una palabra. Se levantó violentamente del sofá en que las dos estábamos sentadas, y fingió que sacaba algo de un mueble, pero yo noté que se secó los ojos con disimulo. Después volvió á donde yo estaba, me tomó de la mano, y me dijo: «Ven, quiero enseñarte unos canarios muy preciosos que me compró mi tío.» Y toda la conversación fué desde ese momento, hasta que me despedí, sobre canarios, zenzontles y clarines.

Parecíame ver lo que Felicia me contaba, y aquella acción de Remedios me causó dolor y vergüenza, como si pasara én el mismo instante, delante de mí.

—Otro día, prosiguió la joven, interrum-

piendo varias veces su relato porque la embargaba la pena; después de pensarlo mucho, me resolví á ir á buscar á Remedios, hablarle claro y arrancarle una resolución. Si esta era buena, me la comería yo á besos, si era mala, le lloraría yo mucho, contándole tu arrepentimiento y tu pesar, pintándole lo mucho que la quieres, y diciéndole tantas cosas, ¡que sólo no se ablandaría, si no tiene alma. ¡Y que la tiene tan grande y tan linda! Pues que voy, llego, vacilo un poco, al ver su semblante serio y triste; pero al fin le digo—«Vengo resuelta á que me regañes, á que me aborrezcas, á cuanto quieras, con tal de hablar claro, y de que así me hables tú. Estoy muy triste, muy afligida, muy desesperada, porque te quiero á tí tanto que se me figura que te quiero más que á.........» A Juan, iba yo á decir; pero ella me puso la mano en la boca, y me dijo precipitadamente: «¡Cállate! Si me quieres como dices, hazme favor de no hablarme una palabra más de eso.»—«Mira que........»—«Nada; ni una palabra; me harás daño inútilmente, porque no con-

testaré nada.» Y no pude conseguir ablandarla, porque tuve que callar, cuando la ví tan seria, tan seria, que tuve miedo, y tan triste que me dió lástima. ¡Ay Juanito! ¡Para qué hiciste eso!......

Yo, apoyando los codos en las rodillas, sostenía mi cabeza sobre las manos, ocultando el rostro á los ojos de Felicia.

—Antier volví, siguió diciendo ésta; después de veinte ó más días de no verla, suponiendo que, pasada la primera impresión, estaría Remedios calmada, y quizá dispuesta á perdonarte. Cuando la ví, me quedé asombrada. Se ha adelgazado, está pálida, tiene, grandes ojeras y está más seria, más triste y más hermosa que nunca. ¡Qué muchacha tan linda, Juan! Pues bien; á poco de llegada, traté de llevar la conversación por el camino de siempre; pero cuántas veces lo quise hacer lo notó ella y me cambió de asunto. Al fin me decidí, desesperada de no llegar á donde yo quería, y le dije. "Ya basta, hijita, de que andemos con mañas, yo queriendo hablarte de lo que tú sabes, y tú huyendo de ese asiento. Ten

compasión de mí, que tanto padezco desde que tú estás enfadada; ten lástima de él, que tanto te quiere; no sigas así, ó creeré que eres mala, que ya no eres tú el ángel de antes, que yo quería con todo el corazón. Por el amor de Dios, Remedios, sé buena como has sido siempre.» Mientras yo le hablaba, Juanito, ella se paró, se me figuró que iba á llorar, ya le veía yo las lágrimas en los ojos, cuando arrugó la frente, se puso no sólo seria, sino hasta enojada y me dijo con una voz muy temblorosa: «Ya te he dicho que me hagas favor de no hablarme de eso nunca.» Yo estaba llorando; me levanté, la abracé y le pregunté entre sollozos: «¿Ya no lo quieres?—«Ya no,» me contestó.—«¿Y si es bueno, y te quiere?»—«Ya no,» volvió á decirme—«¿Nunca volverás á quererlo»? le pregunté; y entonces ella, separándose de mí, me contestó—«Nunca, nunca, y nunca!»—Quise hablarle todavía de tí; pero ya no lo permitió; insistí y se enojó conmigo, diciéndome al fin, que se enojaría para siempre si volvía á decirle una palabra *de eso.*

Cuando Felicia terminó, estaba yo sombrío y mudo. Las palabras de consuelo que después me dijo, si hirieron mi oído no llegaron á mi corazón ni quizá á mi entendimiento. Pasó algún rato en que ambos guardamos silencio, durante el cual mi cabeza acabó de llenarse de sombras tétricas; después me puse de pie, y sin dirigirme á Felicia, sino á mí mismo

—Entonces, exclamé ¿para qué vivo yo? ¿Qué me importa á mí todo lo que antes me ha parecido halagüeño, todo lo que he ambicionado?

En el silencio de la noche, ya avanzada, sólo obtuve por respuesta un sollozo de Felicia. Volvíme hacia ella, me incliné sobre el sofá, y pasé mi mano sobre los cabellos de la joven. Ella se levantó, llenos los ojos de lágrimas, me echó al cuello los brazos y con dulzura de madre me dijo:

—No pienses así, Juan. Te juro que te quiere; te lo juro. Pero si no se ablanda nunca, acuérdate de que yo soy tu hermana, tu hermanita que te quiere con todo su corazón.

¡Ah, sí! ¡Tenía yo para qué vivir!

## V.

## Una historieta.

Los días siguientes á la escena que acabo de referir, Claveque hizo del periódico lo que le dió la gana; pues yo, no sólo no escribí, pero ni siquiera leí los números que se publicaron. Claveque no se quejaba de mi apatía, y aun creo que se acomodaba perfectamente con ella; porque recuerdo que anduvo entonces de mejor humor que nunca; y Carrasco me dijo después, elogiando la conducta de mi compañero, que éste lamentaba el estado en que me veía, y estuvo dispuesto á escribir él solo el periódico, mientras yo no le ayudara espontáneamente.

Pero Sabás, que se afligía de verme en

tal estado de abatimiento y preocupación, y que tenía por perdidos para las leteras nacionales los días de abstención y retiro del Aquiles de la prensa; buscaba, excitando mis conocidas aficiones, la manera de volverme al camino de la razón, que era, en su concepto, ponerme otra vez en el de la gloria y la inmortalidad. Ya me leía un artículo de *El Lábaro del Siglo*, que buscando empleo á la adulación combatía el editorial de *El Censor*; ya declamaba docena y media de malas estrofas de peor poeta, acompañadas de peor gacetilla laudatoria, y me invitaba á que las hiciera trizas en una columna del periódico; ya, para irritar mi vanidad, ponía delante de mis ojos un párrafo de gacetilla, de este ú otro diario, en que censuraba el gacetillero el agrio tono de mis críticas literarias.

Sudaba en vano el pobre Sabás; pues apenas ponía yo atención en las lecturas, no obstante que él empleaba en ellas todas las entonaciones, desde la cómica hasta la trágica. Pero día llegó en que tuve que escucharle atentamente; porque comenzó por

alarmarme, cuando presentándome el último número de *El Censor*, me dijo:

—Dígame Ud., Juan, ¿Claveque maneja bien las armas?

—Creo que no, respondí.

—¿En qué piensa, pues, para escribir esto?

—¿Qué cosa?

—Su última historieta. ¿La conoce Ud?

—No. Hace días que no leo nada, le dije.

—Pues va Ud. á oirla; pero no se divague; óigala Ud. con atención, porque esto es grave. Se trata de personas de importancia.

Y Sabás, realmente asustado, sentóse frente á mí; cerca del balcón de mi cuarto y leyó.

En un país próximo al polo sur, gobernado por el rey Kremkrém III, brillaba por su gran talento y por su audacia un noble que se distinguía por la condición de ser tan bueno para un barrido como para un fregado: Buesuntol (que tal era su nombre), lo hacía todo, menos ir á la guerra que era precisamente su deber principal, como no-

ble; porque en aquel país los nobles servían para algo. Estaba quebrado de bolsa; pero no de entendimiento ni de lengua, y se dedicaba á la explotación de ciertos elementos de riqueza que no todos conocían, ni conocidos podían los demás beneficiar en su provecho.

«Y va de historia,» decía el cuento de Claveque.

Asomó por la gran ciudad de Krunkrana un bárbaro de los desiertos polares, que había obtenido victorias contra otros más bárbaros que él, y que había recogido como botín de guerra gran cantidad de pieles, que en el desierto se tenían por grandísima hacienda; pero que en la gran ciudad de Krunkrana no constituían una mediana fortuna. Pero Buesuntol vió que el valor de las pieles, era algo para pasarse un semestre cómodo, y dijo: «Esto es mío.»

El salvaje Testón, deslumbrado por el lujo y magnificencia de la gran capital, ansioso de goces que jamás había conocido, y queriendo en Krunkrana brillar y distinguirse como entre los bárbaros de sus de-

siertos, era uno de aquellos filones, que el noble Buesuntol explotaba con rara habilidad.

Testón aceptó la amistad de Buesuntol como honra que apenas merecía, después de sus victorias y á pesar de sus pieles; túvole por guía en el laberinto del gran mundo, y sin contar su hacienda cada ocho días, como tenía por costumbre en el desierto, tuvo carretelas y caballos de alto precio, porque Buesuntol se lo aconsejó; tuvo palco en los teatros porque su amigo le advirtió que eso era indispensable; gastó un dineral en amueblar su casa y la del noble, porque éste supo inclinarle á ello, y botaba diariamente el valor de quinientas pieles en banquetes á los grandes del reino, porque Buesuntol había despertado en su alma la ambición de poseer un título de nobleza. El cual, en efecto, llegó á alcanzar; pero cuando no le quedaba ya más que una mitad escasa de su fortuna, tirada la otra, en parte para conquistar el título y en parte por satisfacer los antojos de su maestro.

Todo lo de Testón era de su inseparable

compañero. De éste eran los carruajes, los palcos, los muebles de la gran casa, el bolsillo del bárbaro y hasta su reloj; pero Buesuntol veía con pena, que todavía quedaba en los desiertos polares la mitad de las pieles.

Entonces tuvo una idea nueva y brillante, como suya: hizo comprender á Testón que el hombre no debe estar solo; que el matrimonio tiene goces dulcísimos; que debía casarse, y no así como quiera, sino dando á la vez un gran paso en la ascensión que había emprendido á la cumbre de la grandeza. Propúsole que se casará con la princesa Kromalisa, señora linajuda, hermosa y acaudalada, que así podría aceptar al bárbaro Testón como ir á la horca; y apenas propuesta, túvola Testón por suya, como si se tratará de la más vil habitante del desierto; puesto que sabía por experiencia que nada era imposible, ni siquiera difícil para Buesuntol; á cuyo poder había de agregarse el de las numerosas prendas del mismo Testón, que tenía ya, gracias á su amigo, la más alta idea de su persona.

Buesuntol se encargó de llevar á feliz tér-

mino aquella magna empresa; y facultado ampliamente para cuanto fuera menester, decretó más carruajes, más palcos, más banquetes, más diamantes en los dedos y en la camisa, principalmente para él. Ordenó que se aumentara la servidumbre, que se compraran más y mejores caballos, que se derrochara la hacienda y se echara la casa por la ventana, encargándose él de ejecutarlo todo; es decir, haciéndose administrador de los productos de las últimas pieles, vendidas al rey más poderoso de los desiertos polares.

Testón veía á la princesa todas las noches en los teatros ó en los grandes bailes de la corte; pero desde lejos; porque Buesuntol no le permitía acercarse á ella, esperando como esperaba el momento oportuno para lanzar á Testón sobre la presa. El preparaba, preparaba, y cada día daba al bárbaro una esperanza más, una noticia halagadora, ó una lección de galantería á cambio de un brillante ó de cualquiera otra cosa así.

La historieta de Claveque se titulaba: *Las Pieles de Testón* y concluía con estas líneas:

«Al cerrar la primera parte de esta ve-

rídica narración, Testón no tiene más piel que la suya. Espere el lector paciente el desenlace en uno de nuestros números próximos.»

Cuando Sabás concluyó la lectura, trémulo y asustado, yo no acababa de comprender el significado de la historia; pero presentía yo que Carrasco tenía razón para decir que aquello era grave.

—¡Qué le parece á Ud.! exclamó el antiguo escribiente.

—Se trata de...

—De Bueso, Juanito; del Sr. Bueso, dijo escandalizado.

—Y ese Testón...

—Testón, repitió Carrasco tocándose la cabeza con modo expresivo. Es decir, el Sr. General Cabezudo.

—¡D. Mateo! exclamé yo.

—D. Mateo; sí, señor.

Una alegría extraña se apoderó de mí súbitamente. Aquel artículo me hacía cosquillas; tomé el periódico de las manos de Carrasco, y leyendo una línea de aquí y otra de allá, me reía yo á carcajadas, nerviosa-

mente, sin poder contener aquella risa, que me hacía daño, y que semejaba las carcajadas de un loco.

¿Pero de dónde sacaba Sabás tal interpretación? Se la había explicado Pepe, diciéndole que podía tener consecuencias graves, y que era preciso advertirme el peligro en que me ponía con tener á Claveque de compañero sin las precauciones convenientes.

—Pero Don Mateo, dije yo sin hacer caso de los juicios ni consejos de Pepe, trata de casarse?

—Pepe dice que sí, con una señorona de la alta sociedad, hermosa y rica.

—¿Y está quebrado? ¿Es cierto que está en la calle? ¿No tiene ya nada? pregunté con agitación.

—Dice Pepe que esto es exagerado; pero que se calcula que ha despilfarrado la mayor parte de sus bienes.

—¡Me alegro! grité con fuerza.

—¿Se alegra Ud.? preguntó espantado Sabás. ¿Pero por qué?

No sabiendo qué contestarle, iba yo á ver-

me comprometido, cuando llamaron á la puerta.

—Adentro, dije.

Y con asombro mío, ví aparecer en mi cuarto á Bueso, con la cara imperturbable, serio, tranquilo, como siempre.

---

## VI.

## Corretaje.

Entró Bueso en el cuarto, que era á la vez sala y redacción, y paseó su mirada fría por cuanto eran paredes y muebles, con la impertinente curiosidad que le era propia; detúvose un instante frente á mi mesa revuelta y empolvada, miró la de Claveque de reojo, y silbando una aria entre dientes, se acercó á mí, me apretó la mano, y sin hacer caso de Sabás, que estaba ya de pie.

—¡Caramba! dijo ¡qué desmantelado está esto!

No tuve que contestar á esta salida, y me quedé mirando á aquel hombre singular, que me inspiraba profunda antipatía. El, sin quitarse el sombrero, que parecía atornillado

en su cabeza, quedóse de pie delante de mí, revisando de nuevo las paredes, y acariciándose la barba con la mano izquierda, sin duda para poner delante de nuestros ojos los tres gruesos brillantes que llevaba en los dedos meñique y anular.

—Desmantelado, desmantelado, repitió pausadamente. En fin, supongo que esto es provisional.

—Sí, señor, dijo Carrasco; es provisional.

Bueso miró á Carrasco atentamente, y después tomó una silla, se sentó, cruzando una pierna sobre la otra, y volvió á silbar su aria dirigiendo la vista á la casa de enfrente, al través de los vidrios.

—¿Y el amigo Braulio? preguntó al cabo de un rato.

—No está, respondí secamente.

—No está, repitió él. Bueno.

Volvió á acariciarse la barba, guardó silencio, y después de un minuto dijo:

—Hombre, en el último número de *El Censor*, salió una historieta, que supongo escrita por el amigo Braulio. Yo quería hablar con él, pero es lo mismo entenderse

con Ud. ¿Por qué se meten con el General, hombre? ¡Déjenlo en paz! El General es un buen amigo; y yo no sé por qué Ud. le tiene mala voluntad.

—Yo no tengo que ver con eso, contesté; es cosa de Claveque.

—Eso dice Ud., replicó fría y lentamente; pero yo ví lo que pasó entre Udes. y él en casa de Pablito Albar.

—A pesar de lo que Ud. vió, insistí, le repito que este es negocio de Claveque, en el cual no tengo que ver.

—Bueno, pues de todos modos, dijo Bueso; en ese artículo se anuncia la segunda parte de la historia; y mi empeño es que no se diga más sobre el asunto. ¿Qué sacan Udes. con publicar la segunda parte? Nada. Ahora, ya comprendo que el objeto que se proponen es que lleguemos á un arreglo, y á eso he venido. Ud., sabrá, de seguro, cuanto quiere el amigo Braulio por no publicar el segundo artículo.

—¡Que cuánto quiere!......exclamé yo levantándome del asiento.

—Sí, dijo Bueso imperturbable, con tal

que no se ponga muy alto, nos arreglaremos en pocas palabras.

La cólera me cegó y estuve á punto de contestar á Bueso con un bofetón; pero tan quieto permaneció él, y tanta tranquilidad había en su voz y maneras, que me contuve, como ante un hombre inerme ó inocente.

—¿Qué ha pensado Ud. que soy yo, ó qué Claveque, ó el periódico que dirijo?, grité lleno de ira. ¿Piensa Ud. que somos nosotros de los miserables que comercian de ese modo? Miserable es el que tal cosa supone de los escritores honrados, porque juzga á todos capaces de infamias que tan naturales encuentra! Miserable es......

No sé cuánto más le dije; pero fué mucho, aunque en verdad poco para la injuria, que yo había sentido llegar á lo más vivo de mi alma. Y mi discurso fué largo, desbordado, impetuoso; como que de nada servían ni las exhortaciones de Sabás, ni las protestas de Bueso, quien á pesar de todo, me las hacía sentado, sin alzar la voz ni mover un dedo.

Cuando hube dicho todo lo que me vino á la boca, ya para ofender á Bueso, ya para las-

timar á Don Mateo, á quien juré perseguir en *El Censor* constantemente; cuando mi cólera estuvo, si no satisfecha, un tanto desahogada, concluí señalando la puerta á Bueso, y mandándole salir de la redacción.

Pero Bueso no se movió de su silla, sacó un puro, y mientras con toda tranquilidad le arrancaba la perilla con los dientes y encendía un fósforo

—Calma, hombre, calma, me dijo. No es para tanto. Este es asunto de Braulio, no de usted. ¿Y qué tiene de particular? Yo lo hago por el General, que es un buen amigo. Si usted le tratara vería que es un buen sujeto, á quien no hay por qué perjudicar.

—¡Basta ya! exclamé yo; no quiero oir más impertinencias.

—Pues vea Ud., dijo Bueso levantándose de su asiento; el General no sabe todavía nada de este asunto, y yo he recogido de su mesa el periódico para que no lo vea. Me propuse arreglar esto de un modo pacífico, pero...

—¿Pero qué?

Carrasco se puso detrás de mí, temiendo

no saltara yo sobre el visitante. Bueso frunció el ceño, se pasó la mano por la barba, y fingió voz irritada y severa á costa de grande esfuerzo.

—Si esto no se termina de un modo, se terminará de otro; pero la segunda parte no se publicará.

—¡Cree usted asustarme! dije violentamente. Pues ahora le digo á usted que el asunto no es de Claveque, sino mío. Yo acepto la responsabilidad de ese artículo, é invito á usted, á Don Mateo, y á todos los que se le están comiendo, á que impidan la publicación de los demás. Yo soy el responsable ¿entiende usted? Yo y nadie más.

Estas últimas palabras oyó Claveque al entrar. La ira más violenta se pintaba en su semblante enrojecido; lanzaban fuego sus ojos, escondidos debajo de las prominentes y abundantes cejas; tenía contraidos los labios, y parecía que sus crispados dedos se apercibían para acogotar á Bueso.

—¡Eso no! gritó al entrar. El artículo es mío, y no consentiré que el Sr. Quiñones asuma generosamente la responsabilidad que

á mí me toca. Caballero: sírvase usted entenderse conmigo para todo lo que se refiera á este asunto, si trata usted de llevarlo al terreno del honor; y sepa usted que en el próximo número se publicará la segunda parte de la historia, pese á quien pesare.

Sabás me contenía por un brazo, y miraba con asombro á Claveque, que en actitud provocativa se había colocado frente á Bueso, casi dándonos la espalda. Bueso, mientras tanto, dejando la ficción con que quiso probar fortuna, había recobrado su imperturbable seriedad, y, acariciándose la barba, miraba de hito en hito á Claveque, y recogía los labios como para silbar entre dientes.

—Bueno, dijo después de una pausa, con la frialdad del corredor que trata con un comerciante; bueno; pues me entenderé con Ud. para todo.

—Sí, señor; contestó Claveque con seca energía. Entiéndase Ud. conmigo, solo conmigo.

—Perfectamente, dijo Bueso.

Y sin despedida, como había entrado sin saludo, se dirigió lentamente á la puerta,

mirando de nuevo las paredes del cuarto. Ya cerca del dintel, introdujo el extremo del bastoncillo debajo del papel que cubría la pared, en un punto desgarrado, rasgó un poco más, y sin volver la cara dijo:

—Vean al propietario que mande poner papel nuevo. Esto está atroz.

Y salió tranquilamente.

—¡Vaya un insolente! prorrumpió Braulio cuando desapareció Bueso. Iba yo á entrar cuando lo oí, y me detuve; porque quería yo dejarlo hablar. Ya sabía que en entrando se callaría la boca, porque sabe que lo conozco. ¡Oh! pero ya ví que no hacía yo falta; pues usted reune á su gran talento, á su vasta instrucción, el valor de que tanto necesitamos los escritores para no estar á merced de estos espadachines estúpidos. Le agradezco á usted la generosidad con que tomaba mi puesto, para mantener mi honor; pero á mí me toca salir por él. Mañana ó ahora mismo tendremos á los padrinos por acá...

—¡Los padrinos! exclamó Sabás espantado.

—Sí, dijo Claveque con indiferencia; no los de Bueso, que es incapaz de batirse; los del General Cabezudo.

—¡El General! gritó Carrasco más asustado aún. El general tira muy bien, señor Claveque...

—¡Ps! hizo éste con modo burlón. Al blanco, Sabás, al blanco; pero el blanco no tiene pistola. Advierta usted que él no se ha batido nunca y yo llevo tres duelos.

Sabás abrió los ojos cuanto pudo, mientras Claveque, haciendo alarde de tranquilidad, se sentaba frente á su mesa para escribir una revista.

## VII.

## Debilidad.

PASARON algunos días, y con ellos los temores de Sabás, quien no pudo tranquilizarse á pesar de la seguridad con que Clavequé le repetía que no era lo mismo tirar al blanco que á un hombre armado. Ni Bueso ni Don Mateo diéron señales de vida, y todo quedó como si nada hubiera sucedido.

La escena de la redacción y la historieta de las pieles, sólo habían causado efecto en mi ánimo, pues despertaron de nuevo mis aficiones ó mejor dicho, encendieron mi fiebre de periodismo carnívoro, que me ponía fuera de razón, mayormente cuando sentía, como entonces, la necesidad de embriagar-

me con los triunfos, ó de distraerme dañándo á los demás.

Medité detenidamente una campaña contra Cabezudo, que daba á la sazón buen blanco para mis tiros; pero no sé si vaga esperanza ó inconsciente respeto, que no podía yo desechar cuando pensaba en Remedios, me contenían para poner en ejecución mis perversos propósitos. Pero no era posible, no, que aquel hombre, autor de mis desventuras, gozara tranquilamente de elevada é inmerecida posición, mientras yo padecía tantas penas. Y por muy cierto que fuera lo asegurado por Claveque, de que llevaría bien pronto la ruina por castigo, sentía yo la necesidad de herirle sin piedad, de herirle profundamente, y poderle decir: «Soy yo quien te daña; soy yo el que has despreciado, el que has tenido por indigno de tu aprecio y de tu trato, quien subiendo á mayor altura, te escupe y te abofetea.»

Y en efecto, en un artículo contra los diputados, caricaturé á Don Mateo, sin nombrarle; pero de tal manera que todos le conocían. El artículo recibió elogios por una

parte, censuras reposadas por la de los periódicos ministeriales, y el periódico se vendió con tanta rapidez como cuando publicó *Las pieles de Testón*. Poco después escribí otro en que Don Mateo no andaba mejor tratado; luego un tercero en que los ataques al General de División eran más vivos y francos; y mezclándose con éstos, ya uno contra el ministro tal, ya contra el periódico cual, ora para burlarme de un poeta, ora para exponer á la vergüenza pública las debilidades de un aspirante á empleos.

Quince días bastaron para que entre Claveque y yo diéramos extraordinaria celebridad á *El Censor*; hasta el punto de verse obligado Don Pablo Albar y Gómez á hacernos una visita, en la cual, después de colmarnos de elogios, nos recomendó la perseverancia, ofreciéndonos para lo porvenir, grandezas ni siquiera soñadas. Recuerdo que al despedirse, me llevó aparte y me dijo en voz baja:

—Si le mando á Ud. alguna recomendación para que no ataque á alguna persona,

no haga Ud. caso y siga con libertad; porque esas cosas se hacen de compromiso.

Tan famoso era ya *El Censor*, como meses atrás lo había sido *El Cuarto Poder*. *El Lábaro* había cortado sus relaciones con nosotros y ni siquiera nombraba á *El Censor*, queriendo dar por desprecio lo que era miedo en realidad; como que Claveque contó entre sus historietas la de Escorroza, cuando combatía contra sí mismo y se desafiaba solo, y alguna de faldas relativa al redactor en jefe, que pudo concluir por medio de las armas; pero por no sé qué casualidades que Claveque me contó, se quedó como la de las pieles.

Claveque era un hombre singular, á quien había yo cobrado grande afecto. Con mucha frecuencia me invitaba á comer, y en cada comida gastaba como rico. Tenía siempre amoríos de lo más caro, (de entre bastidores), que me contaba con minuciosidad, asegurándome que eran obra solamente de los artículos que escribía sobre espectáculos. Vestía mejor que yo; tenía algún lujo en su cuarto, y gastaba en cualquier cosa el doble

de lo bastante. ¿Y todo esto salía de los treinta pesos que le pagaba Albar cada mes? No, imposible. Díjome que, amén de tener un tío en la frontera del norte, que le mandaba de vez en cuando letras por valor de quinientos á ochocientos pesos; solía jugar con admirable fortuna, no en garitos, sino en reuniones á que asistían el General X, el diputado este y el banquero aquel.

Todo se lo creía yo. Tenía talento, no conocía el miedo, amaba el combate, me ayudaba perfectamente, había contribuido á dar al periódicco renombre, respetabilidad y circulación. Lo demás me importaba poco.

Aquella fiebre, que me hacía olvidar la *moneda falsa* de Pepe, y hasta la segunda parte de la historieta de mi compañero de redacción, no era, sin embargo, bastante para borrar de mi memoria á Remedios. Á toda hora me parecía verla tal como Felicia me la había pintado: pálida, con grandes y oscuras ojeras, triste; pero con las pupilas llenas de fuego al pronunciar con energía las palabras "*¡nunca, nunca, y nunca!*"

Procurando huir de aquella visión que me

hacía daño, buscaba yo objeto á mi imaginación en los combates rudos de la prensa, y hasta sentía yo cierto placer cuando caía en mis manos un periódico que, contestándome con un atrevimiento que pocos gastaban, se proponía burlarse de mí ó lastimarme ásperamente. Como todos los espíritus débiles para el infortunio, sentía yo inclinación al vicio; sed de placeres intensos, cualesquiera que fuesen; afán de aturdirme en medio de sensaciones de cualquier género, con tal que fueran de esas que embotan el pensamiento. Vez hubo que trajera á mi imaginación la cara irritada de Jacinta con la nariz dilatada, la boca contraida, arrugado el ceño y los ojos encendidos, y al verla tuviera un fugitivo deseo de estrecharla en mis brazos ahogándola, y decirle: «¡A tí es á quien yo quiero!»

Después de un día empleado en escribir artículos terribles contra el que primero me daba materia, y en pensar en lo imposible de volver á ocupar en el corazón de Remedios el lugar que antes tuve, corría yo á casa de Felicia, refugio único de mi corazón

y de mi cansado espíritu, para oirla hablar sin escuchar sus palabras; pero su voz de dulce acento y suaves inflexiones, era para mí como la música lejana: alegre para mis alegrías, triste, muy triste para mis tristezas.

Hablaba la joven sin parar, ya sentada junto á mí, ya yendo y viniendo por el cuarto para enseñarme cualquier cosa que Don Pedro le había regalado, y me daba sobre ella largas explicaciones. Me pedía un libro para aprender algo, reprochándome que nunca hubiera yo tomado interés en que se ilustrara un poco, me reñía por cualquier simpleza, y después de hacer mil monerías, se sentaba junto á mí, fingía grandísimo enojo porque yo no le hacía caso, y me obligaba á contentarla con palabras de cariño, concluyendo ella por echarse á reir.

No hablaba yo casi nunca de Remedios; pero á veces, con la timidez de quien se niega á la esperanza, y obedece sólo á una necesidad irresistible, preguntaba yo por ella, pero sin pronunciar su nombre. Nada; no había nada de nuevo; pero Felicia procura-

ba animarme, aunque con poco entusiasmo; más bien con cierta frialdad, que me daba á entender que mi pobre amiga no quería infundirme esperanzas engañosas; y en seguida cambiaba de asunto, ó me obligaba á pasar á la sala para saludar á las señoras y á Don Pedro, que me demostraban cada día mayor aprecio.

Una noche, hablamos más de lo que solíamos del enojo de Remedios; y Felicia, menos animada que nunca, se limitaba á decirme que éramos los dos un par de muchachos, que había aún muchos años frente á nosotros, y que la mujer que una vez quiere, no puede olvidar jamás. Aseguraba que el tiempo la ablandaría, y que llegaría á comprender que mi falta valía poco; pero todo con tal frialdad, que sus palabras fueron para mí la señal de que ella, la esperanza misma, la fe viviente, no tenía ya ni un átomo de fe ni un rayo de esperanza.

Entonces vino á mi mente una idea, que me causó el dolor más profundo, pero que acogí con valor que parecía fiereza, como recurso extremo.

—No me queda ya más que un camino, dije, levantándome para retirarme; hacer un esfuerzo supremo, arrancarla de mi corazón, pensar en otra cosa y olvidarla.

—¡Olvidarla! repitió Felicia.

—Sí, dije yo, con voz ahogada, la olvidaré.

—¡Eso no! exclamó la joven, no la olvides, no dejes de quererla, Juanito; mira que es muy buena y que ha padecido mucho. Y si la olvidas, si no piensas más en ella... ¡te vas á volver malo!...

No respondí, incliné la cabeza, y salí del cuarto.

---

## VIII.

## La segunda parte.

Mi inseparable amigo, mi admirador sincero y constante, el hombre en quien he visto mejor armonizadas las buenas intenciones y las malas obras, por falta de criterio propio; en una palabra, Sabás Carrasco, conocía en mi semblante las hondas penas que me devoraban en silencio, y en vano procuró mil veces arrancarme una confesión, que quizá trataba de obtener para buscar los medios de aliviar mi dolencia.

Pero una de tantas veces en que, sentados uno frente á otro, guardábamos silencio, interrumpido sólo por alguna pregunta de Sabás, que recibía siempre una respuesta breve y seca; una mañana en que sin oirle,

dejaba yo correr mi pensamiento por sus acostumbrados caminos, Carrasco, rápidamente, como quien atrapa de súbito un recuerdo interesante y oportuno.

—Oiga Ud., me gritó ¿y aquella muchacha sobrina de D. Mateo?

No pude reprimir un movimiento, que habría sido una revelación para cualquiera más listo que Sabás. Clavé en sus ojos la mirada, queriendo sondear el pensamiento de mi amigo y adivinar la intención de su pregunta; pero comprendí que era aquello una mera casualidad. Carrasco pensó que no recordaba yo ó que fingía no recordar, é insistió, sonriendo maliciosamente.

—Aquella Remedios, que era novia de Ud.

—Ya me acuerdo, contesté desazonado; pero no sé de ella.

Sabás se quedó pensativo y sonriente, como repasando en la memoria cosas pasadas, y después, levantando la cabeza, dijo, como resumen de sus reflexiones:

—¡Lo que son los tiempos! ¿no? ¡Tanto que quería Ud. á esa muchacha!

Luego se echó á reir, y añadió:

—¡Figúrese Ud. que se hubiera casado con ella! Ya estaría Ud. arrepentido; porque la pobrecita era guapa; pero al fin de pueblo, y sin educación.

—¡No sea Ud. tonto! exclamé yo con impaciente irritación, levantándome de mi asiento.

Sabás se quedó de una pieza, cortado y encogido, y cuando pudo reponerse, venciendo su natural timidez, quiso enmendar su torpeza.

—Dispénseme Ud., dijo; creí que ya no la quería Ud. y por eso...

—¿Y quién dice lo contrario? le interrumpí con mayor irritación. No la quiero; por supuesto que no la quiero ya.

—Pues entonces...

—¡Basta, basta! Hablemos de otra cosa, dije exasperado, sin poder contener ni disimular mi mal humor.

Carrasco guardó silencio, y cayó en el mutismo embarazoso de quien queda corrido y avergonzado. Dí dos ó tres vueltas en el cuarto, con nerviosa inquietud, y al cabo tomé un periódico viejo que encontré sobre

una mesa, y púseme á recorrer con la vista sus apretadas líneas, sin entender una palabra.

Sabás, después de permanecer inmóvil durante buen espacio, se atrevió á levantarse de la silla y anduvo con tácitos y cuidadosos pies, acercándose á la mesa opuesta, de donde á su vez tomó otro periódico. Buscaba, sin duda, asunto de qué hablarme para salir del embarazo en que por mis duras respuestas se encontraba; porque, tropezando, en el papel que había tomado, con algo que le trajo á la memoria el artículo de Claveque, dijo volviéndose hacia mí:

—No he visto hasta ahora la segunda parte de *Las pieles*.

Hice un movimiento, como si hubiera tenido un susto repentino. Tal estaba mi cabeza, que no había vuelto á acordarme de tan importante negocio.

—¡Es verdad! exclamé.

—No se ha publicado, dijo Sabás; y yo he creído que eso se arregló.

—¿Cómo que se arregló? ¿Cómo había de arreglarse?

De cualquier modo, él no se metía en eso. Creía que estaría convenido no publicar la segunda parte, para terminar armoniosamente y no dar motivo á un disgusto muy serio. Yo protesté contra semejante suposición. Después de la escena pasada con Bueso, no había avenimiento posible, ni antes tampoco; yo no podía consentirlo, y dados el valor y la entereza de Claveque, su carácter tenaz y su atrevimiento, era absurdo pensar que hubiera cedido á súplicas, no que á amenazas.

Sabás, según costumbre, aprobaba cuanto iba yo diciendo; y yo alzaba la voz, y reforzaba los argumentos, más para convencerme á mí mismo que para persuadirle á él. Y bien lo había yo menester; pues desde que Sabás me hizo su primera observación, había yo sentido una inquietud que crecía por momentos, y que no había poder calmar mientras no llegara Claveque.

Largo rato tardé en demostrar al convencido periodista que aquello del arreglo era un absurdo, y que sólo el recargo de material podía haber retardado la publicación de

la segunda parte prometida. Y bien que se publicaría ¡cómo no! ¿Qué nos importaban ni á Claveque ni á mí las iras de Don Mateo, ni las necedades de Bueso?... ¿Qué?...¿Qué cosa?... ¡Con que eso decía Pepe! ¡Y qué tenía de inconveniente pintar á un hombre público para que no engañara con sus falsas grandezas á la sociedad? Verdad era cuanto el artículo decía; pura verdad, pues aun lo de las pretensiones de matrimonio eran un hecho, según afirmaba Claveque, que andaba por resolverse en los días en que la historieta se publicó. Verdad que Don Mateo era un farsante tonto, que había gastado la mitad de su fortuna en los periódicos, en Bueso, y en otros Buesos, para alcanzar el despacho de General de División. Verdad era todo, porque lo único falso allí era el mismo Cabezudo.

—Eso sí lo dice también Pepe, afirmó Sabás. Dice que el General es, como muchos otros, moneda falsa.

—Moneda falsa... repetí yo, recordando el título que tanto me había impresionado

días atrás. ¿Publicó Pepe un artículo con ese nombre?

¡Cómo! ¿Pués no le había yo leído? ¡Oh! un artículo como suyo, lleno de chispa y de gracia, que hacía reir á todo el mundo, y que reprodujeron dos periódicos importantes de la ciudad; sólo dos, porque ya los otros se iban alarmando con la general aceptación que Pepe alcanzaba. El me llevaría el periódico, por si el ejemplar que se nos remitía se hubiere perdido en el desorden de nuestra redacción; pero mientras tanto, recordaba algunas frases del artículo. Decía, entre otras cosas,... decía... que hay personas que debieran estar clavadas en un mostrador; que hay ricos que llevan todo el capital untado en el cuerpo, para ocultar su piel de pobretes, como escritores que se envuelven en oropel de declamación vacía, para esconder el cobre vil de su ignorancia. Decía mucho más; pero Carrasco no quería repetir mal lo que Pepe había escrito con tanta sal y pimienta. Al concluir, el escritor había ofrecido un segundo artículo, claro,

muy claro, y ya no en castellano, para que todos pudieran entenderle.

Tal poder tenía el artículo de Pepe sobre mí, que pude olvidar por breves instantes la historieta pendiente. Sabás prosiguió en sus elogios, dedicando al autor del artículo los más grandes encomios; y la verdad es que los merecía, porque á mi pesar había yo comprendido también muchas veces, no sin vivos celos, que cuanto Pepe escribía, tenía el sabor agradable y extraño de la originalidad, con un dejo que yo no encontraba sino en sus escritos.

La charla interminable y entusiástica de Sabás fue poniéndome violento; tanto más cuanto que repaían frecuentemente sus alabanzas sobre el artículo que tanto me escocía. Tocaba ya con ello los términos de mi poca paciencia, y ya abría yo la boca para hacerle callar y desatar mi crítica acerada contra Pepe, contra aquel pedante vanidoso, que fingía tanta modestia, cuando vino á evitarlo Claveque, que entró en la redacción sofocado por el calor de la calle.

Apenas le dejé tiempo para respirar, y

le pregunté encarándome como él, por la segunda parte de *Las pieles*. No sé si por mi preocupación, creí notar en él un ligero movimiento de sorpresa, pero en seguida contestó.

¡Oh, la segunda parte! Estaba ya desenlazada de la manera más graciosa, ofreciendo materia para escribir algo de mucho entretenimiento y agrado. Testón había concluido con las pieles, y quería atrapar las piedras preciosas de la princesa Kromalisa; por lo cual urgió á Buesuntol que se diera prisa en el asunto; pero como el astuto noble siguiera entreteniéndole y comiéndose las migajas que sobraban de la fortuna del bárbaro, éste creyó llegado el momento de atreverse, y procuró acercarse á la princesa. Llevaba la certidumbre de haberla cautivado con su renombre, sus glorias y su esplendidez, y en un discurso que Claveque sabía de memoria ó inventaba graciosamente, lleno de grotesca y ridícula vanidad; pidió su mano á la noble y hermosa viuda. La cual, no bien hubo terminado Testón, soltóse á reir con la más alegre risa, y contestó

al bárbaro invitándole para el matrimonio que de allí á cinco días iba á contraer con persona que, aunque de inferiores merecimientos, había aceptado desde mucho tiempo atrás.

La segunda parte me hizo reir tanto ó más que la primera; pero pronto me contuve para preguntar á Claveque cuándo pensaba escribirla. El periodista se turbó y yo lo noté.

—Pronto, le dije con agitación que nacía de mi desconfianza. Ha pasado mucho tiempo desde que la primera parte se publicó. Es preciso que la escriba Ud. ahora mismo, y que salga en el número de mañana.

—Hablaremos, me contestó Claveque con misterioso entono.

—No, señor; repliqué vivamente, y exasperándome. Hoy mismo queda listo eso; no hay que pensarlo.

—Hablaremos, repitió mi compañero; no se apure Ud.

—Es que no me gusta quedar en ridículo, dijo con exaltación; y ya esto da en qué pensar á los que no nos quieren. Escribirá

Ud. eso hoy, ó lo haré yo, si Ud. tiene miedo.

Claveque se echó reir con desenfado.

—Cálmese Ud. me contestó.—Si no fuera Ud. quien tal cosa me dice, habría motivo para un grave disgusto.

—Pues hable Ud. de una vez, dije enérgicamente; porque de lo contrario insistiré en lo que he dicho

—Ud. lo quiere. La segunda parte no se escribirá, porque una joven hermosísima, buena y desdichada, á quien adora el mejor de mis amigos, me ha suplicado que no se escriba.

—¡Cómo...! exclamé yo, comprendiendo apenas lo que Claveque decía.

Me tomó él de una mano y yo me dejé conducir maquinalmente al extremo opuesto de la pieza. Acercó su boca á mi oído, y muy bajo deslizó estas palabras:

—Se llama Remedios.

Le agarré fuertemente por un brazo, y sacudiéndole con violencia,

—¿Quién se lo ha dicho á Ud? le pregunté agitado.

—Silencio, que nos oye Sabás, medijo.

Solté el brazo de Claveque, y él retirándose de mí, y tomando la pedantezca entonación de galán de segundo orden cuando coge entre puertas al traidor de un drama de cocina

—Ahora, me dijo, escribiré la segunda parte cuando Ud. guste.

Sabás estaba estupefacto, y Claveque sonreía satisfecho.

---

## IX

## Explicaciones.

Y tuve que dar las gracias á Claveque por el interés manifiesto que en mi favor demostraba con semejante conducta.

Hablando con Bueso, después de lo que con éste pasó en la redacción, y con ocasión de las explicaciones satisfactorias que Claveque recibía, Bueso dió á entender que por añejos disgustos, conservaba yo al General Cabezudo rencorosa aversión. Nególo mi compañero, insistió el otro, y entre que sí y que no, Bueso dijo que yo había estado, y aun estaba sin duda, locamente enamorado de la sobrina de D. Mateo. El mismo General se lo había dicho al salir de la casa de Albar y Gómez, cuando ocurrió la vio-

lenta escena motivada por los elogios solicitados de *El Cuarto Poder*. Y lo dijo sólo por la extraordinaria ira que entonces le embargaba el juicio; porque después, en vano trató Bueso de hacerle hablar sobre aquel asunto. En aquella ocasión Don Mateo dijo que era yo un títere, que le aborrecía por que se había opuesto á mi matrimonio con Remedios y que ¡cómo no había de oponerse, siendo yo un desgraciado que ni para cochero suyo podía servir!

Y Claveque, con una lógica precisa concluyó, que puesto que seguía yo aborreciendo de todo corazón á Don Mateo, era claro que de todo corazón seguía yo queriendo á su bella sobrina. Pensó desde luego que mi carácter arrebatado y violento me empujaba contra el tío sin reparar que así me alejaba yo de Remedios cada día más; y pensarlo, urdir un plan y ponerlo por obra fué cosa de un instante. Obligó á Bueso á que le llevara á casa de Cabezudo; quien como al cabo, no sabía lo de Testón, le habría de recibir bien.

Dicho y hecho. Llegaron; no estaba Don

Mateo; los recibió la sobrina; hablaron del periódico. Claveque se excusó con malos informes de personas elevadas que querían perjudicar al General, y entonces ella le rogó que no volviera á decir de su tío una sola palabra.

Escuché toda esta mentira pasando de una á otra emoción, de un sentimiento al opuesto; pero dominó al cabo un disgusto invencible, medio celoso y medio airado, por el hecho de que Remedios hubiera conversado con Claveque.

La segunda parte era tan verídica como la primera. Don Mateo había sido víctima del engaño más vil por parte de Bueso; pero tan listo era Bueso como Cabezudo crédulo y tonto; pues halló medio de explicar lo ocurrido al General, de modo que éste quedó aun más contento que convencido. Y la explicación era sencilla. Don Mateo tenía un enemigo poderoso, muy poderoso, que en él veía el rival más temible: un ministro. ¿Pues no contaban ya los periódicos, desde días atrás, qne se *rumoraba* un cambio en el Ministerio de Guerra? ¿Pues no

había voces sueltas de que el nuevo ministro sería un General diputado, opulento y distinguido? Ese ministro era la causa de todo, porque la hermosa viuda tenía con él parentesco, y obedecía á su influencia. Ese ministro sabía que el matrimonio de Cabezudo con la viuda, le elevaba más aún, y le abría de par en par las puertas de la sociedad aristocrática, de suyo escrupulosa y nimia en esto de aceptar en su seno á personas sin abolengo ni blasones.

Don Mateo, escarmentado por una parte, y seguro por otra, de que para llegar á ser ministro (cosa que por sí solo se merecía), no le era indispensable un matrimonio ventajoso, desistía ya de toda idea semejante; pero la de casarse, que había alimentado con verdadero placer, que despertó en él ansias desconocidas, y le hizo entrever un mundo nuevo, quedó viva, tenaz, insistente.

Este era el epílogo de la historieta: Don Mateo, resuelto á casarse, necesitado á ello por una fuerza vigorosa que no podía resistir, se había dirijido á otra parte; á una muchacha humilde; pero guapa y muy joven,

que al decir de Bueso no le recibía mal. He allí por qué Cabezudo de una semana atrás gastaba mucha pomada en el pelo, cosmético, en el bigote y en el pañuelo los más delicados perfumes. Trataba á toda costa de quitarse algunos años de encima, ó de ocultarlos bajo una capa de unguentos olorosos. Vamos; que hasta había llegado á pintarse las canas, y pensaba formalmente si debía rizarse el pelo.

Todo esto no me importaba ya. Lo que sí me importaba era que Remedios había hablado con Claveque, así de cerca, y aun le había hecho una súplica, con su voz de paloma.

Y ese ruego ¿por qué? ¿por quién? Cuando se negaba á escuchar mis ruegos, rogaba en favor del hombre que había causado mi desdicha. Todo para él: para mí olvido y desprecio. El triunfo definitivo de Cabezudo se realizaba ya; Remedios era toda suya; Remedios le amaba entrañablemente; para él tenía gratitud, halagos y caricias; mientras yo era arrojado ignominiosamente de su corazón, y tal vez de su memoria.

Encendióse en el mío, como nunca, el odio al burdo cacique de San Martín; el deseo de dañarle, de hacerle descender con escándalo y estrépito de la altura en que se veía, me roía las entrañas; pero la súplica de Remedios, aunque por hecha á Claveque me inspiraba celosa desazón, contenía mi coraje y detenía la ejecución de los proyectos que en mi cerebro acalorado bullía.

Sólo un asunto, que tuve por gravísimo y trascendental, pudo hacer que mis pensamientos, convirtiéndose á otro punto, dieran á mi espíritu siquiera el descanso de la variación. La prensa alarmada lo decía diariamente; se discutía en los corrillos; se gritaba en las redacciones de los periódicos de oposición; y aun los amigos del Gobierno, como *El Lábaro* y *El Cuarto Poder*, decían algo, muy suave, cuidadoso é insípido, que diera á entender, que también ellos eran capaces de alarmarse.

El tal asunto era, que dos redactores, uno de *El Sinapismo* y otro de *La Vía del Progreso*, habían sido reducidos á prisión, por sendas denuncias de artículos publicados en

esos días. Cualquier cosa; un juicio, sobre la conducta de tal personaje; una historia de faldas de tal otro, que era cierta y verdadera, y bien fea por cierto para el aludido.

¿Cómo callar ante la inicua restricción de las libertades públicas? ¿Cómo consentir en que la más cara, la libertad de la prensa fuese vulnerada tan honda é injustamente? No; *El Censor*, el más valiente y activo de todos los periódicos, debía ser el más enérgico en la defensa, y lo fué de fijo. Nadie como él llevó á la mayor altura el tono de la dignidad de la prensa ultrajada franqueza en dos de sus miembros; ninguno con igual llamé por su nombre á los atropellos, á los que los ordenaron y á los que fueron los ejecutores inmediatos.

Claveque me animaba con sus elogios, y admirando mi viril energía, me obligaba á duplicarla, sin temor, con verdadera audacia. Sabás se envaneció de tenerme por amigo; los periódicos de oposición me aplaudían furiosamente; los heridos me colmaban de alabanzas y reproducían mis artículos; y los ministeriales, puestos entre la

espada de sus granjerías y la pared del compañerismo en la prensa, defendían hoy con debilidad al Gobierno, y compadecían mañana con tibieza á sus estimables colegas que dormían en la prisión.

Solo Pepe Rojo, que me veía de tarde en tarde, y á quien yo procuraba encontrar lo menos que me era posible, ni aplaudía mi actitud, ni defendía á nadie. Alguna vez me dijo que no iba á visitarme con frecuencia porque estaba empeñado en aprender el castellano, y en recordar el Derecho para recibirse de abogado. Pero enmedio de la lucha que yo sostenía en pro de la libertad de imprenta, y cuando habían pasado ya unas tres semanas de brega, Pepe se presentó en mi cuarto, y sin abandonar su manera especial de dar consejos, me dió á entender que hacía mal en exagerar tanto la defensa de los dos escritores, á quienes no era difícil que fuera yo á acompañar el día menos pensado.

El consejo oficioso, que además califiqué de egoista é indigno, apuró mi paciencia, que era ya muy escasa para con Pepe. Díle

alguna contestación violenta y dura; y como él insistiera, replicándome en tono casi serio, le dije redondamente que sobraban sus consejos cuando nadie los había menester.

El estudiante me miró con singular expresión, que no acierto á decir si fué de enojo ó de lástima; se puso serio, muy serio, y salió sin despedirse.

Cuando me ví solo, y consideré que por vez primera había yo arrostrado sin timidez ni abatimiento el semblante grave de mi antiguo compañero, sentí como que recobraba mi libertad, como que me quitaba un grave peso de encima. y me envanecí de mi triunfo.

---

## X

## Proyectos de Felicia.

Bien entrado estaba ya el mes de Abril, y los dos periodistas áun no recobraban la libertad, no obstante haberse hecho en su favor cuanto era posible. Y no era esto lo peor; sino que habían ido á hacerles compañía dos más; el uno por exceso en la defensa, ó mejor dicho, por demasías en el ataque; pues había tratado de probar que aquella historia de faldas era cierta por los cuatro costados; el otro por asegurar que los cuantiosos bienes del opulento X. eran debidos á la venta de de tales y cuales cosas que no estaban en el comercio de los hombres, según el Derecho Romano.

Con cada hecho de esta clase, mis bríos acrecían, y escribía yo largos y violentos artículos contra el Gobierno, mientras Claveque continuaba con sus historietas, tan saladas y picantes, que yo no comprendía como podía aun andar suelto por la ciudad.

Con mucha frecuencia escribía Claveque parrafillos misteriosos, qué nada decían, pero que ofrecían mucho. Por ejemplo: «En cierta casa de la calle de Cocheras, ocurrió hace pocos días un escándalo, que se dice ocasionado por un personaje de consideración. Si nuestros informes se confirman, darémos pormenores con la franqueza que acostumbramos; pues estamos resueltos á cumplir con nuestro deber, aún en medio de los calamitosos tiempos que atraviesa el periodismo.» Otro «Se dice que un conocido gefe del ejército, yendo por el rumbo de San Lúcas........... Continuará en el número próximo.» Pero los informes no se confirmaban seguramente, porque Claveque no decía nada en los números siguientes de «El Censor». Si yo le pedía explicaciones, me las daba satisfactorias, y en seguida me

convidaba á comer y gastaba un dineral en agasajarme.

Pero mientras mi fama crecía y mi renombre de audáz y enérgico recorría la Nación, arrancando aplausos á los crédulos provincianos, que tanta fé prestaban entónces á cuanto la prensa de la capital les decía; mientras envanecido de mis triunfos, abandonaba yo *El Censor* en manos de Claveque, mi espíritu no descansaba, ni mis sentimientos hallaban punto de reposo.

Siempre Remedios, pálida y ojerosa, más bella que antes, se presentaba en mi imaginación, implacable, colérica, los labios entreabiertos para decir: «¡nunca!»

Algunas lluvias comenzaban á caer, mitigando el calor excesivo de la estación; y solía por las mañanas despertar la ciudad como perezosa y friolenta, cubierto el cielo de nubes, mojado el suelo por una lluvia sutil que traía á mi memoria las mañanas de Octubre de mi lejano pueblo.

En mañanas así, la fiebre de las luchas políticas no abrazaba mi sangre, el pueblo agreste surgía en mi pensamiento, be-

llo, encantador, pequeñito; como se ve la aldea lejana del valle desde la cumbre de la sierra.

Con San Martín venían mi madre, Remedios; sentía yo un instante brevísimo, la esperanza que allá me daba vida, exhuberante, poderosa y fuerte, como la naturaleza misma de mis campos; y luego con más cruel aguijón me hería la realidad: Remedios despreciándome ó aborreciéndome; negada toda esperanza; sólo en el mundo.

No, sólo no. Quédame para vivir, si no para amar la vida, un deber que llenar y una pobre niña á quien querer: Felicia. De todo cuanto había amado, era lo único que podía amar todavía. Quería ella ser el refugio de mi córazón, y mi corazón la buscaba cada vez que recibía una herida nueva ó que por sí mismo ahondaba las antiguas. Sería mi hermana, mi inseparable compañera en la amarga vida que había yo de arrastrar como cadena de presidio; y por buscar la felicidad para ella tal vez encontrara una satisfacción, ó algo de tranquilidad y olvido para mi alma.

Dia hubo que empleara yo casi entero en pensar sólo en Felicia, como mi salvación y mi consuelo, al grado de forjar en mi imaginación, acariciando esta idea, un mundo nuevo para mí, lleno de satisfacciones tranquilas y dulces. Viviría yo con ella, y para no dar que decir á las gentes, amigas siempre de manchar á todo el mundo, hablaría yo á la Sra. de Llamas para tener en su casa una piececita cualquiera en cualquier lugar de su casa, y vivir cerca de la niña, prestándole mis cuidados y recibiendo los suyos, como los cariñosos de una hermana.

Aquella misma noche iría yo, hablaría yo á la señora, y Felicia se pondría muy contenta. Mi primera satisfactión en la nueva vida, iba á ser verla brincar como un niño al saber mi determinación, y oir de su boca mil tonterías, que iban á salirle atropellándose, como pasaba siempre que se llenaba de alegría.

Saboreando estos desconocidos goces, y esperando con impaciencia que la noche llegara, pasé la tarde sentado cerca del balcón. Al fin llegó el momento de poner por obra

mis propósitos. Eran las ocho; tomé mi sombrero y me dirigí á la Calle del Amor de Dios.

La noche estaba casi oscura, porque las nubes que durante el día habían tenido encapotado el cielo, aglomeradas después al oriente ocultaban el disco de la luna, robando su luz. Caminaba yo pensativo y cabizbajo, sumido en mis pensamientos, y maquinalmente me dirigía á la casa de Felicia, sin saber por qué calles, cuando sentí que mi hombro tropezó con otro más robusto, que me echó de la acera al empedrado. Hecho á tales accidentes, que mi distracción ocasionaba, seguí mi camino adelante, sin hacer caso del transeunte; pero él me sacó de mi distracción lanzandome esta palabra:

—¡Bruto!

Me detuve y volví la cabeza. El también se había detenido quedando á unos veinte pasos de distancia.

—¡El bruto es Ud! contesté:

—¡Vaya Ud! replicó el hombre. ¡No le rompo yo la boca, canasto!

Un sacudimiento como de frío me hizo es-

tremecer al reconocer á Don Mateo. Permanecí en mi sitio sin contestar una palabra; y él, después de breves segundos, que me parecieron de vacilación, hizo con el brazo un movimiento despreciativo, volvió la ancha espalda y siguió andando.

Todavía permanecí en mi lugar, viendo cómo se alejaba andando pesadamente, embargado mi espiritu por la sorpresa, y sintiendo en el corazón la cólera que al recibir el empellón no tuve. Estaba yo frente á Santa Inés; cuando el General entraba en la calle de la Moneda, seguí mi camino lentamente, y volví á pensar en Felicia para olvidar á Don Mateo.

La joven salió á recibirme con alegría, me dió un fuerte abrazo, y empujándome por los hombros, me hizo entrar en su cuartito, siempre aliñado, limpio y oloroso.

¡Ah, bribón! ¡con que dejaba yo pasar cuatro y cinco días sin ir á ver á la hermanita! ¿En qué se me iba el tiempo? Sí, sí, el periódico. Pues el tal periódico, á quien tanto había querido antes, le estaba inspirando celos; estaba celosa de remate, y si deseaba

yo que ella siguiera teniéndole cariño á ese papelucho, era preciso que no le diere yo todas mis atenciones, sino que dejara algo para ella, que las merecía más. Por supuesto que sí; muchísimo más. También estaba celosa de esos amigos que me ayudaban á redactar el periódico; porque me estaban mirando todo el dia; mientras ella se fastidiaba esperando que á mi se me diera la gana de ir una noche á verla un rato. Eso era un crimen que no me perdonaba; pero, en fin, si yo prometía enmendarme, me perdonaría, puesto que tenía un corazón muy inclinado á perdonar.

Entonces sí que me deleitaba yo oyéndola hablar de ese modo. Hacía tiempo que no sentía yo el corazón tan tranquilo, tan libre; y no parecía sino que la joven, sabedora de la sorpresa que yo le preparaba, quería obligarme á dársela pronto, y allanaba el camino con sus reproches llenos de gracioso artificio.

Entró en la pieza Doña Luisa, que raras veces lo hacía estando yo, y Felicia no continuó con su charla, como acostumbraba; si-

no que calló súbitamente, se quedó mirando á la buena señora, y aun creí notar que le hacía señas de que no hablase. La viuda de Llamas sonrió y me dijo:

—Señor Quiñones, hace ocho días que estoy exigiendo á Felicia que hable á Ud. de un asunto, y no lo hace. Mándele que se lo diga, y si no obedece, yo le pondré á Ud. al tanto de todo.

—Ya voy, mamacita, dijo Felicia, saltando al cuello de la señora y poniéndose colorada; ¿pero no ve Ud. que acaba de llegar? Ahora mismo se lo diré.

—¿De qué se trata? pregunté yo con curiosidad.

Iba á contestar doña Luisa; pero la joven le tapó la boca con una mano y gritó:

—No le diga Ud. nada; no le diga, que me da vergüenza.

—¿Ud. se lo dirá? preguntó la señora riendo.

—Sí, sí; contestó Felicia; pero vayase Ud. Vamos, vamos; déjeme Ud. en paz, señora mamá, que yo solita me atrevo á todo.

Y mientras lo decía, fué empujando sua-

vemente á doña Luisa hasta ponerla en el corredor.

Cuando volvió á entrar, estaba colorada como nunca y me miraba con singular timidez.

—¿Qué tienes qué decirme? le pregunté.

Colócose detrás del sillón en que estaba yo sentado, y poniendo sobre el respaldo los brazos cruzados,

—Te lo voy á decir, contestó con voz baja y como cantando; pero....

Volví la cabeza y traté de verla; pero ella escondió la cara y me gritó:

—¡No me mires!

—Habla, pues...

—Pero no me mires, ó no hablo.

—Me va á pedir algo, pensé yo gozando con su confusión.

Quedé otra vez de espaldas, mirando el sofá, y ella tomó de nuevo su primera posición y alisándome los cabellos, me dijo.

—¿Cuándo te recortas el pelo? Mira que está ya muy largo.

—Eso no te importa, le contesté. Habla, ó llamo á Doña Luisa.

—Hijito, sí no sé como empezar, y luego se me salen las cosas de sopetón, y causan una impresión muy fea.

—Pues aunque sea de sopetón, repuse riendo.

—No, dijo con voz grave; no quiero que te asustes. Espérate; voy á pensar el principio. Esta mañana lo estuve repasando, y ya se me olvidó. Verás....verás....Ah! ¿No te ha ocurrido alguna vez que yo debo casarme?

Sin poder contenerme volví el rostro, sorprendido por aquellas palabras; pero ella, haciendo movimiento igual, escondió la cara y me puso la mano en los ojos.

—Voltéate, gritó, ó salgo corriendo de aquí.

—Ya no te veo, dije con voz trémula, sintiendo dolorosa aflicción.

—¿No te enojas? preguntó ella con cariñoso acento, y jugando con mis cabellos.

—No, contesté. ¿Quieres casarte? ¿Quieres á alguno? ¿Te quiere á tí?

Y tuve que hacer un esfuerzo poderoso para que no se me saltaran las lágrimas, al

ver cómo me arrancaba la suerte el último refugio. La voz de Felicia, hasta entonces alegre y jovial como siempre, se puso temblorosa y grave al contestarme.

—Sí, quiero casarme; pero tengo miedo de hablarte de esto, porque se me figura que te enojas, y que luego te enojarás más. Mira, Juan; ya sabes que he sido siempre desdichada: mis padres se murieron cuando era yo muy pequeñita; quedé al lado de mi buen tío, que me quiso tanto, y él también se murió. Dios no me abandonó, y tú que eres tan bueno, tan generoso, me trajiste acá, me sirves de padre, de hermano, de todo...

Felicia lloraba al decir esto, y un sollozo la obligó á interrumpir su discurso. Quise volver la cabeza para hablarle; pero ella me la detuvo con ambas manos, y volvió á decirme:

—¡No te muevas!

Después se enjugó las lágrimas y continuó.

—Es una tontera que me ponga yo á llorar para decirte una cosa tan sencilla.

Hizo un mohín, como para echar de sí la emoción que la embargaba, y volviendo al tono resuelto que era en ella tan natural y gracioso,

—Pues sí, señor; dijo, me quiero casar; y esto es muy justo en una mujer ya grande como yo, que tengo diez y siete años. Tú te casarás tarde ó temprano, y yo no quiero quedarme para tía. Tengo ahora la ocasión y tal vez más tarde no se presente ¿No te enojas? Ya ves que pienso con juicio; esto no es una niñada. ¿Qué te parece?

—No me has dicho hasta ahora quién es el que has elegido, contesté, dominando mi emoción.

—¡Ah, es verdad! Pero...... El me eligió á mí, y la verdad...... la verdad que yo lo acepto. No es un muchacho...... por eso me parece mejor; porque es hombre formal. Los jóvenes se casan por locura...... Este señor lo ha pensado bién...... Me quiere mucho...... sí; me quiere, hijo. Es el favor más grande que me harás. Yo he pensado mucho, y estoy resuelta á casarme con él;

sólo espero tu consentimiento...... ¿Qué te parece?

—Dime quién es, volví á contestar.

—¡No lo he dicho! ¡Ay, hijo; si me cuesta mucho trabajo! Ofréceme que no te enfandarás.

—Te lo ofrezco.

—¿Deveras?

—Deveras. De todos modos, tendrás mi consentimiento, dije con despecho; puedes estar segura de que no me opondré. Enojarme, tampoco. Quiero que seas feliz, y si quieres casarte, te casarás.

Apoyó la joven su frente sobre mi cabeza enardecida, rodeó con sus brazos mi cuello, y dijo muy bajito:

—Pues es...... es...... Don Mateo.

De un salto me puse en pié, echando hacia atrás á Felicia, que estuvo á punto de perder el equilibrio, y la miré de hito en hito, entre aterrado y colérico, sin poder articular una palabra; miéntras ella, tímida y asustada al ver mi semblante descompuesto y contraido, retrocedía, como buscando la pared para apoyarse.

—¡Cómo!...... exclamé al fin. ¡Ese!...... ¡Tu también!......

La vacilación, el miedo de Felicia, duraron un breve instante. Acercóse á mí resueltamente, y yo la rechacé; pero insistió ella, y me apretó en sus brazos.

—¿Ves cómo te enojas? me dijo llorando.

—¿Pero es verdad lo que dices? pregunté.

—Me ofreciste no enfandarte. Hasta me ibas á echar al suelo; y todo porque no te oculto lo que pienso, y te digo cuanto me pasa. No seas malo conmigo; no me trates así...... Dime que no y ya está. Yo no haré nada contra tu gusto; te debo mucho, y te quiero mucho más. ¿Que me importa todo, si tú te enojas conmigo?

Estas y otras palabras cariñosas de Felicia, dichas entre sollozos, miéntras lloraba con la cabeza apoyada en mi pecho, me conmovieron profundamente y lograron calmar los terribles sentimientos que luchaban en mi corazón. Pero aquello no podía durar, ó yo había de volverme loco.

Desprendí los brazos de la joven que seguían estrechando mi cuerpo; hice un es-

fuerzo difícil para dominarme, y logré decirle, volviendo á otro lado el rostro:

—Vendré mañana y hablaremos. Hoy es imposible para mí.

Y salí del cuarto, y después de la casa; eché á andar, y al pasar frente á Santa Inés, me detuve, como esperando volver á encontrar en el mismo sitio á Cabezudo, y tropezar con su hombro hasta rompérsele.

---

## XI

## Libertad.

Al día siguiente, cuando pude con calma recordar la escena de la noche anterior, me pareció espantosa pesadilla, como ella horrible; pero, también como ella, inverosímil y absurda. ¡Cómo había de pensar formalmente Felicia casarse con Don Mateo! No, no podía ser.

Pero ella me lo había dicho de veras; estaba conmovida, lloraba. Era imposible que aquello fuera una broma; pues como demasiado pesada para mí, no podía haber sido inventada por Felicia para disgustarme. Cierto era, pues, que la joven quería casarse; que me abandonaba, quizá por un simple capricho de niña antojadiza.

Debía de estar resuelta, cuando se atrevía á pedir mi consentimiento, sabiendo, como sabía, el odio que Don Mateo me inspiraba y todo el mal que me había hecho. Por lo mismo, yo no me opondría. No; ni una objeción haría yo; y se casaría, y alejado de ella no volvería nunca á verla.

Mas después de pensar así durante una hora, presentábase Cabezudo en mi imaginación, y al verle, otra vez me parecía un sueño absurdo lo ocurrido la noche anterior, y no podía yo creer ¡imposible! que una muchacha como Felicia aceptara por marido á aquel hombre burdo, grosero y repugnante.

Volví en la noche á casa de Felicia, alimentando una vaga esperanza, y temeroso de verla desvanecida. Con más calma, hasta con dulzura hablé con ella; y la joven, sin poder evitar algunas veces que se le saltaran las lágrimas, repitió cuanto la noche anterior me había dicho.

Fingiendo tranquilidad, pero llena el alma de desesperación, me retiré de allí, y con el más vivo dolor, sentí que Felicia me iba pa-

reciendo una mujer cualquiera. O tenía un juicio impropio y hasta repugnante por su precocidad, ó era quizá arrastrada por la ambición de riquezas, de lujo, de comodidades que yo no podía ofrecerle.

Al despedirme, le anuncié que volvería al día siguiente para hablar con Doña Luisa. Y en efecto, volví, esperando quizá que la buena señora me diría que todo era una comedia de la joven: comedia pesada, que estaba que estaba yo dispuesto á celebrar y aplaudir, con tal que fuese comedia nada más. Pero no; Doña Luisa me contó con pormenores la historia.

Don Mateo no había dejado de visitarlas desde que llegó á la Capital, aunque con poca frecuencia; y por lo mismo llamó la atención de la Señora que desde unos quince días atrás, el General las visitara diariamente. Notó desde luego que Cabezudo procuraba siempre estar cerca de Felicia; que la distinguía especialmente; que se pintaba los bigotes, y que trataba de demostrar finura, con cortesías toscas y pesadas. Felicia no hacía caso de todo esto, y la señora no cre-

yó necesario decírmelo. Pero repentinamenvió que las atenciones de Don Mateo encontraban correspondencia por parte de la jóven; advirtió que ella esperaba con impaciencia el General, cuando al sonar las seis de la tarde no había llegado; notó mil cosas más que la alarmaron, y al fin preguntó á Felicia qué estaba sucediendo. «Me ha dicho que quiere casarse conmigo,» le había contestado ella. Y entonces Doña Luisa le exigió que me lo contara.

La viuda de Llamas, que encontraba tan absurda como yo aquella determinación, había hablado largamente con Felicia; y esta le había dicho y repetido con juicio y circunspección que tenía muy graves razones para aceptar á Cabezudo; que le quería; que era un hombre excelente, y que la aversión que yo le tenía se fundaba en su oposición á mi matrimonio con Remedios; mas no en que Don Mateo fuese un hombre malo.

Doña Luisa concluyó diciéndome que en la mañana de aquel mismo día, Felicia, anunciándole mi visita, le rogó que me con-

venciera de que debía consentir en su matrimonio.

Cuando hube oido todo esto ¿qué duda podía quedarme? En pocas palabras, y de seguro, sin poder ocultar la pena y el disgusto que me dominaban, supliqué á la señora que entendiese en todo aquello sin consultarme en ningún caso; pues la autorice ampliamente para arreglarlo todo. Quería yo que Don Mateo ignorara por completo mi intervención en el asunto; y quería yo, además, que el matrimonio se hiciera pronto; para lo cual doña Luisa haría por mi cuenta los gastos necesarios.

Quiso ella hacerme alguna objeción; pero me negué á oirla, insistí terminantemente en aquellas órdenes, y sin pasar al cuarto de Felicia para despedirme, salí de la casa con el firme propósito de no volver á ella nunca.

En la calle, dirigiéndome á mi habitación, mil pensamientos vinieron á mi cabeza, que ardía como un horno. El trecho era largo, y aunque andaba yo á prisa, tuve tiempo para pensar muchas y diversas cosas, pues

venian estas á mi mente en desorden, atropellándose; y yo apenas tenía tiempo para desechar esta, ver otra, aprobar aquella y desecharla en seguida,

No sé qué fenómeno se verificó en mí durante el breve espacio que gasté en llegar á la redacción; sí sé, que al entrar en ella, aunque sintiendo el amargor de mis infortunios, sentía yo el corazón como ensanchado, la mente libre de preocupaciones, y aun cierto sentimiento extraño de satisfacción, de contento.

Eran las doce del día, y Claveque y Sabás conversaban en la redacción cuando yo entré.

—Señores buenos dias, dije, arrojando el sombrero sobre una mesa ¿Qué tenemos de nuevo por el mundo?

—Algo interesante, contestó Claveque.

—¿Sí? Pues me alegro mucho; porque ando en busca de cosas que interesen.

Sabás abrió los ojos desmesuradamente, admirado de mis palabras y del tono conque eran dichas, mientras yo,tomando una silla me ponía á horcajadas sobre ella.

—Es preciso, continué, sin poder mantenerme quieto diez segundos, que busquemos constantemente noticias de sensación. Ya he dicho á Albar-y Gómez que debe darnos un *reporter*, para que este periódico se levante á la mayor altura; y si no ha de dárnosle, haremos nosotros ese servicio. ¿Hay algo interesante? ¿Qué es ello?

Sabás seguía sorprendido, y yo cambiando de posición en la silla á cada instante.

—De eso hablábamos Sabás y yo; contestó Claveque.

—Otro periódista en la cárcel.

—¡Otro! exclamé; indignado.

—Otro, repitió mi compañero.

—¿Pues qué está pasando en este desdichado país?

—¡Qué ha de pasar! que no se puede escribir una palabra para el público, porque cualquier Cabezudo lo mete á uno entre cuatro paredes.

—¡Cabezudo!

—Sí, señor; Ud. no lee la prensa desde hace ocho días, porque anda lleno de no sé que ideas que lo preocupan.

—Pues ya estoy libre, repuse, poniéndome de pié, y con exaltación. Estoy libre de preocupaciones y tonterías, y dispuesto á no pensar sino en los periódicos, la prensa, la cárcel, los triunfos; en todo lo que piensan los demás. Estoy libre, estoy contento, no me detiene ya nada, ni me desvía ningún obstáculo de mis popósitos. Hable V.; póngame al tanto de lo que pasa en el mundo; porque en realidad no sé nada de él desde hace algunos días.

Ambos periodistas me miraban con extrañeza, como asombrado del súbito cambio que en mí notaban.

—Pues lo ocurrido es, dijo Claveque que en estos días varios periódicos han tomado á cargo al famoso General, porque mucho se suena que será ministro.

—¡Ministro ese animal!

—Ni más ni menos. Pero ahí tiene Ud. que se levantan como de acuerdo *El Sinapismo*, *La Vía del Progreso*, *Los Cuatro Vientos* y otros, y sacan al presunto Ministro más de cuatro cosas. Está eso muy divertido. Uno prueba que es un camello; otro

inventa anédoctas de su vida, más picantes que la mostaza inglesa; aquel le dice que vuelva á cojer el arado. Y Bueso se vuelve loco, queriendo contenerlos á todcs por la buena ó por la mala.

—¡Bueso! interrumpió Sabás.

—Es claro. Su amigo íntimo, su defensor constante.

—Pero es que eso no puede ser.

—¡Por qué no!

—¡Bueso! repitió Sabás como si no acabara de comprender. Si el mismo señor Bueso me ha hablado á mí, interesándose en que yo atacara al General en *El Cuarto Poder*.

—¡Cómo! exclamé yo.

—No, hombre, eso no es posible; dijo precipitadamente Braulio.

—Le juro á Ud.......

—¡Quite Ud! Esa es una de tantas equivocaciones que Ud. padece todos los días, continuó Claveque. Bien sabido es que Bueso es el defensor, el brazo derecho de Cabezudo; que para eso le tiene el General á su lado, y le da cuanto quiere.

—Pero Bueso, dije yo, es un bribón tan grande, que por tener que defenderle, puede pagar á quien le ataque.

Claveque vaciló al oír la entonación briosa con que yo hablé, y alzando los hombros con indiferencia,

—Puede ser, repuso, Bueso es un pillo; pero no lo creo.

¿Pero á mí qué me importaba que Bueso fuera ó no, quien alzaba la polvareda, contra Don Mateo?

¿Era posible que se pensara, que se pudiera pensar algún día en hacerle ministro? ¿Si?...... Pues tanto mejor. *El Censor* tomaría parte en la zambra. Yo me encarga ba de ello; pues nadie podría decir lo que yo, respecto á aquel hombre que se había dado de alta como ilustre, ni más ni menos que cuando se hizo teniente coronel. Yo no temía la persecución de que la prensa era víctima, con mengua de la civilzación y de las leyes; ni me ablandaba con ruegos de cualquier embajador más ó menos espadachín. Las libertades públicas lo exigían; la verdad oscurecida lo necesitaba; la honra de la

Nación lo estaba reclamando. Y los periodistas, encargados de velar por las libertades públicas, la verdad y la honra de la patria, debíamos acudir á esas necesidades, ó romper nuestras plumas inútiles y envilecidas.

Cuando acabé mi discurso, que yo mismo creía sincera expresión de mis sentimientos, Claveque me dió un abrazo que me sofocó, gritando:

—Bien, Juan: muy bien. Siempre he creído que es Ud. el periodista mexicano de más alientos.

Sabás me contemplaba, con la boca abierta.

## XII.

## Los tábanos.

¡Libre, sí, libre! Lo sentía yo en mi espíritu, y repetía yo la palabra, saboreándola con singular placer; pero notando siempre que tenía un dejo amargo. Estaba yo desligado de todo respeto, de toda consideración embarazosa; y al hacer el ánimo de romper con todos mis afectos para siempre, recobré la libertad de seguir cualquier camino, por malo que fuera; de hacer daño sin miramientos á nadie; de vengarme de cuantos me hubiesen hecho el mal de darme aquella misma libertad que tanto había yo rehusado.

Sólo me quedaba un estímulo para vivir:

las glorias del periodismo; y el periódico era no solamente mi esperanza y mi consuelo, sino tambien mi arma.

El primer número que de *El Censor* salió á luz, después de mi emancipación, publicó el primer artículo de aquella famosa serie que tanta circulación dió al periódico. La tal serie llevó este encabezamiento: *De jornalero á ministro*; y no hay para qué decir que se trataba de Don Mateo Cabezudo, aunque no mentara su nombre.

Con crueldad preconcebida y refinada, me propuse referir punto por punto la elevación del Mateo que servía á mi padre cuando yo era niño, con la mayor lentitud, poco á poco, para que la herida fuera más dolorosa. Y así, el primer capítulo no era más que la pintura del jornalero, con toda su humildad, su paciente obediencia de asno educado, sus bajas tareas, sus torpezas, preocupaciones y miserables costumbres. Pero Don Mateo quedaba perfectamente designado, sin temor de que nadie pudiese confundirle con otro; y los periódicos como *La vía del Progreso* y *Los Cuatro Vientos*, aplaudieron con frenesí,

elogiaron la galanura del estilo, la oportunidad de las frases, la chispa á veces, y á veces el vigor del lenguaje y la elevación del tono; sin perjuicio de que á la postre, dejaban caer sobre el acosado General una lluvia de motes, chistes y aun dicterios de lo más grosero y punzante.

Ahora veo que aquellos dos semanarios, y como ellos *El Sinapismo*, *La Tea* y otros, eran de lo más procaz que puede salir de las prensas. Pero para darles crédito cuando me elogiaban tenía yo una razón: que también los diarios que se llamaban serios y representantes de la opinión pública hacían elogios de mis artículos, ya por el prurito de alabar y encarecer lo que olía á oposición al Gobierno; ya porque con seriedad, representación y todo, estaban escritos en peor castellano que *El Censor*.

A este coro de alabanzas se unía la voz de Claveque, llena de exagerado entusiasmo, y la de Sabás, llena de simple admiración. Y yo, envanecido con el buen éxito del primer artículo, y desvanecido con el superior del segundo, me consideré en el quinto cielo de

la fama, á altura en que no podrían alcanzarme nunca ni la envidia con sus envenenadas flechas, ni el rencor con sus poderosas alas.

Antes de publicado el capítulo tercero de mi historia, recibí la visita de Bueso, de aquel tratante en famas, honras, títulos, grados militares y párrafos de gacetilla. Ni oí sus ruegos ni acepté proposiciones de paz; aunque me dijo que Don Mateo tenía determinado ir á buscarme para hacerme callar. Cuando, convencido de su impotencia para reducirme, se retiró, Claveque me dijo.

—Es imposible que Cabezudo provoque á Ud., porque lo tenemos acosado entre seis periódicos, y necesitaría provocarlos á todos.

Y entonces me confesó que escribía en *La Tea* algunos parrafillos contra el General.

Cabezudo, en efecto, estaba acosado, como tigre por jauría, y cansado de luchar, se conformaba ya con enseñar los dientes. Un redactor de *El Sinapismo* había sido reducido á prisión dor demanda suya ¿pero había de encerrarlos á todos? Al que quedó sustitu-

yendo al preso, le descalabró una noche en un portal; lo mismo hizo con el gacetillero de *Los Cuatro Vientos* ¿Pero había de descalabrar á cincuenta más?

Y mientras tanto (Sabás me lo había repetido á solas), su agente, su auxiliar, el gran Bueso, que le comía un lado, atizaba el fuego para hallar ocasión de comerle el otro, si es que aun le tenía sano.

Escorroza, jefe de la redacción de *El Cuarto Poder*, había tomado á su cargo la defensa de Cabezudo, previo permiso de Albar y Gómez, tarea que le acarreaba diariamente dos docenas de parrafillos de los adversarios, que le ponían como trapo de fregar. Bueso hablaba con él todas las mañanas para acordar la defensa del siguiente día; y después iba á otras dos redacciones para hacer lo mismo; porque tenía Don Mateo tres periódicos amigos, que al decir de Claveque, le chupaban la sangre.

Estos eran los que afirmaban que la dimisión del Ministro de Guerra era segura, más tarde ó más temprano; tan segura y evidente como que le sustituiría en el elevado

empleo un general ilustre, diputado distinguido y opulento propietario, cuyo nombre querían y debían callar por entonces. Noticia que me habría tenido sin cuidado, supuestas las relaciones de Bueso con los tales periódicos, si no fuera porque Claveque me decía que en verdad se aseguraba el encumbramiento de Don Mateo, por Don X, y Don H. y otros Dones muy encopetados, con quienes mi compañero llevaba grande amistad, y aun solía comer de vez en cuando, si le hacían mucha fuerza.

Esta idea, á la que se asociaban siempre el recuerdo de Felicia y la imagen de Remedios, me sacaba de quicio; y entonces era cuando mi pluma, mojada en bilis, corría con facilidad pasmosa sobre el papel, continuando la historia del jornalero.

Un día, sin comprender yo porqué, Claveque me aconsejó que diera al General una tregua; pero no pudo convencerme, por más que me alegó que el público se cansaba y que sería de muy buen efecto dejarle un descanso de quince ó veinte dias. Algunos después, insistió en lo mismo, con viví-

simo interés. Discutió, porfió, y al fin me dijo que Remedios le había recordado su promesa, cosa que le había avergonzado mucho; me habló de ella con caluroso elogio, me rogó en su nombre...... ¡Ah! ¡con cuánta hiel escribí entonces el capítulo octavo, pintando la traición de Cabezudo al Gobernador Vaquerili!

Mientras tanto, corriendo aquellos días, había yo recibido varios recados de Felicia que me llamaba, reprochándome el poco interés con que la veía. También la viuda de Llamas me llamó con insistencia, y al fin tuve que ceder,

Todo estaba listo para el matrimonio, y se trataba de consultarme para determinar el día de su celebración.

¿Y qué me importaba á mí? ¿No había yo dicho que no quería saber nada? ¿No había facultado á Doña Luisa para que se encargase de todo lo relativo á ese asunto?

Felicia me oyó, conteniéndose para no llorar. No pudo entonces hablar, como otras veces, verbosa y alegremente. Estaba seria, y no disimulaba la pena de que estaba po-

seida. Puesto que yo la abandonaba de ese modo, nada quería ya exigirme, pero por lo menos, deseaba que supiera yo cada uno de sus pasos. Se casaría á los quince días.

—Cásate cuando quieras, contesté con la voz ahogada por el despecho.

Y como vi que Felicia inclinó la cabeza; adivinando que lloraba, me acerqué á ella, con un postrer rayo de esperanza en el corazón.

—¿Pero has pensado bien esto? le pregunté. ¿De veras quieres á ese hombre?

Tuvo un instante de vacilación, pero brevísimo, y bajando más la cabeza,

—Sí lo quiero, contestó con voz muy suave.

—¡Dime la vedrad, la verdad! exclamé yo con precipitación, notando más la vacilación de la joven.

Debió de comprender ella lo que pasaba en mi alma; porque alzó la cabeza con resuelto ademán, aunque brillaban las lágrimas en sus ojos, y respondió con firmeza:

—La verdad es que lo quiero. Por eso me caso con él.

En la calle tropecé con Claveqne y dos redactores de *El Sinapismo*, á quienes conocía yo bastante. Notaron que algo grave me ocurría, porque mi semblante lo estaba demostrando con claridad.

Pregunté á Claveque si había corregido él el número que debía salir al día siguiente, en el cual se publicaba mi capítulo octavo. Me contestó que sí; pero tartamudeó un poco, y en seguida nos invitó á todos á comer.

La invitación me produjo una alegría extraña. Yo sentía una necesidad sin atinar cual era; y me parecía que Claveque había acertado. Sí, sí; una reunión de amigos, una comida en algún lugar poco concurrido; algo de alegría, de expansión, de vino y de embriaguez...... ¡Eso era lo que yo deseaba, sin comprenderlo!

Aceptada la invitación, Claveque nos guió; pero antes envió una tarjeta á un nuevo redactor de *La Vía del Progreso*, excelente amigo que nos acompañaría en la comida, porque nunca rehusaba un convite. Tenía especial interés en presentármele; se llamaba Pedro Redondo.

—¡Redondo! exclamé yo con súbita animación. ¡Le conozco perfectamente! Que venga, sí, que venga! ¡Le quiero mucho!

Y sentí la satisfacción de quien tiene cuanto necesita.

---

## XIII

## Entre amigos.

En apartado gabinete de elegante café, sentámonos los cinco periodistas: los cuatro decidores, charlando con la alegría ruidosa de la cotorra que ve desde lejos el alimento que se le prepara; yo, sin sentirme alegre, aunque más lo pretendiera, procurando competir con ellos en buen humor, en garrulería y áun en el uso de ciertas palabras abundantísimas en su conversación, y que yo no sabía casi emplear,

Al estrepitoso golpear de las mesas y chocar de vasos vacíos, acudían corriendo los mozos para recibir de éste una orden relativa á un antojo especial de aquel, la recomen-

dación de servir determinado licor. Cada cual mandaba con imperio, como gente hecha á numerosa é inteligente servidumbre; todos gritaban para pedir cualquier cosa, y los gritos se confundían con las carcajadas que, á modo de aplauso adulador, sonaban al fin de cada cuento, chiste ó donaire del espléndido anfitrión.

La primera copa me abrasó la garganta, y el gesto que me obligó á hacer dió mucho que reir á los demás. Subióme luego á la cabeza cierto calor agradable, que me comunicó singular brío, desató un tanto mi lengua y fortaleció mi espíritu contra las revueltas ideas que le embargaban y vencían á mi pesar.

Los compañeros lo notaron, más fuertes que yo, como más avezados, contra influjo del licor; y como la sopa se hiciera esperar demasiado, propúsose la repetición de las copas, con aplauso de todos, y mío principalmente, que ya esperaba con inquietud una segunda oleada de aquel calor que me invadía el cerebro.

Verbosa y franca alegría se apoderó de

mí. Exaltación de afectos; ficticia sensibilidad, que me hacía ver con cariño todo lo presente; audacia para despreciar, como insignificantes, todas las dificultades de mi vida, y como fácil de dominar el destino adverso que me azotaba; afán atrevido de buscar lo peligroso para desafiarlo y vencerlo; todo esto había en mí en aquellos momentos en que me emancipaba del yugo de la razón y daba vuel: á mis ambiciones sin freno y á mi despecho encubierto bajo formas extrañas y desconocidas.

Los vinos se cambiaban con los platos; las copas chocaban á menudo, tomando cada cual el pretexto que le venía en antojo para proponer un brindis; y no fueron tan firmes las cabezas de los otros, que antes de llegar al café no estuviesen nublados los entendimientos y las lenguas pesadas, tanto como ansiosas de hablar en votos y en confidencias.

Ya Sánchez y Muñoz eran amigos íntimos para mí, á quienes me sentía capáz de entregar, si tiempo hubiera, todo lo que guardaba yo escondido en mi alma con cuidadosa

é incorruptible discreción; y á su vez los dos redactores de *El Sinapismo*, me llamaban hermano y parecían estar contentos de estrechar conmigo tan afectuos lazos. Claveque recibía la adulación de los otros con mal encubierta vanidad, y á su vez me encomiaba, poniéndome por modelo de escritores, de caballeros, de amigos; y si alguien decía de mí un elogio, aplaudía frenéticamente, llamaba al mozo, y pedía más vino para celebrar mis glorias.

—Señores, por el espléndido anfitrion, dijo Sánchez.

—Sí, exclamó Redondo; por el poderoso Claveque, que nos asombra cada semana con su prosperidad.

Redondo tenía, como los otros, la copa en la mano, y miraba maliciosamente á Claveque, con los labios entreabiertos para continuar.

—¡Qué prosperidad! dijo el aludido con un gesto de alarma. Lo que sucede es que no cuido ni encierro lo poco que cae...

—¿Lo poco? preguntó irónicamente Muñóz.

—¡Miren al niño!

—Ayer......

—¡Nada de ayer! gritó Claveque impacientándose, y dirigiendóme una mirada de desconfianza.

—¡Si yo vi á Ud. con Buesol y ví cuan do......

—¡Basta! gritó Claveque interrumpiendo á Sánchez.

Yo no entendí nada de esto, porque mi cabeza no estaba ya capáz de descifrar enigmas, por claros que fuesen. Claveque se había puesto serio, casi irritado, y probablemente hizo señas á los que le acorralaban, porque éstos callaron, aunque después de haber dicho:

—¿Pero que tiene eso de particular?

Claveque, á quien sin duda importaba mucho cambiar asunto de conversación, bebió á mi salud, dedicándome el centésimo elogio. Yo fuí entonces el blanco de todos. Salieron de nuevo á relucir mi talento y mi nombre de escritor; mi valor para atreverme con cualquier asunto, por espinoso que fuera; mi entereza para sostener siempre los

mismos principios, y mi energía para combatir contra todo y contra todos.

En medio de este incienso, cegado y aturdido, vaciaba yo sin resistirme las copas que se me ofrecían, y si algo pudo quedar en mi memoria de las anteriores palabras de mis compañeros, borróse por entonces, y sólo después revivió el recuerdo, cuando llegué á explicarme la significación del enigma.

Redondo habló de mí como de amigo viejo é íntimo, y dando la explicación consiguiente, contó que habiamos vivido juntos, que habíamos paseado algunas veces y asistido á bailes y enamorado mujeres; y al fin refirió como yo había requebrado á Jacinta, que ella se había vuelto loca, y que yo, cuando me atrevía ya, y aceptando los consejos de él, llegaba ya al fin deseado, por cual quier cosa, por una majadería de ella tal vez, habíala yo abandonado y me había marchado de la casa por miedo al papá.

La historia hizo reir, y á mí me causó satisfacción al principio y vergüenza al fin.

—¡Con que Jacinta! dijo Sánchez.

—¿Quién es ella? preguntó Muñoz.

—La Barbadillo, hombre; la del Puente de Monzón.

—¡Ah! ¡Y vaya que está buena la trompuda!

—¡Ya lo creo!

—¡Y correr á lo mejor!

—Pero, hijo, ¿en qué estaba Ud. pensando?

Me excusé como pude; pero muriéndome de vergüenza ante aquellos hombres que censuraban mi cobardía, y de los cuales cada uno se creía capaz de llevar á cabo la conquista, con la mitad de la ocasión y un cuarto demis ventajas adquiridas.

—Tienen Udes., razón; dije al cabo, en un arranque de franqueza. He sido un tonto completo. Yo he tomado la vida de cierto modo que ustedes no puede comprender, como apenas puedo comprenderla yo. Mis ideas, mis inclinaciones de muchacho de pueblo, han durado en mí hasta hace pocos días, muy pocos; pero protesto no volver á ellas jamás; ser como son los otros, como son Udes.; quitarme de escrúpulos y tonterías que amargan la vida y privan de pla-

ceres, y que ahora hasta me avergüenzan.

Dije más, mucho más, alentado por las señales de aprobación de mi auditorio; el cual coronó mi conversión con el más nutrido aplauso.

El café se mezclaba con el ardiente cognac, y la atmósfera cargada de humo de tabaco, se encendía en el gabinete, haciéndose irrespirable. Todos hablábamos á un tiempo, y en el barullo sobresalía de vez en cuando una carcajada, una protesta, ó el grito desapacible que llamaba al mozo para refrendar el café.

Mientras Claveque y los dos redactores del *Sinapismo* emprendieron una disputa sobre algo que no oí, Redondo acercó al mio su asiento, y hablamos larga é íntimamente de Jacinta. No parecía sino que Redondo, cuando no podía hacer, gustaba de que otros hiciesen algo malo.

Con gusto, y sintiéndome deseoso á cada momento más, de buscar á Jacinta, oí la relación que Redondo me hizo de lo ocurrido después de mi separación. Creyeron él y Joaquín que nada había más fácil que la

conquista de la Barbadilo, y emprendiéndola el otro con el atrevimiento y descaro que le eran propios, la asediaba en los corredores, en la sala, en su alcoba misma. Durante algún tiempo, que duró en ella quizá la esperanza de mi regreso, Jacinta rechazó dura y ásperamente á Joaquín; pero pasado aquel, comenzó á ablandarse y ponerse jovial, pasó luego á ser afectuosa, y al fin correspondió al fingido amor del cínico joven, con la vehemencia de su carácter y con la obligada condición de hablar á Barbadillo y casarse pronto.

No era eso una dificultad para Joaquín, y avanzaba rápidamente en la conquista. cuando sucedió que Redondo, redactor ya de la *La Vía del Progreso*, llevó á la sala de Barbadillo un número del periódico, en el cual se me elogiaba en un párrafo de la *crónica local.* Leía en voz alta doña Serafina Gomera, y hubo de decir mi nombre, y Redondo, notando que Jacinta había hecho un movimiento al oirle, quiso burlar con ella, é interrumpiendo á la lectora, contó que

me iba á casar por aquellos dias con una muchacha cuyo nombre ignoraba.

Pintóme Redondo con vivos colores la exaltación de Jacinta, al oir tal nueva. Dijo que la tal sería un espantajo, ó alguna *de esas*; que no podía ser cierto; que sí lo sería, pero que yo era un mal caballero y que no la haría feliz ni una semana; que mentía quien lo dijera; que todo era posible en un pillo. Y después de hablar media hora, diciendo y contradiciendo, agitada y con el semblante desfigurado por la cólera, al llegar Joaquín á la sala, levantóse ella, y apartando groseramente al amante que quiso detenerla, le dijo, encaminándose á su cuarto:

—¡Quítese Ud., asqueroso!

—Al dia siguiente, concluyó Redondo, Joaquín la buscó; pero ella huía, demostrando en el semblante un humor de los diablos, que conserva hasta hoy. Joaquín la persiguió hasta penetrar en su cuarto, y entonces ella, rabiosa, le echó fuera diciéndole: «¡Es Ud. muy antipático y muy su-

cio! Ya quisiera Ud. ser un pedazo de Juan, animal!«

Después de esto ¿qué cabía? Buscarla, abrir los brazos y dejarse querer. Esto decía Redondo.

La embriaguez se había apoderado de mi cerebro y enervaba mis fuerzas. Apoyé los codos en la mesa y sobre las manos la frente; el mundo volteaba, mareándome con su constante giro, y Jacinta pasaba y pasaba á intervalos medidos, por delante de mí, con el ceño fruncido, los ojos chispeantes, los labios secos, temblorosos y contraídos, y las narices abiertas como de bestia sofocada,

---

## XIV

## En la escalera.

El viento de la tarde bañó mi ardiente cabeza, cuando salimos del café; y con los piés vacilantes y los miembros flojos y pesados, caminé, sin saber hacia adonde, apoyado en el brazo de Redondo, que seguía asuzando mi deseo para lanzarme sobre la presa. Tal ahinco era ya por demás; pues el consejo cuadraba perfectamente con mis extraviados propósitos y con el estado de mi corazón.

Hubiera yo querido ir en aquel mismo instante al Puente de Monzón; pero Pedro me lo impidió, obligándome á esperar la noche. A las nueve Barbadillo se entretenía

en la sala leyendo ó platicando, y Jacinta, advertida de que alguien la buscaba, saldría á la escalera, poco transitada á esa hora. El mismo Redondo la haría salir, y conversaría con el viejo en tanto que yo hablaba con su hija.

Pero ¡cuidado con quedarse corto! No, señor; atreverse y más atreverse, y Jacinta no resistiría mucho tiempo.

Todo el resto de la tarde y el principio de la noche, hasta las nueve, Pedro me repitió esas ó parecidas palabras; y yo prometía ser audaz, grosero, y volvía á prometerlo y lo juraba con enérgicas expresiones.

El ardor de la embriaguez se disipaba, dando lugar al abatimiento que le sucede, lleno de desgana, de malestar y pereza; pero la entereza de mi determinación no flaqueaba, antes bien parecía hacerse mayor y más estable en la voluntad razonada, y libre de las alucinaciones de la embriaguez, á medida que volvia á la realidad y que iba despertando en mí vagamente el recuerdo de mis penas presentes y de mis tristezas futuras.

Nos encaminamos al fin al Puente de Monzón; y yo sentí, al entrar en la calle que no había vuelto á pisar desde mi fuga, una leve impresión como de miedo ó terror, que se hizo más fuerte al traspasar el umbral de la casa de Barbadillo.

—Mucho cuidado con Joaquín, me dijo Redondo; porque á ese muchacho se lo come la envidia.

Cuando faltaban dos escalones para acabar de subir, me detuve instintivamente.

—Sí, dijo Pedro; quédese Ud. aquí, que no ha de tardar.

Pasó un momento, durante el cual, apoyado en el pasamano, sentía yo crecer el afán de ver á Jacinta, como si un amor irresistible me hubiera arrastrado á buscarla. Latíame el corazón con fuerza, y la conciencia cada vez más clara de mi infortunio y mi abandono en la vida, acrecentaba mi deseo de lances, de impresiones y de vicios.

De repente la puerta del corredor se abrió. Jacinta se lanzó á la escalera que yo no tuve tiempo de acabar de subir, y deteniéndose en el primer peldaño, echó sobre mi hom-

bro todo su cuerpo balbuceando no sé qué palabras sin articulación. Cimbró hácia atrás mi cuerpo al peso del que cayó sobre mí; rodó mi sombrero por la escalera abajo, y Jacinta, asiéndome de los cabellos con ambas manos, me sacudió furiosamente la cabeza. Y yo, agarrando con fuerza el pasamano con la izquierda, rodeaba y estrechaba el redondo cuerpo con el brazo derecho, apretándolo conmigo.

Hubo un momento así de efusión viva y brutal, en que yo callaba, mientras Jacinta seguía balbuceando palabras que me parecían injurias, entrecortadas por su respiración jadeante y ruidosa.

—¡Canalla! fué lo primero que pudo articular.

—Ya ves que te busco, dije yo en voz baja, trabajosamente.

—No tienes vergüenza, añadió Jacinta. Miráme; quiero verte bien.

Y alzándome la cara por la barba, tomóla entre sus dos manos y clavó en mis ojos su mirada, reflejándose en sus pupilas

la luz que á mis espaldas alumbraba la escalera.

—¡No tienes vergüenza! repitió con voz que parecía llena de ira.

Y asiéndome otra vez por los cabellos, volvió á sacudir mi cabeza con furor, como poseída de un amor rabioso é infernal.

—¿Por qué me dejaste? me preguntó después, encarándose conmigo. Pues qué ¿valgo yó ménos que esa?

Hincó sus dedos en mi nuca con terrible fuerza y repitió con voz más sofocada.

—¿Valgo ménos, canalla, ó crees que hay quien te quiera más que yo?

—Tú vales más que nadie, contesté enloquecido por el amor extraño que aquella mujer encendía en mi alma.

—¿Pues por qué me dejas?

—Vengo á buscarte ahora. Pero tú has exigido de mí que me case, y yo no quiero casarme contigo ni con nadie.

—¿Y qué me importa? dijo ella arrastrada por su exaltación.

—Quiero que me quieras sin condiciones.

—¡Así te quiero!

—Que no me exijas nada.

—Nada. Sólo que me quieras á mí sola.

—Á tí, sólo á tí.

En la garganta de Jacinta se ahogaron las palabras, y de ella se exhaló un sonido gutural, como rugido que quiere fingirse arrullo, cómo debe de ser en la madriguera del tigre, la voz con que la hembra arrulla á sus cachorros. Sus brazos gruesos y vigorosos rodearon mi cuello, y por un momento creí que me ahogaba.

—Estoy celosa.....dijo babuceando y trémula; por eso te quiero más. Si no hubieras venido habría ido á buscarte.

Inclinó la cabeza; su mejilla ardiente se juntó á la mía, y con movimiento de gata mimada hizo resbalar su cuerpo entre mis brazos.

—¿Así te quiere la otra? me preguntó casi poniendo en mi cuello los encendidos labios.

—No, le contesté fogosamente ¡imposible! ¡Solo tú saber querer así!

Y al venir á mi mente la imágen de Remedios, la ví raquítica, pálida, sin atracti-

vos, y sentí....que no valía la pena de amargarme la vida.

Iba yo á decirlo, llevado de una ingenuidad infame; iba yo á declararlo á Jacinta como una demostración de mi exaltado amor y de mi sincero arrepentimiento, cuando la puerta se abrió, primero muy poco, como por mano de curioso imprudente, y en seguida por completo, dando paso á Joaquín que se lanzó á la escalera.

Jacinta se había desprendido de mis brazos al oir sonar el picaporte, y yo maquinalmente había descendido un peldaño, de suerte que hubo espacio bastante para que Joaquín se colocara entre los dos, que, azorados por la sorpresa, quedamos mudos é inmóviles en el primer instante.

El joven me reconoció y tuvo un ímpetu de cólera, que no podía ser en él más que pasajero relámpago; puesto que hay en la cólera algo de varonil y de noble.

—¿Qué haces aquí? preguntó fuera de sí á Jacinta.

—¡Y á tí qué!...replicó la Barbadillo, con valiente entono.

—Me importa, bien lo sabes.

—¡Vete! gritó ella ahogando la voz.

—Ven conmigo, repuso Joaquín.

Vuelto en mí, alcé la mano para agarrarle por la muñeca y obligarle á bajar, cuando á la negativa de Jacinta, Joaquín, empujándola hacia la puerta le dijo:

—Eres una......

No acabó; porque la mano robusta de la hembra le cerró la boca con ruidoso bofetón, que hizo tambalear al canijo estudiante. Tras esto, Jacinta huyó hacia el interior de la casa; y yo, comprendiendo que el ruido había sido bastante fuerte para llegar á la sala, y que Jacinta tendría la habilidad de explicarlo satisfactoriamente, tomé por un brazo á Joaquín, le hice bajar en dos saltos, y en tres más ponerse conmigo en la calle y ganar la esquina.

Cuando jadeantes los dos por aquella violenta lucha nos detuvimos, Joaquín, más sofocado que yo, se apresuró á hablarme, aunque apenas lograba pronunciar tres sílabas de seguida,

—¿Pero... qué es ésto, Juanito? pudo preguntarme.

—Que es Ud. un grosero, contesté, sacudiéndole por la solapa como un varejón.

—¿Pues no la había dejado Ud? Si yo hubiera sabido...... He tenido amores con ella; me quiere; es decir, me quería y así me lo dijo.

—¡Cállese Ud! grité con rabia. Esa mujer no puede querer á nadie más que á mí, sólo á mí. Miente Ud., y muy que miente; y si ella se lo dijo, mintió ella, por burlarse de Ud. Pero de todas maneras, Ud. la ha ofendido, y esto no quedará así. Para eso le he traido, para castigar su insolencia y satisfacer mi deseo de abofetearle.

Joaquín, sin alzar un dedo, con los brazos caídos y estrechándose con la pared, procuraba alejarse de mí. Pero yo, tomado de la cólera, le sujetaba fuertemente y seguía provocándole. Apenas articulaba él una que otra débil excusa, pero con tono más bien que humilde refunfuñón y uraño, como de quien se resuelve á dejarse abofetear, sin perder el derecho al rencor y á la venganza.

—Haga Ud. lo que quiera, me respondía; yo no he tenido la culpa.

Redondo le salvó; porque llegó á punto que yo iba á azotar la cara del cobarde muchacho.

—Pero, hijo mío, dijo Pedro, impuesto de lo ocurrido ¿qué diablos tiene Ud. que no le entran las cosas en la cabeza? Ya se convirtió Ud. en paladín de la trompuda esa. Pues sí, señor; Jacinta es eso que Joaquín dijo, y porque lo es la enamora Ud. ¿O está Ud. enamorado de ella de veras? ¡Pues vaya que tendría gracia!

Se rió con todas sus ganas; habló más, burlándose de mi arranque quijotesco; volvió á reirse; Joaquín se hechó de carcajadas, y yo al fin, avergonzado de haber defendido á Jacinta, tuve que reirme para disimular mi vergüenza.

## XV

### Adelante.

Mi último artículo contra Don Mateo no apareció al siguiente día en *El Censor*, cuando esperaba yo leerle y releerle impreso, para saborear las lindezas que del famoso general decía, y satisfacer de algún modo la sed de venganza que me abrasaba y que sentía yo acrecentar cada vez que venían á mi mente las ideas y pensamientos que en vano trataba yo de desechar ó de ahogar en sensaciones fuertes.

Llamé á Claveque y le reclamé con enojo aquella falta; pero él se disculpó con el exceso de material, del que el regente de la imprenta tomó lo que quiso, y acabó de cal-

marme con ofrecerme que cuidaría de que no faltara en el próximo número tan precioso artículo. Me habló en seguida de la alegre comida del día anterior; recordó con admiración un brindis mío, lleno de elocuencia fogosa é inspirada, y por último me habló de Jacinta.

No se me quitaba de la cabeza la gorda Barbadillo desde que desperté, y sentía yo como necesidad de hablar de ella, miéntras podía ir á buscarla. Referí á Claveque lo ocurrido, aliviando la parte de exaltación mía que había sido causa de avergonzarme, y mas bien me pinté como calavera desalmado sin pudor ni respetos ningunos. Y mi compañero aplaudió con entusiasmo, me animó en la empresa y concluyó por repetir varias veces:

—Eso es hecho...

Contóme varias aventuras propias, excitándome á imitarle; y yo, á falta de otras reales, me ví necesitado á inventarlas, para no confesar mis buenas costumbres.

Al medio día, Redondo llegó á buscarme, y salimos para comer juntos en una fonda.

Traía una buena noticia en el pico de la lengua: baile en casa de las Valcuernos. Irían las *chalupas*, aquellas dos morenitas de la Plazuela del Arbol. La mayor *entraba* bien con Redondo; la otra *entraría* facilmente conmigo, la del lunar junto á la oreja, que siempre se estaba mordiendo los labios. Los españolitos y oficialetes que solían camelar á esas muchachas, no eran capaces de hacer una conquista en pocos días; pero yo, con buena verba en el baile, ir á dejarlas á su casa, y llevarles después un regalito...Ni cosa mas sencilla.

Animadísimo me puse; tomamos una botella entre los dos, que acabó de resolverme á todo, y por consejo de Redondo, para tener propicias á las Valcuernos, les mandé en seguida una cuota superior á la mayor que hubieran recibido.

En la noche era yo el niño mimado de los dos solteronas empecatadas, despertando la envidia de todos los concurrentes, inclúsos Muñoz y Sánchez que no faltaron. Joaquín estaba también allí, y aunque fingía

indiferencia, noté que estaba alejado de nosotros, uraño y con mala cara.

Bailamos hasta la hora del alba, en medio del desorden que era la esencia de aquellos tormentosos bailes. Los licores, malos, pero fuertes y abundantes, surtían sus terribles efectos; hubo los bofetones de costumbre; algún individuo lanzado de la sala rompió por la calle dos vidrios de las ventanas; se oyeron injurias, se concertaron desafíos; y yo, resueltamente protejido por las dueñas de la casa, bailé toda la noche con la *chalupa* menor, obtuve de ella grandes promesas, fuí con Redondo á acompañar á la familia hastá su casa, y ofrecí para el siguiente día una pulserita de oro que ella había visto en algún escaparate.

Á otro día yo busqué á Redondo y ambos concertamos un nuevo baile. Si los demás contribuyentes andaban tacaños, yo pondría de mi bolsa la parte necesaria. Fuimos á decirlo á las Valcuernos y á poco más se vuelven locas de alegría. Comimos con ellas, y yo pagué el vino que se mandó traer al tendajón de la esquina. Me elogia-

ron mucho, me aseguraron que tendría buen éxito la conquista, bebieron mucho, Redondo dió un abrazo á una de ellas, y la otra se propasó hasta decirme:

—Si yo fuera la Chalupita......

El baile quedó concertado para el día siguiente, y Redondo y yo salimos de aquella casa ya entrada la noche, para ir á la Plazuela del Arbol y dar á la Chalupita la pulsera por la ventana.

—Ahora Jacinta, dije á Redondo.

—¡Por supuesto! me contestó

Y á las nueve volví á la escalera de la casa de huéspedes.

Jacinta salió un momento no más, porque su padre estaba solo y ella temía una sorpresa. Llenó de injurias á Joaquín, me arañó la cara, y citándome para otra noche, huyó de repente, después de ofrecerme que haría lo que yo quisiera.

La precipitación de Jacinta no dió á Joaquín tiempo para retirarse, y al abrirse la puerta, apareció detras el flaco estudiante, que nos asechaba por una rendija.

Salí de allí repasando en mi memoria to-

das las palabras de Jacinta. Estaba resuelta á todo, á todo absolutamente: quería demostrar que nadie podía quererme como ella; y para conseguirlo, comenzaba por no exigirme ya nada de lo que ántes era para ella condición indispensable. También me había dicho que ella desbarataría todos los planes urdidos para vencerla. ¿Qué significaba esto? Era interesante saberlo, y Redondo podría darme la explicación, porque Jacinta había mentado su nombre enmedio de aquel embolismo.

Redondo debía de andar otra vez por la Plazuela del Arbol, pues tenía cita con la *Chalupa grande*. Tomé el camino, trémulo todavía y agitado por los estrujones y el contacto de la Barbadillo, cuyo cuerpo me parecía sentir aún recargado sobre mi pecho. La noche era oscura; pocos transeuntes interrumpían con el ruido de sus pasos el silencio que reinaba en las sucias calles del barrio, y uno que otro guardian del orden descansaba en el hueco de una puerta al lado de la linternilla de miserable luz. Para no ser indiscreto, me detuve á regular dis-

tancia de las ventanas de las Chalupas; pero no ví á nadie, y fuí acercándome hasta llegar á la puerta de la casa de vecindad. No estaba enteramente cerrada, y sospechando que Redondo estaría dentro, volví sobre mis pasos y me detuve en la esquina inmediata.

No tuve que esperar mucho tiempo. A poco vi salir de la casa á un hombre con precipitación, y escurrirse por la pared hacia mí. Era Redondo, que al pasar me reconoció y me dijo:

—¡Vámonos!

Y apenas vuelta la esquina, echó á correr, obligándome á imitarle. Detúvose, cuando creyó salvado el peligro, y me explicó lo que había pasado. Había hecho amistades con un vecino de la casa, y por este medio logró platicar con la Chalupa á su sabor; ella estaba resuelta á fugarse de la casa paterna, y eso exigía precisamente. Trataba Redondo de arreglar la manera de hacerlo, cuando el padre de la muchacha salió á la puerta de su habitación buscando á su hija; la cual en el momento en que hablábamos

das las palabras de Jacinta. Estaba resuelta á todo, á todo absolutamente: quería demostrar que nadie podía quererme como ella; y para conseguirlo, comenzaba por no exigirme ya nada de lo que ántes era para ella condición indispensable. También me había dicho que ella desbarataría todos los planes urdidos para vencerla. ¿Qué significaba esto? Era interesante saberlo, y Redondo podría darme la explicación, porque Jacinta había mentado su nombre enmedio de aquel embolismo.

Redondo debía de andar otra vez por la Plazuela del Arbol, pues tenía cita con la *Chalupa grande*. Tomé el camino, trémulo todavía y agitado por los estrujones y el contacto de la Barbadillo, cuyo cuerpo me parecía sentir aún recargado sobre mi pecho. La noche era oscura; pocos transeuntes interrumpían con el ruido de sus pasos el silencio que reinaba en las sucias calles del barrio, y uno que otro guardian del orden descansaba en el hueco de una puerta al lado de la linternilla de miserable luz. Para no ser indiscreto, me detuve á regular dis-

tancia de las ventanas de las Chalupas; pero no ví á nadie, y fuí acercándome hasta llegar á la puerta de la casa de vecindad. No estaba enteramente cerrada, y sospechando que Redondo estaría dentro, volví sobre mis pasos y me detuve en la esquina inmediata.

No tuve que esperar mucho tiempo. A poco ví salir de la casa á un hombre con precipitación, y escurrirse por la pared hacia mí. Era Redondo, que al pasar me reconoció y me dijo:

—¡Vámonos!

Y apenas vuelta la esquina, echó á correr, obligándome á imitarle. Detúvose, cuando creyó salvado el peligro, y me explicó lo que había pasado. Había hecho amistades con un vecino de la casa, y por este medio logró platicar con la Chalupa á su sabor; ella estaba resuelta á fugarse de la casa paterna, y eso exigía precisamente. Trataba Redondo de arreglar la manera de hacerlo, cuando el padre de la muchacha salió á la puerta de su habitación buscando á su hija; la cual en el momento en que hablábamos

debía de estar recibiendo unas dos docenas de coces del viejo. Redondo había procurado solamente no ser conocido por él, y creía haberlo conseguido.

—Mañana, me dijo, arreglaré con ella en el baile la manera de llevármela de su casa. ¡Si Ud. se llevara á la otra!

Un escalofrío sacudió mi cuerpo, al concebir una idea que tuve miedo de expresar.

—Y si......

—¿Y si qué? preguntó Pedro.

Vacilé un instante, y dije venciendo el miedo que me causaba la idea:

—¿Y si me llevo á Jacinta?

—¡A Jacinta! ¡Soberbio, hombre, soberbio! ¿Consentirá?

—Consiente en todo.

—¿Habló Ud. con ella?

—Acaba de decírmelo.

—Pues ni dudar. Lo arreglarémos. Vea Ud.: todo junto no puede ser, porque necesitamos ayudarnos recíprocamente. Primero Jacinta, que es más difícil. Yo entretengo al viejo, y Ud. se la lleva...... verémos dónde. ¿Tiene Ud. dinero?...¿No?... pues con-

sígalo, que para Ud. es fácil. Para comodidad, un coche en la esquina de Corchero; yo me encargo de eso, antes de entrar á la casa. Después vendrémos por la otra, valiéndonos de un medio parecido, aunque como aquí hay más libertad, no es necesario entretener á nadie.

Temblaba yo al oir á Redondo, como si estuviéramos en aquel instante ejecutando la acción; pero el programa me seducía y no me sentía yo incapaz de rechazarle.

Ante todo, era preciso que yo propusiera la fuga á Jacinta; que la obligara á consentir, y concertara con ella el día y hora en que había de ponerse por obra. Hablamos larga y animadamente, y en el curso de la conversación supe que Redondo había dicho á Jacinta que *la otra*, sabiendo que yo seguía enamorado de aquella, trataba de obligarme á apresurar el casamiento á que yo estaba comprometido, para lo cual se valía de mi caballerosidad y abusaba de mi nobleza de corazón. Y conocido por Redondo el efecto que causaban en Jacinta estas invenciones, propúsose que al día siguiente

insistiría en decir más, mucho más á la Barbadillo, para ponerla más rabiosa y capaz del mayor despropósito.

Al día siguiente, Redondo se metía de rondón hasta mi alcoba, para despertarme y exigirme la cuota, que ya esperaban las Valcuernos, para alistar la sala y apercibir licores y pastelillos. La hora del despertar es hora de la remisión de todas las fiebres morales, y quizá me habría sido provechosa; pero Redondo combatió el saludable efecto del sueño y el reposo, con sólo recordarme á Jacinta y á la Chalupa, y pintar con vivos colores el buen éxito de las dos conquistas.

Vestíme á la carrera, mirándome al espejo con cierta complacencia de buen mozo, y vacié después mis bolsas en manos de Redondo, que todavía creyó que no era la cantidad ofrecida lo bastante para quedar enteramente bien. Estábamos todavía lejos de la fecha en que Albar hacía sus pagos, y yo no tenía una peseta en el bolsillo.

Salió Redondo, pero mi imaginación quedaba hecha un horno que yo sólo me encar-

gaba de atizar. Claveque escribía en su mesa con precipitación, porque faltaba material para el número del día signiente; y yo no fuí á ayudarle, porque no tenía gana de trabajar, y sabía que á mi compañero no le faltaba nunca asunto de interés para llenar el periódico. Me limité á recomendarle con insistencia que no quedara olvidado otra vez mi artículo contra Don Mateo.

A las doce Redondo estaba otra vez en la redacción. ¿Quién comía en casa en día de baile? Era preciso ir á una buena fonda y beber algo fino, para anticipar las alegrías. Y que teníamos que concertar nuestros planes.

En efecto, yo también deseaba vivamente ir á una fonda; pero... la verdad, no tenía yo un centavo. Redondo se echó á reir. ¿Había cosa más fácil que pedir prestado á Claveque? Me resistí; insistió, no contesté. Entonces Redondo se lo dijo á Claveque y éste, abriendo la gaveta sacó un rollo y me lo entregó.

—Le hará falta, dije yo sin tomar el dinero

—¡Qué falta! contestó Claveque. Mire Ud.

Y abriendo más, puso á mi vista diez ó quince rollos iguales.

—Tome Ud. más, me dijo, poniendo otro sobre la mesa.

—Está bien, repliqué, se lo devolveré dentro de ocho días.

—No, señor; contestó Claveque, este dinero es de Ud. también. Tome Ud. de aquí lo que necesite

—No puede ser.

—Sí puede; es el valor del primer trimestre de anuncios, que nos corresponde. Es de Ud. tanto como mío.

Grande alegría tuve con la noticia. Tomé sin escrúpulo el dinero y salí con Redondo. Mandamos de camino un recado á Muñoz, y los tres comimos y bebimos de lo más caro en el mejor café que encontramos.

Llegó la noche y el desenfreno fué mayor que nunca en la calle de Los Migueles...

Cuando á las seis de la mañana, era yo conducido á mi casa entre dos amigos improvisados, Claveque se acababa de levantar y se rió maliciosamente al ver mi descompuesto semblante.

## XVI

## Biografía.

—Soy amigo del periodismo, pero de este periodismo...

—De combate.

—Sí, señor; del de combate. Los soporíferos diarios gobiernistas, me revientan; los serios de oposición que pretende tomar el título de razonada, me aburren. Por eso estoy satisfecho de mi compañero...

—Claveque.

—Claveque. Es escritor...

—Mordaz, muy mordaz.

—Y...

—Chispeante y valiente.

Por supuesto que el que de este modo me

interrumpía era el Sr. Don Javier Escorroza; á quien sufría yo desde hacía media hora, gracias á que no perdonaba medio para halagarme, prodigándome los piropos más extraños en su boca de envidioso vencido.

Media hora llevábamos de conversación, entados frente á frente en la redacción de *El Censor*; y si bien su visita me pareció muy extraña al principio, la encontré después agradable, porque el hipócrita surcidor de editoriales, había buscado con tino la manera de tenerme contento y propicio á sus fines. Cuanto era de mi agrado le agradaba á él; lo que yo tenía por malo él lo encontraba infame; y jamás en el mundo hubo mayor conformidad de pareceres, ni sentimientos que con mejor acuerdo caminasen.

¡Oh! ¡Claveque! Ya lo creo. Era un muchacho de privilegiada inteligencia, de dotes relevantísimas como amigo, como caballero, como ciudadano, y, sobre todo, como periodista.

—¿De dónde cree Ud. que procede Claveque? No se figure Ud. que acaba de salir de las aulas, ni de un establecimiento de co-

mercio siquiera. Si así fuera, sería una notabilidad extraordinaria. Vino de su tierra, en donde según un paisano suyo me contó, se ganaba la vida barriendo las calles frente á las tiendas y los edificios del Gobierno. Sí, señor, barriendo. Allí le pasó no sé que percance, y se vino para acá, á esta capital, en donde un empleado de la Tesorería general, su paisano, le consiguió una colocacioncita en una casa de juego. Hace tres años le ví yo en esa casa, porque solía yo ir allí, por vía de estudio de ese cáncer social, de ese asqueroso cáncer. He sabido que después fué pacotillero; pero tuvo algún quebranto en su pequeña negociación, y un comerciante que le protegía anduvo con él en pleitos, de los que resultó que el pobre de Claveque fuera á dar á la cárcel, contra toda ley divina y humana; porque en realidad, que yo sé muy bien, el llamado protector se quedó con algo de nuestro amigo.

Extendió Escorroza la vindicación de Braulio con grande amplitud y argumentación concluyente, persuadiéndome que era

puro y honrado; y reanudando el hilo de la historia continuó:

—Después perteneció á la policía; pero no crea Ud. que fué un policía cualquiera. No, señor; era lo más distinguido de la policía secreta, y si hubiera justicia entre nosotros, debiera haber sido nombrado algo muy bueno en ese ramo; porque era lo más astuto, listo y audaz que se conoce. De allí le viene ese gran conocimiento que todos admiramos, de la vida privada de las personas más notables. Para eso de averiguar lo que pasa en el interior de una casa ó en un callejón sin salida, no hay como el amigo Claveque: es una verdadera especialidad. ¿Ya oye Ud. esto? Pues fué destituido; y todo porque no se prestaba para ciertos manejos; porque, eso sí: el amigo Claveque es incapaz de apartarse del camino recto.

Tomó Escorroza el aliento necesario y prosiguió:

—Entonces fundó un periodiquín de una cuarta de largo; pero con tal arte, que del periodiquín comía, y después hasta bebía y se regalaba. Dejó ese periódico para fundar

otro, que no tuvo menos fortuna; luego otro y otro más, y siempre lo mismo; porque tiene manera especial de hacer las cosas, y siempre un papelucho cualquiera se acredita en sus manos extraordinariamente. Lleva de ser periodista cosa de dos años, y durante todo ese tiempo le he visto bien puesto, bien arreglado.

La biografía no me pareció muy honrosa; pero la verdad es que tampoco vergonzosa para Claveque. ¡Cualquiera puede verse en la necesidad de desempeñar ciertos servicios, si nó tiene otro medio de subsistir! Y desde que Claveque fué periodista, nada había que decir, si nó era en su elogio.

Y por cierto que tan alto era éste, que me ví en el caso de rebajarle un poco.

Sí; Claveque tenía chispa y gracia; pero no había que sacarle de allí, porque desbarraba lamentablemente. En asuntos judiciales de alguna importancia, que solía tocar *El Censor*, siempre defendía la injusticia. En el último número, precisamente, sostenía con vigor la causa de un tutor que había dejado en la calle al pupilo. En cuanto á sus noti-

cias, casi siempre eran dudosas ó resultaban á la postre falsas; pues en cada número se veía en el compromiso de desmentir lo dicho en el anterior. Y sucedía con la mayor frecuencia, que eso lo sabía yo cuando ya estaba impreso y áun circulando el periódico.

Escorroza me escuchaba, aprobando cada una de mis afirmaciones, y adelantándome las palabras con su acostumbrada impertinencia, mientras se subía hasta el entrecejo los movibles anteojos. Supongo que se estaba riendo de mí interiormente, y que gozaba con ello.

Con arte fué conduciendo Escorroza la conversación, hasta el punto que le importaba; pero tenía, sin embargo, cierto embarazo, que fuí notando al fin, y que me dió á entender que llevaba algún asunto escondido para soltarle á lo mejor.

¡Diablo, y que duro le habíamos dado al General Cabezudo! Cierto que para ello me había concedido libertad absoluta el Sr. Don Pablo: pero ya era demasiado para el pobre General. Además, no dejaba de ser incon-

veniente, porque según parecía, estaba muy abocado al Ministerio de Guerra. Era también muy buen amigo de Don Pablito, y ya tenía conocimiento de que *El Censor* dependía en cierto modo de Albar y Gómez. Y Albar estaba mortificado, muy mortificado.

Fuí exasperándome poco á poco, al adivinar el punto á que Escorroza encaminaba la conversación, é interrumpiéndole con impaciencia, cuando ampliaba con interminables explicaciones lo de la mortificación de Albar,

—Es Ud., le dije, por lo que veo, un nuevo abogado que Don Mateo manda para hacerme callar...

—No, Juanito; replicó el vejete con sonrisa olímpica; vengo enviado por Don Pablito, para decirle á Ud. que no quiere que siga el periódico atacando á un excelente sujeto, como es el Sr. General Cabezudo.

—¡Cómo está eso! exclamé levantándome.

Escorroza se levantó los anteojos dos veces seguidas, y con aire de humillante paternidad me dijo:

—No se irrite Ud., no se irrite Ud. El pe-

riódico puede continuar; yo le respondo á Ud. de que Don Pablito no le retirará su protección; pero tomen á cargo á otras personas, que las hay muy buenas y ya Uds. las conocen.

El inesperado golpe me aturdió de pronto, y no supe qué contestar; pues las últimas palabras de Escorroza demostraban una determinación ya adoptada por Albar, para el caso de desobediencia. Pero en seguida la cólera y la altivez de mi carácter me desataron la lengua.

—¿Y á mí qué me importa la protección de Albar? dije en voz alta. Más le ha valido á él mi pluma, que á mí sus favores; que ningunos son, puesto que no hace más que pagarme mi trabajo. No cedo un punto; á mí me toca imponer condiciones y no á él: ó continúo con la misma libertad que hasta ahora he tenido, ó que busque Albar quien sepa dirigir *El Censor* mejor que yo. Cualquier periódico de mayor importancia me acepta, me desea en su redacción, y no me ofrecerá el miserable sueldo que recibo de Albar.

—Calma, Juanito, calma; replicó Escorroza; ya me sabía que iba Ud. á decirme eso, y vengo autorizado para explicarle á Ud. ese punto. En cualquiera redacción, si le toca á Ud. la fortuna de ser admitido, le pagarán á Ud. veinte ó treinta pesos al mes.

La cólera y la risa hicieron un baturrillo dentro de mí, y lancé una carcajada insultante.

—No se ría Ud., dijo Escorroza.

—¡Cómo no; hombre, cómo no!

—¡Es decir que el Sr. Albar es tan espléndido protector mío, que me da cien pesos por hacerme el favor!

—No tanto. En primer lugar, él sabe todo el provecho que se puede sacar de Ud., sabiéndolo emplear; y luego, que no es él quien le paga á Ud., sino el Gobierno.

—¿El Gobierno? repuse con extrañeza.

—Sí, señor; porque en la composición que Albar tuvo con él, cuando se cambió *El Cuarto Poder*, se le concedió un empleo para que el redactor que escribía los más fuertes artículos quedara contento; es decir, para Ud. Pero como á Don Pablo le había ocurrido fundar con Ud. *El Censor*, no quiso dar el

nombre de Ud., y dió el mío. De modo que yo aparezco en las nóminas y Ud. toma el sueldo, que no hace más que pasar por mis manos.

Yo estaba aterrado y dí lentamente dos pasos atrás.

—Eso á mí no me importa, añadió Escorroza, porque en ese empleo no se hace nada. Es de inspector de no sé qué; creo que de letreros y muestras.

—¡Es decir, exclamé aterrado, que me mantiene el mismo gobierno á quien yo ataco sin cesar! ¡Es decir que soy yo un canalla como Ud., y Albar!

—Pero hombre...... tartamudeó Escarroza poniendose en pié y retrocediendo al notar mi exaltación.

—Sí, dije dando un paso hacia él; tan canalla como Ud; porque Ud., lo es tanto como el otro!

—Calma, Señor Quiñones; no veo que esto sea motivo de que Vd., me insulte......

—¡Miente Ud! grité, cambiando súbitamente de idea. Esa no es más que una patraña inventada por los dos para envilecer-

me y acorralarme, creyendo que por ese medio cederé á sus proposiciones.

—Señor Don Juan......

—Vaya Ud., y diga á Albar, que continuaré atacando á Don Mateo, y que *El Censor* no necesita de él para subsistir. Que miente él, y que Ud.. también miente en su nombre; que yo estoy cierto de que él, para aprovecharse de mi pluma, me ha dado esa miserable remuneración, y que el periódico queda en mis manos, con lo cual y sin las restricciones que él me ha impuesto, se levantará á la altura á que soy capaz de levantarle.

Escorroza, retrocediendo mientras yo, hablándole avanzaba, fué ganando la puerta. Estaba pálido, se alzaba los anteojos con frecuencia y precipitación y balbuceaba palabras que no pude oir. Al fin logró llegar al corredor. Al volver la espalda para buscar la escalera, avancé hasta el umbral, y deteniéndome allí, le grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Dígale también que es un canalla! ¡un canalla como Ud!......

## XVII

## Percances del oficio.

Paseábame á lo largo del cuarto de redacción, haciendo cálculos sobre el número de suscritores y ventas eventuales de *El Censor*, de lo cual apenas si tenía alguna noticia; me detenía á veces junto á una mesa para hacer en la orilla de un periódico sumas y restas, ya añadiendo el precio de los anuncios, ya deduciendo el costo del periódico, sin conocer los guarismos con exactitud; y mi cabeza se ponía en tanto como una fragua.

¿Es tanto lo del papel? pues quiero suponer que sea el doble. ¿Es tanto lo que producen los anuncios? pues que sean los dos tercios. Ahí está la gaveta de Cuelaveq. Co-

sa de quince rollos de á veinticinco son trescientos setenta y cinco. Vamos; número redondo, trescientos. Cien mensuales. De suscriciones, (que hay lo menos dos mil; pero que apunto en mil quinientos), son setecientos cincuenta pesos. Eventuales...... cuando menos...... ¡No pueden bajar de mil! Pero, vaya, que sea la mitad: quinientos; que salen á peso mensual. Rebajo más: que sean cuatrocientos pesos. Total: mil doscientos cincuenta pesos. ¿Y qué puede costar? Cuando yo contraté nos ajustamos por...... créo que por trescientos. Hoy cuesta algo más porque se agrandó. Serán cuatrocientos; y entonces, Albar se gana ocho. Aun descontando mi sueldo y el de Claveque, Albar está haciendo un gran negocio.

Una criada llegó á interrumpirme. Era la de Felicia, que el día anterior me había dejado una cartita de la joven, en la cual ésta me llamaba con urgencia. Abrí la que de nuevo me llevaba y leí. Felicia insistía en rogarme que fuera á verla; y añadía estas palabras: «Mira que me urge mucho hablar contigo, porque sé que has vuelto á entrar

en el mal camino de antes». Me causó el recado cierta vergüenza inevitable, y esto mismo me irritó, como nos irrita frecuentemente el reproche que nos humilla por su rectitud y su justicia. Una idea cruzó por mi mente.

—¿Quién está con ella? pregunté.

—El Sr. Don Mateo y la señora.

—Pues dile que arregle su casamiento, y que no se meta conmigo.

El nombre de Don Mateo, que yo buscaba al preguntar, me encendió en cólera; rompí el papel, arrojé al suelo los pedazos, y dije á la criada con imperiosa voz:

—¡Vete!

Salió asustada la mujer, y entonces parecía que Don Mateo espoleaba mi imaginación para hacer cálculos. Con los rollos de Claveque podíamos hacer frente á la publicación, Como principal, me cabría á mi la mayor parte, que por lo bajo estimaba yo en quinientos pesos, dando á mi compañero un sueldo que ni soñado, y mucha libertad, amplísima libertad para zurrarle al mundo entero. ¡Entonces vería el señor General, cómo se

hila delgadito! No le quedaría hueso sano; yo me encargaba de volverle loco.

Cuando Felicia se presentaba en mi imaginación con su carita sonriente y traviesa, ó bien con lágrimas en los ojos, me daba un salto el corazón, y por eso mismo la ahuyentaba con enojo, y llamaba en mi auxilio la cara redonda, mofletuda y sensual de Jacinta. Remedios...... ¡quita allá!...... Esta noche iré al Puente de Monzón, para concertar la fuga. ¡Qué sociedad, ni qué escrupulos de monja! ¡Sociedad de prostituidos y meretrices, que hace escándalo de lo que vé y no de lo que hace! Remedios... ¡fuera! ¿Y la Chalupita? La verdad que es mejor que la hija de Barbadillo; pero esta tiene no sé qué...... Un araño, un estrujón de mano de Jacinta, una injuria de su bocota abultada y roja, valen una docena de Chalupas. Pero, sin embargo, no dejaré á la de Arbol, Mejor que una sola, son las dos,

Las dos, y quinientos pesos, y libertad absoluta...... Y mi cabeza ardiendo, cuando Redondo subió á todo correr la escalera, y entró en la redacción, haciendo un gesto

expresivo, y señalando con el pulgar hacia atrás. Venía alguien pisándole los pasos, pues oí sonar en el corredor los de otra persona.

Eran dos: Claveque, que puesta una mano sobre el ojo izquierdo, se dirigió sin saludar, al aguamanil; y Carrasco, que con semblante asustado, le acompañó hasta el mueble y puso agua en la palangana con el mayor comedimiento. Lleguéme yo por detrás de Claveque, mientras se bañaba el lado izquierdo de la cara, sin comprender lo que ocurría, y pregunté:

—¿Qué tiene Ud?

Claveque no me contestó. Pujaba con cierto extraño bufido, y no cesaba de bañarse la mejilla izquierda; pero Redondo, con gesto adecuado, se llevó dos veces á la cara el puño, con rápido ademán.

—Le pegaron, me dió á entender.

No, no; eso no era posible. Claveque no se habría dejado abofetear de nadie.

—¿Quién? pregunté por señas.

Redondo hizo con ambas manos ademán de acariciarse largos y gruesos bigotes. En·

tendí perfectamente, y sin poder contenerme obligué á Claveque á enderezarse, tomándole por la cintura.

—¿Qué le pasó á Ud? pregunté con viveza.

—Mire Ud., me contestó, presentándome la cara de frente.

Dí un daso atrás. Al derredor del ojo tenía un círculo amoratado, con gran inflamación que le llenaba la órbita, y mostraba en la cola de la ceja una desgarradura sangrienta y repugnante.

—¡Y se ha dejado Ud! exclamé con acento de cólera.

—No puedo vencer á un toro, replicó enojándose. Es la fuerza bruta, que yo no tengo. Verémos en el terreno de las armas.

—Y fué.

—El, sí, señor; él. Es el artículo de Ud., que salió por fin esta mañana.

—Pues eso me toca á mí, dije con rabia. Yo sí tengo fuerza bruta, si así la quiere; ó irémos á las armas, si lo desea.

—No; ya es asunto mío.

—Digo que no.

—¿Y este bofetón? No se meta Ud. ya en eso. No quiero, no consiento que Ud. se meta.

—Por ahora, dijo Sabás, será mejor que se ponga un lienzo de vinagre.

—Es mejor la tintura de árnica, dijo Redondo.

Quise todavía disputar mi derecho; pero los dos amigos nos hicieron callar, y mientras Sabás fué á la botica por la tintura, Redondo apercibió lienzos para aplicarlos á Claveque.

Momentos después, el herido descansaba en un sillón, con la cabeza apoyada en el respaldo, mirando el techo con semblante más que irritado, serio y tristón, que me disgustaba, revelando no sé qué semejanza con el del chico á quien azotó el dómine y se vé después rodeado de compañeros que se burlan de él.

No correspondía aquella cara, áun suprimido el lienzo mojado en árnica que cubría la contusión, con la gravedad del caso ni con las palabras del maltrecho periodista. Mirábale yo un momento, y mis nervios no

me dejaban permanecer en la silla; tenía que levantarme, y me paseaba por el cuarto, mordiéndome las uñas. Sentía yo el bofetón sobre mi ojo, veía yo la cara de don Mateo, amoratada de ira, y la belluda mano puesta en alto para caer de nuevo sobre mi rostro. Aquel bofetón era mío, y de seguro que el mismo Cabezudo lo estimaba así.

Enmedio de la agitación que estos pensamientos fueron produciéndome, me vino á la boca una pregunta que en el primer momento no me ocurrió hacer. Me encaré con Claveque, que seguía mirando las vigas.

—¿Y por qué, si el artículo es mío, Don Mateo le busca á Ud?

Claveque no pudo contestar de pronto, y sus miradas vagaron por todas partes, como si buscara en las paredes la respuesta. Pero pronto se repuso, recobró su seriedad, y me dijo:

—Fué un encuentro casual. Iba yo por Cordovanes con Redondo y Carrasco, y al torcer sobre la primera del Relox tropecé con él. Me reclamó como redactor que soy del periódico; pero como se expresó en tér-

minos duros, no lo sufrí y nos hicimos de palabras; y cuando yo menos me lo esperaba, me dió este golpe, que me aturdió, imposibilitándome para la defensa y por consiguiente para el ataque.

Miré la cara á los dos testigos, porque Claveque les dirijió la mirada de un modo particular; y noté que Redondo casi reía, mientras Carrasco abría los ojos con su gesto propio de asombro. Claveque mentía; pero no tenía yo fundamento bastante para echárselo á la cara, y callé, sin poder explicarme en qué y por qué mentía mi compañero; pero desde aquel instante me puse intranquilo, temeroso de encontrarme en situación ridícula ó vergonzosa sin saberlo; movíame de continuo; me sentía desazonado é impaciente, hasta que formé esta determinación:

—Esta noche buscaré á Don Mateo, suceda lo que suceda.

Tal resolución me trajo sin duda, algo de tranquilidad; porque pude pensar en otra cosa aunque sin olvidar el suceso que

me presentaba en la imaginación la cara de Claveque.

—Yo también, le dije, he tenido un serio disgusto esta tarde, que es preciso sepa Ud. cuanto antes para que arreglemos lo conveniente.

Los tres se pusieron á escucharme con atención, y yo fuí, refiriendo menudamente mi conversación con Escorroza, hasta llegar al fin, sin suprimir ni disfrazar nada, pues Redondo y Sabás gozaban de toda mi confianza. Cuando concluí, y entraba yo en los cálculos que tan satisfecho y tranquilo me habían dejado en punto á rentas, Claveque había echado el cuerpo hacia adelante, poniendo en las rodillas ambas manos, el lienzo, seco ya, le colgaba de la solapa, y su semblante enteramente descubierto, tenía, para estar horrible, además de la inflamación, que le mantenía el ojo cerrado, además de la desgarradura de labios sangrientos y abultados, un gesto de cólera, de desesperación y de impaciencia que me asustó, obligándome á interrumpir mis números.

—¡Pues linda cosa ha hecho Ud., con mil

demonios! exclamó con descompuesta voz. ¡Es decir que ya no contamos con Albar! ¡Es decir que ya no hay *Censor*, ni tenemos que comer ni Ud., ni yo!

Fué esto un arranque de mi compañero, que como nacido de lo más íntimo, pasó sobre su prudencia característica, y sobre los respetos que siempre tenía para mí. Mi respuesta airada y oportuna, contuvo en parte la insubordinación; habló menos briosamente en seguida; pero ni volvió á acordarse de la tintura de árnica, ni despareció de su semblante el gesto de aflicción, de enojo é impaciencia.

¿Pero había cosa mejor para nosotros? Los cálculos eran clarísimos: Albár, sin exponer ya un centavo, estaba haciendo por medio de nuestro trabajo un gran negocio. Ese negocio sería nuestro, á la vez que adquiriríamos completa libertad é independencia absoluta. Nuestro papel sería más decoroso; nos abriríamos paso resueltamente entre los periodistas, como propietarios, etc.

—Señor Don Juan, dijo Claveque interrumpiéndome, está Ud., en mil errores, por

que no conoce nada del periódico, ni ha aprendido nunca á calcular.

Y casi se le saltaban las lágrimas, de desesperado y afligido.

—Los números...dije yo.

—¡Qué números ni qué nada! Todo lo compone usted á su manera, sin reflección ni juicio. Albar le paga á Ud., cien pesos y cincuenta á mí, que recibe del Gobierno; Ud., es inspector de letreros y yo oficial en comisión del servicio. A Albar no le cuestan esos sueldos, y á nosotros ha de costarnos siempre la comida. El no gasta en papel, por que nos dá del que recibe del Gobierno para *El Cuarto Poder*; y nosotros tendríamos que comprarlo. No se venden los ejemplares por miles, si no por cientos; no tiene el periódico suscritores, si no son dos ó tres Gobiernos de los Estados, que toman algunos, ejemplares á cambio de elogios de *El Cuarto Poder.* De suerte que si Albar gana con el periódico dos ó trescientos pesos mensuales, nosotros no ganaríamos ni siquiera para pagar la impresión.

Las palabras de Claveque tan pronto me helaban la sangre, revelándome mi verdadera

situación, como la encendían con la vergüenza. Hablé de nuevo y me contradijo victoriosamente; indiqué mi resolución de escribir en otro periódico, y me replicó que recibiría yo cinco reales por cada artículo; precio de tarifa. Nada valió; ni ventas, ni suscriciones, ni anuncios. El periódico se vendía sólo en la Capital; porque fuera de ella no tenían interés los asuntos personales que casi exclusivamente trataba.

Tuve en cierto momento la intención de tirarle á Claveque una silla á la cabeza, sin saber por qué; quizá por que me inculpaba de la situación en que iba á encontrarse por mi imprudencia.

—¿Y las letras del tío fronterizo? pregunté con enojo.

—¡Qué letras ni que demonios! contestó él levantándose y entrando en la pieza inmediata.

La noche venía ya. Carrasco y Redondo creyeron que no debían dejarnos solos, y me obligaron á salir con ellos. Claveque, serio y mudo, salió también, después de envolverse la cara con un pañuelo, y vimos que tomó el rumbo de la casa de Albar

## XVIII

## Visita de Pepe.

Mas fácil de gobernar que chiquillo hambriento, torcí mi resolución de ir en seguida en busca de Cabezudo, cuando Redondo distrajo mis ideas de aquel blanco y las llevó á considerar el asunto de Jacinta. Evadió la respuesta á mis preguntas relativas al encuentro de Claveque con el General; hizo marcharse por otro rumbo, á Carrasco, que lo hizo de buena gana, al observar que hablamos de asuntos secretos, y me obligó á que le pagara una cena opípara, de la que yo apenas probé alguna cosa.

Sobre los relieves de la cena clavó Redondo los codos, y en mis ojos su mirada bri-

llante y traviesa llena de la intencion de sus palabras; y habló largamente sobre el proyecto que estaba tardando mucho en ponerse por obra.

Las mujeres se enojan cuando no nos atrevemos; se impacientan si nos ven flojos ó cobardes, y tienen en general mas valor y resolúcion para derrumbarse que nosotros para derrumbarlas. Debia yo convencerme de que estábamos haciendo un papel ridículo y tanto Jacinta como ambas Chalupas, acabarían por preguntarnos si no éramos hombres y si tendrían que ir ellas por nosotros. Todo dependia de mí; de que yo conviniera con Jacinta la escapatoria; y ella estaba resuelta; casi se lo había dicho á él, porque le asustaba y enfurecia diariameute diciendole que ya se hacían los preparativos para mi casamiento con *la otra*. Estaba *al tentar*.

—Y figúrese Ud., hombre; figúrese Ud. á Jacinta......

Habló largo desde este punto de arranque; largo y vivo, muy vivo, hasta concluir diciendo:

—¡Le tengo á Ud. envidia!

Y me llenó de nuevo el vaso, que yo apuré con sed de febricitante.

No era todavía la hora de costumpre, cuando yo esperaba en la escalera á Jacinta, con más ansiedad que nunca, y lamentando mi desidia, causa de que no fuera aquella misma noche el lance. La Barbadillo no se hizo esperar, y llegó á mis brazos jadeante, como si hubiera corrido largo trecho. Al tocarme, sentí que sus manos ardían, y en seguida sus palabras me dieron á entender que estaba más agitada y nerviosa, y hasta capaz de abofetearme.

Redondo me había callado su último ardid. No era tanto el casamiento con *la otra*, lo que tenía á Jacinta rabiosa y descompuesta: aquello la ponía nerviosa, pero lo nuevo la sacaba de quicio, la ponía loca. ¿Con que la noche anterior había yo bailado desde las diez hasta la cinco de la mañana con una cualquiera, con la Chalupita, y había convenido con ella que me la llevaría de sn casa? Era yo tan sinvergüenza, que estaba cierta de que lo haría como lo había

ofrecido. ¡Una sucia de barrio, una remendona puerca, un asco, olorosa á pulque y á manteca!

Y en tanto mis orejas se volvían ovillos entre sus crispados dedos, y su aliento me bañaba el rostro, caliente y húmedo como vapor de agua hirviendo.

No lo negué; por el contrario, afirmé que todo era verdad, con un valor que en aquel momento no era efecto de un esfuerzo de mi parte; sino natural, espontáneo, y fácil. Todo era verdad; pero aquello era una locura pasajera á que me arrastraba la desesperación de que ella misma tenía la culpa. Pero ¿querer á la Chalupa de veras? eso no. Ella era la que llenaba mi alma y me volvía loco; ella la que no me dejaba dormir por la noche, ni pensar en otra cosa durante el dia. Que pusiera ella el remedio; que calmara mi inquietud, mi desesperación, ó romperíamos para siempre nuestras ligas. Iba yo resuelto: ó ella me seguía, ó no más vernos; porque la vida que yo llevaba era inaguantable. Si lo primero, la dicha mayor. Si lo segundo, á lo ménos no tendría ella el dere-

cho de meterse en mi vida, y yo podría hacer con la Chalupa ó con cualquiera lo que me diera la gana.

Media hora hablamos así; media hora que pudo reducirse á la cuarta parte; porque Jacinta no opuso resistencia formal. Y quedó ajustado entre araños y estrujones, que al tercer día, á las diez la noche, iría yo por ella.

Bajé rápidamente los escalones, al oir la voz chillona de doña Serafina en el corredor, y en el segundo tramo tropecé con Joaquín, que había estado allí, tal vez escuchando la conversación.

No sonaban las diez todavía, cuando entraba yo á mi casa, despues de recorrer la distancia del Puente Monzón á mí casa, andando algunas calles de más por hacer más largo el camino, que quizá quisiera encontrar interminable. Algo de vanidad de triunfo y miedo de criminal se juntaban en mi corazón; pero á pesar de lo segundo, me sentía satisfecho de la conquista é impaciente por la realización de mis propósitos.

Había luz encendida en la redacción, y

presumí que sería Claveque, contra el cual sentí de súbito un movimiento de rencor, y algo como deseo de pegarle. Pero mi sorpresa y contrariedad fueron muy grandes cuando ví que me había equivocado, y que quién me esperaba era nada ménos que Pepe Rojo.

—¡Gracias á Dios exclamó al verme entrar. Hace media hora que lo espero; y por fortuna encontré un pillete en la escalera, que dijo ser criado de vd. y que vió en mi cara y en mi traje las huellas de mi virginal honradez; me abrió el cuarto y encendió esa luz. De no ser así, le tengo que aguardar de pié en el corredor.

—Importante debe de ser el asunto, dije yo, cuando se le vé á usted por acá.

—En efecto, importante. ¿Y me hará vd. el favor de decirme con qué rentas cuenta vd. para andar tan fresco por las calles, después de lo que hoy le ha sucedido?

—¡Ah! ¿Lo sabe vd?

—De pe á pa, contestó Pepe. Ya llegó el caso aquel de que *El Censor* se muera; á lo menos para vd. Y precisamente se muere

sin que usted me haya hecho caso, cuando más interesante es su preciosa existencia.

—Deje vd. de burlas de mal gusto, repliqué con enfado. Si ha venido vd. para eso sólo, no le agradezco la visita.

—Ya sé que de ningún modo me la ha de agradecer, dijo mi antiguo compañero; pero yo no vengo á recoger coronas como actor en noche de beneficio. Vengo á decirle á vd. para su gobierno, que ya se lo llevó el mismísimo demonio. Que ya no hay *Censor* y desde el momento en que no hay *Censor*, no hay ropita nueva, ni comidas en los cafés, ni glorias literarias, ni autoridad de escritor, ni un comino de superioridad sobre el común de los gacetilleros...... Eso, eso es lo que vengo á decirle á vd.

La sangre se me enfrió en las venas, al oir aquella revelación descarnada y dura, que era tanto más clara y cierta para mí, cuanto que venía de la boca de Pepe; de Pepe, que en aquel instante estaba sério, dejando descubierta toda la dureza de sus angulosas facciones. Mi vanidad, sin embargo, se reveló contra sus últimas palabras,

y quise devolverle el golpe; pero él me escuchó sin alterarse, púsose despues más serio, y sin hacer uso siquiera de una palabra que pudiera parecer burla, me repitió lo mismo que había dicho, ampliando sus afirmaciones con razonamientos que, cuanto más sanos y juiciosos, más hondamente me lastimaban, atando mi lengua y desjarretando mis bríos.

¿En que se fundaba mi autoridad como crítico, si yo no sabía al diablo la letra de buena literatura? ¿En qué el temor que pudiera tenerse á mi pluma, desde el momento en que no había quién me la pagara? ¿En qué mis humos de personaje, si ya no podía yo estrenar una levita cada domingo, ni cambiarme la camisa todos los días? Anochecía yo gran escritor para amanecer zurcidor de gacetillas sin pizca de gramática.

—Y todo esto, continuó Pepe, después de hablar de hilo durante largo rato, puesto de pié, y amenazándome con un dedo; todo esto se lo van á decir á Ud. mañana en letras de molde.

—¡A mí!

—Sí, señor, á vd. Le van á medir con su misma vara. Por eso se lo vengo á decir: para que piense vd. si lo conviene irse á la frontera del Norte ó á la del Sur.

—¡Pero esto es una infamia! Veré á Albar; le diré......

—No le diga vd. nada, hombre. ¿Para qué?

—Todo esto procede de ese hombre maldito que me persigue.

—A quien persigue Ud. y que toma el desquite. Ha ganado á Albar, creo que quemando el último cartucho; porque ese pobre diablo está más quebrado que yo. San Bonifacio reporta una hipoteca enorme que he visto en la notaría de Angosto; su casa de San Martin está embargada por los Gonzagas según me cuentan; los usureros le han comido ya sus sueldos de todo este año, y ya no puede vivir aquí si no es deshaciéndose cada semana de un diamante. Sin embargo, creo firmemente que la caída de vd. le cuesta buen dinero, que entra á las cajas de Albar y Gómez; y estoy cierto, porque casi he presenciado el ajuste, de que el artículo que

mañana le pone á vd. en la picota, le cuesta unos cien duros.

Mientras oía yo á Pepe, la sangre se me agolpaba en la cabeza ó bajaba súbitamente á las extremidades, como lava encendida; y sucediéndose en mi corazón los más encontrados sentimientos, mudábanse en mi mente las ideas, siendo ya de abatimiento por la vergüenza, ya de venganza por la ira más feróz.

Pepe siguió hablándome, siempre serio y grave, pintando mi horrible situación con vivos colores; y tal fué su influjo sobre mí aquella noche, que logró hacer predominar en mi corazón el abatimiento sobre el encono. Al fin, cuando me llamó tonto; cuando me dijo que la telilla de oro estaba gastada y que enseñaba yo ya la suciedad del cobre, no tuve alientos para irritarme. Estaba yo vencido, y le oía sentado en una silla, apoyada la sien en una mano y con los ojos clavados en el suelo.

—No he venido, me dijo después, sólo para darle estas noticias y hacerle comprender su situación tristísima; sino también para

proponerle el único remedio que puede salvar algo, ya que no todo lo que va Ud. perdiendo.

—¿Cual es? pregunté vivamente.

—Ir ahora mismo en busca de D. Mateo; proponerle una paz honrosa, y exigirle que nada haga ya contra Ud. en cambio de la promesa de no volver Ud. á atacarle.

—¡Yo ir á buscar á ese hombre!

—Elija Ud.: ó ese remedio, ó mañana la verguenza más completa, por más que mate Ud. á todo el mundo. Yo le acompañaré para evitar cualquier arrebato y ayudarlos á entenderse. Pero elija Ud. pronto, porque son cerca de las once, y puede entrar él á su casa antes de que lleguemos.

¡Hablar con D. Mateo! Sí; lo había yo pensado antes; pero no para pedir paz; sino para reclamar mi derecho á sus ataques, como autor del artículo publicado aquel día. Fundí los dos propósitos, sin comunicar á Pepe mis pensamientos, y después de algunos minutos que aún duró mi vacilación, y que Pepe empleó en reforzar sus argumentos, salimos los dos, para ir á esperar á D. Mateo á la puerta de su casa.

## XIX.

## Frente á frente.

La ligera lluvia que había caido á las diez, había causado uno de esos repentinos cambios de temperatura, tan frecuentes en la ciudad como desapacibles para sus moradores. La lluvia quedaba en amenaza para toda la noche, pues los nubarrones, extendiéndose y dilatándose por todo el cielo, sehabían cambiado en uniforme nube que ocultaba las estrellas con manto oscuro de plomo que no engendraba un sólo relámpago, y dejaba caer de vez en cuando sobre la ciudad ya casi silenciosa, una llovizna menuda como de polvo de agua, que agitada del vientecillo frío que se estrechaba en las calles, nos azotaba y humedecía el rostro.

Caminaba yo al lado de Pepe, sintiendo á cada instante que un escalofrío nervioso me sacudía el cuerpo, no sé si por efecto del estado en que se hallaba mi espíritu ó del desapacible soplo del viento frío que me lastimaba. Nuestras pisadas tenían esa resonancia distinta, que se oye desde léjos á media noche en las calles desiertas, y sólo de vez en cuando, al cruzar una boca calle, oíamos á loslados los pasos de algún trasnochador, ó las del sereno que volvía á su punto, después de recorrer la calle lenta y perezosamente. La policía era entónces tán escasa como inútil.

Pepe, en voz baja, fué dándome valor para aquel paso difícil, en el cual el trabajo principal consistía en la moderación y la suma prudencia. Yo le oía ya sin enojo; escuchaba atentamente sus palabras, y comprendiendo mi terrible situación, procuraba armarme de la prudente paciencia que me aconsejaba el leal amigo; pero cuando de súbito me venía á la imaginación el cuadro de D. Mateo y Claveque, en el cual me sustituía yo en lugar del segundo, el ner-

vioso escalofrío recorría mi cuerpo sacudiéndole, y de modo inconsciente, mi mano derecha acudía al mango de la pistola afianzada en la cintura.

—Las cosas han de hacerse así, en caliente; decía Pepe, cuando entramos en la calle de Tacuba. Mañana, á la luz del día, Ud. tendría mas pena de venir; y además, podría ser tarde, porque hay propósito de que el periódico salga por la mañana.

Del estreho callejón de la Alcaicería salía un murmullo de voces, procedente del laberinto de callejones que había años atrás entre Tacuba y Plateros. Mujeres perdidas de burda tela, y hombres aficionados, discurrían por aquellos vericuetos asquerosos, que parecían los intestinos de la elegante ciudad. Los guardianes del orden, excusando las cercanías de aquel lugar, para no verse en el caso de apaciguar las continuas reyertas, solían dejar abandonada la calle de Tacuba, pretextando recorrer las adyacentes.

Pepe y yo seguimos hasta llegar á la puerta de Cabezudo. Allí mi compañero, tras breve momento de reflección me impuso el

programa, al cual hube de sujetarme. Retrocedí hasta el zaguan inmediato, para esperar á que Pepe me llamara, mientras él se quedó á pie firme, aguardando á D. Mateo.

Una vez sólo, los fuelles de mi fragua comenzaron á encender el abundante combustible. Era preciso someterse á los consejos de Pepe, y hacer las cosas como él lo indicaba; pero D. Mateo iba á ensoberbecerse, iba á insultarme, á alzar la mano quizá...... Y entre las dos vergüenzas, prefería yo mil veces la primera, me la echaría encima sin remedio; pero dejarme tocar en un cabello ¡eso no!

Y sin pensarlo, apretaba yo entre los dedos el mango de la pistola.

Al cabo de un rato, mis pensamientos fueron de súbito interrumpidos. Los pesados pasos de Cabezudo resonaron en el silencio de la noche, y yo los conocí desde que el General entró en la calle de las Escalerillas. El corazón me dió un salto, y sentí un cierto temor que me avergonzó ante mí mismo, y al cual me sobrepuse en breve. D. Mateo venía sin duda de la casa de Felicia

¡Faltaba tan poco para el casamiento!...

Al pensar así, el escalofrío fué más intenso, y el odio, recrudecido en breve instante, me hizo olvidar el objeto que me llebava á esperar á aquel hombre.

¡Maldito hombre aquel, causa de todos mis males, autor de mi infortunio por su vanidad! ¡Maldito él, que no contento con arrebatarme cuanto amaba yo en el mundo, lanzándome al vicio, me vencía al fin, obligándome á ir á buscarle en demanda de paz!

Al llegar D. Mateo, y ver á Pepe que salía á su encuentro, se detuvo receloso; pero sin duda le reconoció luego, porque avanzó con franqueza, y ambos fueron á colocarse junto á la puerta. Oí desde mi sitio el rumor de la voz de Pepe, sin distinguir palabra. Algún preámbulo le sirvió para comenzar, porque durante algunos minutos, sonó su voz sin interrupción, con ciertas inflexiones insinuantes.

—¡Ese! oí decir á Cabezudo con toda claridad.

La sangre se me encendió; pero no me

moví, y seguí oyendo el rumor de las palabras de Pepe, que hablaba de corrido, como para evitar interrupciones. La inflexión frecuente, era entonces la del argumento persuasivo. A poco la voz de D. Mateo alternaba su rumor ronco con la de Pepe, ya sin claridad, como si hubiera sido advertido el General de que yo estaba muy cerca. La discusión estaba armada y yo comprendí que no tardaría Pepe en llamarme.

—Viene de ver á Felicia....Se resiste á hablar conmigo..., pensé.

Y cuando Pepe se volvió para llamarme, estaba yo casi entre los dos.

—Conque Ud. quiere paz, dijo Cabezudo con acento orgulloso.

—Yo quiero...dije, sintiendo que el escalofrío me hacía estremecer.

—Sí, interrumpió Pepe, tomándome de un brazo que apretó fuertemente; quiere paz, puesto que no hay motivo para que ambos se perjudiquen como hasta hoy. El ofrece bajo su palabra que no volverá á tocarle á Ud. ni para bien ni para mal; porque comprende que no hay razón para....

—Bueno, dijo D. Mateo, con el mismo entono; pero Ud. quiere paz ¿no es esto?

—Le repito á Ud., continuó Pepe, sin dejarme hablar, que es lo que viene buscando. Son Uds. paisanos y viejos amigos, y aquí debieran ayudarse, en lugar de arruinarse mútuamente. No hay para qué entrar en explicaciones peligrosas; se dan los dos palabra de no volver á......

—Bueno, hombre, bueno; repitió Cabezudo impaciente y alzando la voz con grosería; pero que me diga él, qué es lo que quiere. Qué me lo diga él ¿por qué no me lo ha de decir!

Yo sentí en la lengua una respuesta que me quemaba la boca; pero Pepe la detuvo cuando iba á salir.

—Dígaselo Ud., Juan; me dijo apretándome otra vez el brazo. El señor general desea que esto se arregle, lo desea tanto como Ud.; y es preciso que Ud. también sea deferente y cortés. El señor general ordenará que no se publique el periódico...

Estas palabras las dijo Pepe con entonación particular, acompañándolas de un ter-

cer apretón, para obligarme á tener presente la necesidad qne tenía yo de obrar con prudencia. Contúveme aún, hice un poderoso esfuerzo y dije con voz temblorosa que en vano traté de hacer tranquila:

—Yo he atacado á Ud., porque Ud. se ha manejado mal conmigo.

—Yo no me he metido con Ud. para nada, replicó ásperamente D. Mateo.

—No me refiero á estos tiempos, repuse, sino á...

—Ni á ninguno, interrumpió el genera como para no dejarme hablar. Ud. se me ha atravesado en el camino y se ha empeñado en *amolarme* como se le ha dado la gana; pero como no me dejo de cualquier títere, ya ve cómo le va ahora, que hasta me viene á buscar á media noche.

—Calmese Ud., dijo Pepe, alarmado.

E iba á continuar hablando, para cortar las contestaciones y enderezarlas luego por mejor rumbo; pero las palabras de D. Mateo me habían herido profundamente, dando al traste con mi poca y forzada paciencia, y produciéndome el más fuerte escalofrío.

—Señor Cabezudo, dije encarándome muy de cerca con el General; cuando he venido á buscar á Ud., ha sido por consejo de este amigo mío, creyendo que á los dos nos importaba estar en paz; pero no por miedo.

—Pues á mí no me importa su paz de Ud., replicó D. Mateo con voz fuerte, y apartando el brazo de Pepe que le estorbaba para avanzar.

—Pues á mi tampoco, contesté airado.

—Mañana le pondré Ud. en vergüenza, contando su vida en un periódico.

—Yo concluiré la de Ud., para que vean todos que el tal general no sirve para sargento.

—¡Canasto! ¡Recanasto! gritó el hombrazo fuera de sí. ¡Le voy á romper la boca!

A un empujón de su hercúleo brazo, Pepe fué lanzado contra la puerta produciendo al chocar con ella un ruido capaz de alarmar á la vecindad; y antes de que yo tuviera el tiempo necesario para prevenirlo, cayó D. Mateo sobre mí, descargando un puñetazo que paré con el brazo izquierdo, y que

sin embargo me hizo vacilar é hincar en tierra una rodilla. Apenas tuve lugar de retroceder, dando un salto hacia atras; porque Cabezudo, que de nuevo lanzó lejos de sí á Pepe, cuando trataba de contenerle, volvió al ataque como toro embravecido. Yo descuidé la defensa, por atender al ataque, y mientras con mano crispada arrancaba del cinto la pistola, D. Mateo me agarró por la garganta, clavándome los dedos hasta ahogarme. Yo no traté de evitarlo, y al sentirme estrangular, apoyé en el pecho de Cabezudo la boca de la pistola, á tiempo que sobre nuestras cabezas se abrió estrepitosamente un balcón, y la voz sonora y vibrante de Remedios gritó con mortal angustia:

—¡Tío, por el amor de Dios!... Tío!...

La detonación resonó en el silencio de la noche con triple intensidad; pero el arma desviada por la mano de Pepe, lanzó la bala á lo largo de la calle. Un grito de espanto sonó en el balcón, estridente y agudo, y llegó á nuestros oídos el ruido de vidrios, rotos sin duda por Remedios.

D. Mateo entró con precipitación por la puerta que acababa de abrirse, y Pepe, arrastrándome en su fuga, me hizo entrar por los oscuros callejones á todo correr.

—La policía, la policía! me decía en voz baja sin moderar el paso.

—¡Metánse aquí! nos dijo una voz en uno de los más oscuros callejones.

Y entramos en una casuca de lóbrego zaguán, cuya puerta se cerró en seguida.

—Dame la pistola, dijo la voz.

Obedecí sin vacilar, y entramos en una pieza en que estaban hasta tres mugeres, de facciones marchitas, y rostros desvergonzados, llenos de colorete.

—¿Tú mataste á alguno? preguntabàn á Pepe.

—¿Le diste?

—Aquí no entra la policía.

—¡Y que entre!

—Todas dirémos que Uds. no se han meneado de aquí desde las nueve.

—Tú eres el más asustado, chiquillo, me dijo otra; no tengas miedo, hombre.

Lleno de repugnancia y de asco, tuve que

sufrir á aquellas mujeres, que nos amparaban en su inmunda sentina, imitando á Pepe, que áun llegaba á galantearlas.

Dos horas permanecimos allí, retirándonos por fin, á pesar de la resistencia de nuestras salvadoras, por la calle de Plateros. Pepe me obligó á ir con él á su cuarto, y cuando estuvimos en él, el leal amigo me puso una mano sobre el hombro, y me dijo:

—Si esa muchacha se enferma y se muere, Ud. y ése bruto tienen la culpa. La noche está fatal, y según lo que imagino y lo poco que alcancé á verla, saltó de la cama para salir al balcón.

## XX

## La historieta.

Pepe se mantuvo en vela, calmando mi agitación y procurando disuadirme de los intentos que me venían á la cabeza y le comunicaba. Me eché en la cama, repasando punto por punto lo ocurrido durante aquella noche, y á la madrugada, no sé á qué hora, rindióme la fatiga moral y me dormí.

Cuando desperté, la vela espiraba en el candelero y la luz del sol entraba por las rendijas de la ventana. Pepe, con la cabeza entre los brazos, que apoyaba sobre la mesa, dormía profundamente; y temiendo no tratara de detenerme, levantéme atentado y cuidadoso, y sin hacer el más leve ruido, abrí la puerta y salí.

Con paso rápido me encaminé á la redac c.ón. Eran ya cerca de las ocho, y al entrar me encontré con la criada de Felicia que me entregó una carta. Sin leerla, y recordando el rumbo que Don Mateo traía la noche anterior, la hice pedazos, arrojé estos al suelo con cólera, y dije á la mujer:

—Dígale Ud, que no se meta conmigo; que no quiero cartas, ni recados, ni nada.

—Me dijo... balbuceó la criada con timidez.

—¡Que no quiero nada! repetí

Y subí, dejandola con la palabra en la boca.

Sin una idea preconcebida, comencé á arreglar mis papeles, rompiendo unos y guardando otros, todo con febril agitación, como si me preparase para un viaje largo y solo contara con pocas horas para quedar listo. Cuando concluí con los papeles, pasé á mi alcoba y comencé la tarea de poner en un baul mi ropa; y en tal trabajo me eucontraba, cuando á eso de las diez, entró Sabás buscándome, descolorido, tembloroso y con cara de miedo.

—¿Qué hace Ud? me preguntó.

—Arreglando esto.

—¿Está Ud. de viaje?

—Sí,

Carrasco llevaba un periódico en la mano lo cual no me llamó la atención, porque era costumbre suya, como para denotar que era periodista. Se acercó algo más á mí y preguntó:

—¿Es algún viaje...... largo?

—Sí, yo creo que sí. Quién sabe. Por lo menos me voy de esta casa. Tal vez me vaya muy lejos.

—Entonces...... dijo Sabás; entonces ya leería Ud. esto ¿no?

Con un sólo movimiento me puse en pié y arranqué el periódico de mano de Carrasco. Le desdoblé y ví con asombro que era un número de *El Censor*, acabado de salir de la prensa, según estaba de húmedo. Figuraba en primer lugar la *historieta* de costumbre, y no bien leí las primeras líneas, comprendí que se trataba de mí, que era yo la víctima de Claveque, elegida para aquel número. ¡Era él quien había recibido los cien

duros de Don Mateo! Con rapidez increible, pero sin perder una sola palabra, mis ojos recorrieron el infamante artículo, tan duro, tan punzante y procaz como los que yo había aplaudido mil veces, y áun retocado en ocasiones.

Cuando llegué al último renglón, mi cabeza parecía próxima á estallar, y la ira, el espanto, la vergüenza y la desesperación me volvían lóco. Sin darme cuenta de ello, comencé de nuevo la lectura, tan rápida como la primera; y concluida, por tercera vez empecé á leer, más bien abatido que colérico, sintiendome humillado con irremediable humillación.

Salí á la sala, y sentado junto al balcón proseguí con cierta calma la tercera lectura: Yo sabía que iban á infamarme; pero no creí nunca que tan gravemente; que iban á herirme; pero no con tan duro insulto; que mi historia no era enteramente limpia, pero no tan inmunda como allí aparecía. Y todo aquéllo ó su parte más esencial...... ¡era enteramente cierto!

Decía la historieta que había yo podido

seguir en la vida un camino honrado, porque tuve padres que nunca le abandonaron y procuraron enseñarmele, pero que habiéndome arrastrado el instinto perverso de que estaba yo dotado, había comenzado mi carrera, causando la muerte de mi madre á quien desobedecí.

Ávido de grandezas soñadas, me había marchado después á una capital, en donde logré obtener la protección de un joven distinguido que ocupaba buen lugar en el gobierno. Fué mi protector, le debí mil favores y me capté su afecto y confianza, y abusando de ésta y de la que la familia del gobernador tenía en mi adhesion, sorprendí secretos que revelé al enemigo capital del gobierno, vendí á éste á cambio de la promesa de un empleo, fuí causa de su ruina y al fin traté de asesinar al joven mi protector, encerrándole para ello dentro de mi propia casa. Huyendo de la justicia que me perseguía, porque el nuevo gobernador que de mí se había servido, no podría dejar de considerarme como criminal y traidor peligroso; llegué á México, hallé protección en una casa de

huéspedes, en donde un anciano sin riquezas me sentaba á su mesa y me daba abrigo, mientras podía yo encontrar trabajo; y cuando lo encontré, pagué la hospitalidad seduciendo á la hija de mi protector, engañándola con una promesa de matrimonio, hasta que, averiguada mi infame conducta, fuí arrojado de la casa.—Mientras tanto, por el desenfreno de mi lenguaje en los periódicos; por mi procacidad insultante, me había llegado á hacer temible; y sentando plaza de crítico literario, había creido hacer y deshacer reputaciones; como sentando plaza de político no respeté hombre público, y sin discernimiento ni justificación, confundílos á todos en las mismas injuriosas censuras. El director de *El Cuarto Poder* tuvo que despedirme, pero yo me había sabido procurar la protección de *alguna persona* para fundar *El Censor*, periódico que, comenzando por una oposición sistemática, grosera é insultante, había concluido por alimentarse del más infame *chantage*, de la socaliña más desvergonzada, en la cual había yo tenido el talento de no figurar como agente principal, apro-

vechándome de sus prodnctos, que yo llamaba *producto de anuncios.*—El día anterior se habían descubierto mis líos, porque un elevado y honorable sujeto, á quien se había arrancado una fuerte suma para no seguirle atacando, herido por reciente artículo difamatorio, golpeó al único inocente, equivocándole con el verdadero culpable. Exigida la reparación, descubrióse la trama mía, en virtud de lo cual, el mismo periódico publicaba la satisfacción dada por Cabezudo á Claveque, y yo quedaba excluido de la redacción desde aquel día.

La parte final de la historieta era para mi una revelacion de mi infamia; lo demás era mi verdadera historia, negra y tenebrosa, puesto que le faltaba el único rayo de luz que la alumbraba en mi conciencia: Remedios.

Ya el papel no temblaba entre mis manos. Mis ojos habían recorrido con lentitud las líneas del artículo, deteniéndose á veces para deletrear, saboreando su amargura, las palabras más punzantes y las frases más injuriosas, con que la historia venía salpimenta-

da. Me levanté, estrujando el papel en una mano, me acerqué á Sabás, que retrocedió mirándome con miedo, y con calma sombría le dije:

—Es decir, que soy un miserable ¿no es verdad? Hábleme Ud. con franqueza. No tenga Ud. miedo, hombre; dígame que sí.

Carrasco dió otro paso atrás.

—Vea Ud., continué, avanzando hacia él; todo esto que dice aquí Claveque, es verdad. Todo es verdad, sí, señor; no lo niegue Ud.

—Pero, Juanito... balbuceó Sabás.

—Pero lo que Claveque ignora, añadí, es que yo no consiento en que él, que es más infame que yo, me eche todo esto á la cara. Le voy á matar.

—¡Juan!...

—¡Cállese Ud. la boca! Ud. no es un miserable, porque es un simple. ¿Cree Ud. que yo no mato á Claveque? ¿Cree Ud. que Cabezudo se queda riendo de mí? ¿Cree Ud. que sufro la complicidad que en esto tienen Albar y Escorroza?

Y continuando así, y avanzando mientras Carrasco retrocedía, llegué á arrinconarle

en un ángulo del cuarto, sin oir una que otra palabra que Sabás se atrevía á dirigirme. Allí le agarré por la solapa, que sacudía con extraordinaria fuerza, cuando quería yo reforzar un argumento ó afirmar un propósito de venganza.

Por fortuna para el antiguo escribiente, Pepe entró en la redaccion, y tomándome de un brazo me llevó al centro de la pieza.

La influencia extraordinaria que Pepe ejercía sobre mí, obró sus efectos en aquel instante. Me reprochó que le hubiese dejado durmiendo, y que hubiera salido de su casa como prófugo de prisión; me habló del artículo, asegurándome que aun tenía remedio mi situación, á lo menos pasa salvar mi nombre de la vergüenza y la deshonra, y sin gran trabajo me llevó á términos de razón, y me obligó á que le acompañase á su cuarto.

Salí con él y Sabás, y cuando el viento de la calle me dió en el rostro, instintivamente calé hasta los ojos el sombrero y bajé la cabeza. Me parecía que todos los transeuntes me conocían, y que acababan de leer mi historia en *El Censor*.

Llegados al cuarto de la calle de San Lorenzo, Pepe llamó á Doña Cal...amidad, y le pidió un poco de leche, adivinando que estaba yo en ayunas. Después trató de calmarme más, llegando hasta á constituirse responsable del remedio que me tenía prometido; pero no me quiso decir cuál era, porque era fácil que yo le echara á perder, como había sucedido con el otro.

Todo aquel día me mantuvo con ofrecimientos y discursos, anunciándome grandes cosas para el siguiente.

—Es necesario, me decía, que se calme Ud. enteramente, porque en eso estriba el buen éxito. Para eso lo principal es que pasen veinticuatro horas; que venga la tranquilidad.

Y no hubo remedio: tuve que quedarme á dormir en su cuarto, al cual dos mozos llevaron en la noche mi catre y mi baul. Sabás nos acompañó hasta las ocho. A esa hora se retiró para adelantar su trabajo del día siguiente y estar listo para servirme en lo que hubiera menester.

## XXI

## El tentador.

Amaneció otro día, y al despertar sentí esa renovación que los padecimientos tienen después del reposo del sueño. Toda la *historieta* pasó por mi mente del principio al fin, y en seguida las mismas ideas, los mismos propósitos del día anterior. Pepe dormía, pero la puerta tenía llave, y mi amigo iba á despertar si yo la quitaba.

Acabábamos de tomar el desayuno, servido en silencio por Doña Calixta, cuando Sabás entró, llevando los papeles que por encargo mío había ido á recoger al abandonado cuarto de redacción. Pepe salió para continuar los arreglos, que tenía en buen camino, y entónces Sabás, me dijo con recelo:

—Allá encontré una novedad.

—¿Cual? pregunté.

—Una... señorita.

—¿Una mujer? ¿Quién? Y me levanté.

—Es una antigua conocida. La sobrina del Padre Marojo, de San Martín.

Volví á sentarme con disgusto; pero después de un momento de silencio

—¿Y qué quería? pregunté á Sabás. ¿Iba sola?

—Con una criada, contestó. Me reconoció, me preguntó por Ud.; me habló del periódico y del artículo, y con mucha aflicción me dijo que es Ud. su protector y que se ha negado á ir á verla, y hasta á leer sus cartas. Me dió lástima, y me ofrecí á traerle á Ud. esta, negando saber dónde para Ud., porque yo creí imprudente...

—Hizo Ud. bien. No quiero que lo sepa.

—Le ofrecí que leería Ud. la carta. ¿Qué pierde Ud. con leerla?

—La paciencia, contesté.

Carrasco no dijo una palabra; pero puso la carta sobre la mesa, debajo de mis ojos, y se retiró hacia la ventana. Cedí á la ten-

tación y rompí el nema. La carta se empleaba en aconsejarme que no hiciera caso de lo que me decía el periódico; decírme que sabía ella todos mis pasos y rogarme no hiciera *lo que tenía concertado*, porque eso era mucha maldad.

El corazón me dió un vuelco, y sin acabar de leerla, guardéme la carta en el bolsillo del pantalón, hecha un ovillo. ¿Qué le importaba á ella todo eso?... ¡Jacinta! Al día siguiente por la noche... ¡Jacinta! ¡Jacinta!

La lógica del vicioso favorecía mi deseo. Aquel paso era grave para mi nombre y mi reputación y para la felicidad con que antes soñara; pero ahora ¿qué tenía que perder mi nombre? ¿qué mi felicidad? Y luego la otra, la Chalupita; tan fresca, con ciertos asomos de timidez pudorosa; pero dispuesta también á cualquiera barbaridad.

Mi imaginación encendida me hacía ya pensar en nueva escapatoria de la casa de Pepe, cuando éste llegó. Carrasco salió en seguida; por donde noté que se relevaban para no dejarme sólo, lo cual me desagradó.

Pepe me explicó entonces algo de su proyecto. En primer lugar, se empeñaba en que los demás periódicos capaces de reproducir la *historieta*, no lo hicieran, ni la mentaran tampoco; conseguido esto, que era lo más importante, quería que *El Cuarto Poder* manifestatara desagrado, aunque sólo fuera en cuatro líneas, por la conducta de Claveque, y que *El Censor* dejara de publicarse, lo cual probablemente sucedería por la propia conveniencia de Albar. Tanto me trajo á la memoria las imputaciones de la *historieta*, y tanto me hizo patente la suma necesidad, y la posibilidad de reparar en mucho mi daño, que volví á someterme, y pasé allí el resto del día, y con menos agitación me entregué al sueño en la noche.

El tercer día era domingo y muy de mañana me despertó un sobresalto extraño. Apenas abrí los ojos, recordé que era el día convenido con Jacinta, y luego me ocurrió esta pregunta: ¿cómo ha sabido esto Felicia? No me importaba averiguarlo y pensé en la Barbadillo, que tenía para mí no sé qué atractivo nuevo de embriaguez, como refu-

gio del pensamiento, como promesa de olvido de todo lo demás.

Pepe se levantó, esperó á Sabás, y cuando éste hubo llegado, tomó su sombrero y salió. Confirmé la sospecha de que se me vigilaba, y comenzó á irritarme aquella hospitalidad que era ya una prisión.

Sabás no sabía de qué hablarme, y guardando ambos silencio, tenía yo tiempo para dedicarme á pensar sobre el irritante encierro y la cita de la noche. Quizá me contuviera por más tiempo y el regreso de Pepe con mejores noticias me hubiera sometido de nuevo á la obediencia; pero estaba escrito que yo había de cometer aún mayores desaciertos; para ello necesitaba yo un nuevo estímulo, y el estímulo se presentó con doblada fuerza con la llegada de Redondo.

—¿Qué hay? le pregunté saliendo á su encuentro.

¡Demonio! Que me había buscado por mar y tierra todo el día anterior, toda la mañana del presente, y al fin dió con mi escondite por mera casualidad. Buscó á Carrasco para informarse, en la redacción de

*El Cuarto Poder*, le dijeron que debía de estar en mi casa ó en la de Pepe, y había venido así á encontrarme, cuando buscaba informes. Él me los dió de lo que los periódicos domingueros decían de la historieta. ¡Vaya un Clavequel De la noche á la mañana me salía con una coz. Era de esperarse, porque no tenía el pobre otra salida. Después de *Las Pieles de Testón*, puesto á elegir entre cien duros ó una paliza, escogió lo primero; pero como yo me había empeñado en atacar á Cabezudo, me inculpó á mí, y recibió dos ó tres veces algunas cantidades comprometiéndose á hacerme callar. Mi último artículo, que debía ya acabar con la paciencia de Don Mateo, tardó por eso en publicarse, y por lo mismo le costó al fin un ojo medio reventado. Después de todo esto, ver morir el periódico que tan buena renta producía, era para él cosa dolorosísima; y para evitarlo corrió á ver á Albar, á Escorroza y Cabezudo, entre los cuales se urdió la trama.

—No hay que hacer caso de esas majaderías, concluía Redondo, riendo con todas

sus ganas; Ud. se colocará de cualquier modo en otra parte.

Y seguía riéndose como si aquello fuera un chiste de Claveque y nada más.

En cuanto á los periódicos ¿qué habían de decir? *Los Cuatro Vientos*, *El Sinapismo* y algún otro, reproducían, mediante alguna propina, la famosa *historieta* y aún le agregaban largos comentarios. Pero ¿iba yo á hacer caso de esas simplezas?

Todos los proyectos de Pepe venian abajo; no había esperanza ya de remediar el mal; el único que pensaba bien era Redondo: nó hacer caso, ¡No hacer caso! ¡No hacer caso! Pero cómo, si yo no podía dejar de pensar en mi vergüenza, y sentía yo á cada momento que una oleada de sangre me subía á la cara! ¡Cómo, si la gente me iba á señalar con el dedo y á mirarme con asco! Desmentir á Chaveque en un periódico y retarle... Casi toda la historia era cierta. Matarle como á un perro... Eso sí que lo haría; pero no me serviría de mucho. Vengarme de los otros... También; pero la infamia quedaba en su punto.

—Con permiso de Carrasco, dijo Redondo, interrumpiendo mis pensamientos.

Y llevándome al ángulo opuesto del cuarto, me dijo en voz baja:

—Acuérdese de que esta noche...

Hablamos un momento. La Chalupa grande estaba de acuerdo, Jacinta también. Redondo tenía listo un cuarto por el rumbo de San Sebastián, en una casa de vecindad que administraba un compadre suyo. El compadre estaba en el secreto. Un coche á las diez en punto en la esquina de Corchero. De allí á la Plazuela del Arbol; en la esquina debíamos esperar, y la Chalupa saldría sóla.

Con todo estaba yo conforme, y Redondo me animaba más con cada palabra, repitiéndome que ese asunto sí valía la pena de preocuparse. Resuelto á todo, tomé mi sombrero y en seguida el camino de la puerta; y cuando Sabás quiso tímidamente detenerme, le aparté con sólo un ademán, y le previne que no me siguiera.

En la calle, Redondo siguió hablando del asunto. De repente me dijo:

—¿Cómo está Ud. de dinero?

Palpé el bolsillo, con un estremecimiento, y en voz baja, como si temiera ser oído por la policía,

—Hay lo necesario, contesté, pero es de aquél... de los anuncios...

Redondo se hechó á reír. Yo sentí mucho calor en la cara y después me reí también... Entramos en una fonda.

## XXII

## Al borde.

—Desconfío de Joaquín, me dijo Redondo, cuando nos dirigíamos á casa de Barbadillo, después de dejar el carruaje apostado en la esquina de Corchero.

Una sospecha cruzó por mi mente. ¡Joaquín! Le había olvidado; pero en verdad era muchacho de mala índole, y el despecho podía arrastrarle á cualquier cosa.

La noche estaba serena; no obstante tenía yo frío, sobre todo, en las puntas de los dedos. Pero estaba yo resuelto y no cejaría, aunque la aventura estuviese erizada de dificultades. Eran las diez y Barbadillo podía dormir con toda tranquilidad, fiado en que la portera no abriría la puerta si la echaran

abajo; muy ajeno de que las propinas extraordinarias habían ablandado el genio gruñón y áspero de la vieja.

A distancia todavía de la puerta de Barbadillo, me detuve repentinamente sujetando por un brazo á mi compañero. A la escasa luz del farol que colgaba en el centro de la calle, había yo alcanzado á ver que estaban junto á la puerta dos mujeres. Redondo me instó á que avanzáramos; pero yo me resistí, presa de vago sobresalto, y obligué á mi compañero á que pasarámos á la acera opuesta. Por allí seguimos adelante, escondiéndome yo detrás de Redondo, y procurando en vano reconocer á las dos mujeres, que también se recataban.

De la esquina regresó Pedro para ver de cerca á las desconocidas. Esperé yo diez minutos con impaciencia. Pedro volvió á paso lento, y casi se detuvo en la puerta de la casa de huéspedes. No pudo conocerlas; pero sin duda inspiró curiosidad ó desconfianza, porque al volver, una de ellas se descubrió un poco para verle bien. Al parecer era jóven y muy guapa; pero no

pudo Redondo darme señas de su semblante.

—Aventura tenemos, me dijo; váyase la una por la otra. Yo regreso.

Me opuse vivamente, insistió Redondo, y yo le dije terminantemente que no lo consentiría.

—Hombre, repuso; aquí hay algo. Ud. teme que esas....

—No temo nada, repliqué; pero para que estemos en paz, deje Ud. á esas señoras.

—¡Señoras!

—Vamos, le dije; vamos de aquí. Hoy ha fracasado el golpe. Volverémos mañana.

Temblaba yo al decir esto. Notó Redondo que me pasaba algo grave, y me siguió sin replicar. Después recordó que debíamos ir á la Plazuela del Arbol; pero no era aquello para hacerse en dos noches, exponiéndose á ser sorprendido; y aunque insistió repetidas veces, tuvo que ceder, porque yo era el depositario de los fondos, y él no podía siquiera pagar el coche. Refunfuñando y gruñón, Pedro tuvo que seguirme hasta el primer hotel que quiso abrirnos sus puertas.

Echéme yo en una cama, lleno de cavilaciones, de desdecho y mal humor, y Redondo, desnudándose cuidadosamente, se metió en otra. Se incorporó después, apoyando el codo en la almohada y con voz que revelaba su enojo me dijo:

—Bueno ¿y quiénes son esas mugeres?

—No sé, respondí; pero Joaquin es capaz de todo.

—¡Joaquin! ¿Y qué tiene que ver...?

Apagué la vela y no contesté. Redondo refunfuñó otra vez; pero á poco rato dormía profundamente.

A otro dia, despues de dormir las horas de la madrugada mandé subir el desayuno y algunos periódicos del dia anterior, porque era lúnes y no los habia de la mañana. Sólo pudé tomar unos tragos leche, porque tropecé en *El Cuarto Poder* con un párrafo alusivo á mi biografía, y después encontré en *El Lábaro* un artículo asqueroso consagrado á elogiar á Claveque y á llenarme á mí de insultos é injurias. ¡Cualquier miserable valía más que yo!

Revolvíame en el cuarto con furor de

loco. ¿Dónde podría encontrar á Claveque para romperle la crisma? Imposible. Debía de estar escondido en casa de Albar. Redondo trató de calmarme. Iríamos en la noche al asunto aquel, y una vez arreglado, y pasados unos días, durante los cuales Claveque entraría en confianza, él se comprometía á llevarle á lugar conveniente para que yo le hiciera pedazos hueso por hueso: ¡Pero dejar á Jacinta!... Y hablamos de ella media hora, que fué lo bastante para dar otro rumbo á mis pensamientos.

Redondo fué á la casa de huéspedes para explicar á Jacinta que una enfermedad, una fuerte jaqueca, me había impedido ir á buscarla. La prevendría para esa noche, y cuidaría de no decir á nadie dónde quedaba yo encerrado.

A las tres de la tarde, mi amigo y yo comimos en el cuarto mismo; porque yo estaba seguro de que me buscaban en la calle, personas de quienes me importaba huir. Redondo pidió vino y me cargo la mano, con segunda intención; y yo bebía como para saciar una sed extraña que necesitaba vino.

—El tío Mateo, me dijo Pedro, sigue de malas.

—¿Sí? Me alegro.

—Se le muere la querida.

—¿Tiene?

—Tiene una por ahí. Por cierto que es guapa.

Después de la comida, Redondo hizo subir un frasco de algún licor muy dulce y muy fuerte, y entre sorbo y sorbo concertamos por centésima vez todo el proyecto de campaña. Jacinta estaba resuelta y lista para las nueve (pues yo había adelantado la hora), yla *Chalupa graude* tambien; y ¡qué diantre! detrás de la grande iría después la menor.

Cuando cerró la noche, entorpecido el cerebro y dispuesto el valor para la más temeraria empresa, por efecto del condenado licor, que me causaba ya un asco invencible, salimos á la calle. ¡Entonces sí que no hacía frío! Si las mugeres de la noche anterior estaban en la puerta otra vez, las apartaríamos; y si trataban de impedir que yo entrara...... ¿Con qué derecho lo harían?

¿Qué les importaba á ellas mi conducta? ¿Me daba ella la felicidad? ¿No había yo hecho en su favor hasta sacrificios? Nada, nada; no tenía que meterse conmigo; ya se lo había yo dicho cien veces.

No se aclaró mi razón en dos horas, y todavía con la cabeza ardiente y atrevida la voluntad, llegaba yo á las nueve á la casa de Jacinta, acompañado siempre de Redondo; me detuve, como otras veces en la escalera, y esperé con impaciencia, mientras Redondo entró á buscar á la Barbadillo.

No temblaba yo. El licor obraba su efecto, comnnicando á mi corazón el brío que á mi cabeza quitaba. La casa estaba silenciosa, los vecinos del piso bajo habían entornado sus puertas, y fuera de la luz que alumbraba débilmente la escalera, no había otra que enviara un poco de claridad al patio. Bajé hasta el descanso y maté la lámpara, para quedar completamente á oscuras; y cuando hube vuelto á mi sitio, túve que apoyarme en el pasamano, porque la oscuridad me

mareaba más, y sentí que todo daba vueltas á mi derredor.

Pasaban los minutos uno tras otro y la espera me parecía demasiado larga. Al fin oí que sonaban en el corredor pisadas cautelosas, y sin poder dominar mi impaciencia, subí el último escalón y avancé. La puerta se abrió suavemente y Jacinta, enmedio de la oscuridad tropezó conmigo, hizo instintivamente un movimiento para retroceder, empujó á Redondo que la seguía, y este dió contra la hoja cerrada de la puerta, produciendo un ruido vibrante, que se dilató en el interior de la casa silenciosa. Los tres quedamos un momento inmóviles; pero luego volvió Jacinta á avanzar, y yo la apreté entre mis brazos. Su respiración estaba agitada. Yo habría querido tomarla en brazos, para dar á la aventura algo del romanticismo que había leído en las novelas; pero ella comenzó á bajar, y yo tuve que seguirla.

Redondo había conseguido, mediante doble propina, que la portera le confiara la llave, de modo que no tuvimos testigo nin-

guno. Al ver la puerta abierta, la calle á un paso, Jacinta se detuvo, y como cediendo á postrera vacilación, volvió los ojos al patio desierto, atravesado por angosta faja de luz, que salía de una puerta entornada. Rodeé su cintura con mi brazo, y con poco esfuerzo la hice salir conmigo; y mientras Redondo echaba la llave, y la devolvía después por debajo de la puerta, según convenio con la portera, Jacinta y yo comenzamos á andarhacia Corchero.

Llegábamos ya á la esquina, cuando tropezamos con las dos desconocidas de la noche anterior. De pronto miedo y luego súbita ira me conmovieron. La vista se me nubló y apresuré el paso.

—¡Juan! gritó la voz de Felicia.

Quise sin contestar; llegar al carruaje que aguardaba en la esquina, pero Felicia corrió, y agarrándome por un brazo gritó con desesperado acento:

—¡Juan, por el amor de Dios!

—¿Quién es esa? Preguntó irritada Jacinta.

—¡Quítate! dije yo ahogándome de colera.

Y sacudiendo con fuerza el brazo, hice caer de rodillas á la joven, que lanzó un grito de dolor. La otra mujer acudió á levantarla, miéntras Redondo abría la portezuela. Echóse por ella Jacinta y ya iba yo á seguirla, cuando Felicia, de nuevo agarrada á mi brazo,

—¡Juan! me gritó. ¡No seas miserable! ¡Se muere Remedios! ¡Ven á verla por última vez!

---

## XXIII

## Se muere!...

Entré en la casa de D. Mateo como pudiera en la mía; y á la verdad, de lo que menos me acordé fué de que existiera Don Mateo en el mundo. Felicia, sofocada, tuvo que agarrarse á mí brazo para no quedarse atrás, y ni ella ni yo tuvimos tiempo de reparar en que Doña Luisa, no pudiendo seguirnos de cerca, se quedaba sola en las calles solitarias y casi oscuras. En cuanto lo consentía su agitada respiración, Felicia fué dándome algunos pormenores, miéntras corríamos hácia la calle de Tacuba. Remedios había amanecido enferma el viernes, hacía cuatro días; pero ella no lo supo hasta el sábado, y cuando fué á verla la encon-

tró ardiendo en calentura, y con agudo dolor en el costado derecho.

Por eso insistia ella más en que yo fuera á verla: para decírmelo. El domingo estuvo peor: seguía la calentura muy fuerte, escupía sangre, y el médico meneaba la cabeza de un lado á otro. El lunes iba aquello peor todavía; Remedios deliraba casi constantemente, y para colmo de males Don Mateo estaba como loco de desesperación; porque el médico dijo por la tarde, que la enfermedad era muy grave.

—Anoche vine á buscarte... dijo á Felicia. Sabía yo que ibas á hacer esto, porque la Providencia quiso que un enemigo tuyo, creyera que te perjudicaba con contármelo. Pensó que era yo tu novia.

Nadie nos detuvo. El portero tiró del cordon de la campanilla, pero arriba nadie cuidaba de ver quiénes subian.

Felicia no pudo seguirme, y guiado yo por el instinto ó no sé porqué, entré, sin detenerme una sola vez, hasta la alcoba de la enferma.

Pepa, que estaba de rodillas junto al le-

cho, acudió con presteza á cubrir los hombros desnudos de la joven, que rechazaba con violento ademán las ropas.

Sentada en el lecho, con el cabello en desorden, los ojos brillantes, la boca entreabierta, y desnudos los brazos que la fiebre no había enflaquecido aún, la joven me miró de hito en hito; mientras yo, aterrado al verla, no sé si con remordimiento ó aflicción, con vergüenza ó angustia, ó todo ello juntamente; me detuve casi en el dintel, sin poder apartar de ella los ojos. Tenía rojas las mejillas, se movía con inquietud nerviosa, y el alto pecho se agitaba á impulsos de la frecuente y fatigosa respiración.

—¡Todos son asesinos!... Me dijo con voz breve y ahogada. ¡Todos!... Ud. también.

Felicia entró, y llegó hasta el lecho, procurando cubrirla con su cuerpo, miéntras le echaba una sábana sobre los hombros.

—¡Quítate! dijo Remedios, inclinando la cabeza para verme. ¿No ves que está ahí?

—¿Lo conoces? preguntó Felicia.

—Sí... es de los mismos... es de los que matan... ¿Me matará á mí?...

Y llena de terror, se envolvió con las ropas de la cama. Felicia trató de calmarla con palabras cariñosas; pero ella exhaló un gemido, y envolviéndose más, agarró á su amiga por un brazo, como queriendo ocultarse detras de la joven y le dijo con voz angustiada:

—¡Cuídeme vd!... Vd. que es mi madre!

¡Quizá pensaba ver á la mia!

Un hombre en quien yo no había reparado, se acercó á mí con mucha urbanidad, y me indicó que, para no excitar más á la enferma, debía yo pasar á la sala. Comprendí que era el médico; pero no hice caso de su indicación, que casi no entendí, hasta que Felicia, tomándome de la mano, me condujo á un sofá de la pieza inmendiata. Era yo en aquel punto un idiota; no sentía yo nada, nada entendía bien. Felicia permaneció á mi lado un momento; lloraba, y entre sollozos me dijo algunas palabras que quedaron sonando en mis oídos, pero que no lle-

garon adentro. «Providencia, esperanza, médico, grandeza de Dios.» Después volvio á la alcoba; de la cual salía el rumor entrecortado de las palabras de Remedios, que seguía hablando y hablando sin cesar.

Al cabo de algunos minutos, puse la cara entre las manos, y lloré como niño huérfano, sobre el cadáver de la madre. Los rumores de la alcoba, sonaban para mí como música dulce que no ha de volverse á oír jamás.

En aquel sitio permanecí mucho tiempo. Doña Luisa, Felicia y Pepa, salían con frecuencia del cuarto de la enferma, dirigiéndose al corredor, con el paso ligero y cuidadoso que en esos casos se acostumbra, ya para dar una orden al mozo, ya para preparar en la cocina el alimento de Remedios. El médico se retiró á las once, después de dejar sus instrucciones á Felicia, y repetírselas minuciosamente mientras atravesaba la sala, con paso lento.

—Muy grave, le oí decir. Si hay novedad ya sabe Ud. que aquí cerca, en Manrique....

El aspecto de la casa, por más que ésta

tuviera grandes espejos y finas colgaduras, se asemejaba mucho al de aquella humilde del Padre Marojo en que murió mi madre. Yo las veía iguales enteramente. La aflicción presente y el dolor del recuerdo, aunaron su crudeza y cayeron sobre mi corazón, haciéndole pedazos. Había entre los dos casos un punto de semejanza completa: que yo tenía la culpa! Sí, yo había causado la muerte de mi madre, y causaba también la de Remedios!

Las mujeres iban y venían como sombras, sin ruido, y como deslizándose sobre la alfombra. La enferma callaba á ratos, y entonces llegaba á mis oídos el cuchicheo de las asistentes, en el cual encontraba yo no sé qué de afligido y alarmado. Alguna vez me acerqué á la puerta en un intervalo de silencio, que me parecía el de la muerte: pero Felicia me detuvo y me volvió á mi sitio.

—No entres, me dijo; parece, que se duerme por ratitos: no se vaya á asustar otra vez.

Los cuchicheos continuaron y oí, al pa-

sar ellas por la sala, que doña Luisa dijo á Pepa:

—¡Este santo señor que no regresa todavía!

Se hablaba sín duda de D. Mateo; y lejos de asustarme su recuerdo, le increpé en mi mente su tardanza. ¿A donde había ido?... ¿Porqué no estaba allí, al lado de su sobrina que se moría?

Felicia se acercó á mí y me dijo:

—Este D. Mateo no viene y ahí tengo la receta del médico. ¿Tienes dinero?

Llevé la mano al bolsillo rápidamente: pero al tocar el dinero de *los anuncios*, la retiré en un instante de vacilación que fué también de tortura. Felicia me miró con cierto asombro, y preguntó:

—¿No tienes?

—Sí, contesté lleno de confusión.

Y venciendo por la necesidad la repugnancia, puse algunas monedas en la mano de la joven.

Cuando se retiró, sofocado por la vergüenza, que venía á acabar de volverme loco, iba yo á levantarme; porque sentía yo necesidad

de movimiento y de aire; pero lo impidió una señora obesa y de unos cincuenta años, á quien no había visto, que salió del cuarto de la enferma y fué á sentarse cerca de mí.

—¡Pobre Remedios! me dijo. Usted será el Juan de quien habla tanto en el delirio ¿no? Me lo figuré desde que lo ví entrar, porque tiene Ud. ese aire de provincia que no se les quita á Uds. nunca, por más que vivan veinte años en la capital. Y peor si hubiera Ud. hablado, porque de seguro tiene el dejo de su tierra. Ella no lo conoció. Está muy afligida, porque dice que lo mataron á Ud. y lo tiraron en la acequia. ¡Pobre muchacha!

Me iban entrando ganas de contestarle una grosería, pero sus últimas palabras llegaron á lo más vivo de mi corazón.

—Ya se los dije, continuó la señora; si Uds. no llaman al Dr. Galera, esa muchacha se les muere á los siete días. Es gana meterse con estos médicos que no salen de su rutina. No hay como los homeópatas, señor don Juan; no hay como los homeópatas. Martínez (mi esposo, el didutado Martínez á

quien Ud. conocerá); se cansó de repasar médicos notables, y nada; la gastralgía en su punto. Vió á este, y al otro, y al de más allá; y la gastralgía en su punto. Hasta que quiso Dios que me fuera á visitar Chonita, la mujer de Gutiérrez, y me dió el consejo: «Vea Ud. á Galera, Chiquis, no sé el número; pero ahí está la tabla; facultad de Cincinnati». En el acto mandé llamar á Galera; y esto es un hecho, señor don Juan: como con la mano: á los tres días, Martinez fué á la Cámara, bueno y sano enteramente, como Ud. y yo. Si es á mí......

Un acceso de tos que sobrevino á la enferma, obligó á la señora á levantarse y acudír á la alcoba. El acceso fué largo y penoso; yo me llegué á la puerta, apretándome el corazón como para calmar un dolór intenso; y asomándome, ví á Remedios otra vez sentada, que llevándose las manos á la sien derecha decía, con voz breve y metálica.

—Aquí... aquí...

Felicia le tomó la cabeza entre los brazos para apretarla, y la señora de Martínez volvió á la sala.

—Le digo á Ud. que si no llaman á Galera, no dura dos días, me dijó con acento de profundo convicción.

—¿Pues porqué no le llaman? pregunté angustiado.

—¡Cosas del General! Por que este señor Méndez Paez estudió en París, se le figura que no hay cosa mejor. Que no les tiene fe á las pildoritas homeopáticas, y que él no entiende de Cincinnati, ni sabe por donde queda. ¿Qué sabe él lo que son las pildoritas? Y yo no sé, pero el caso es que lo he visto, no una, sino muchas veces.

La pobre enferma dió un grito y comenzó á hablar otra vez.

—¿Ya lo vé Ud.? dijo la señora. Ahí están con la cucharada cada hora, dizque para quitar el delirio; pues ahí está el delirio en su punto. Ya ví las recetas: lo mismo que á mi sobrina Petra: tártaro estibiado, digital, kermes, y no sé qué cosa de antimonio. Lo mismo que aquella pobre tomó para que la mataran, porque de que la mataron no me cabe duda. Y á más no le conocieron la enfermedad. La sangraron, lo mismo que á Reme-

dibs, diz que para quitarle la sofocación; pues ahí está todavía sofocada, como que tiene calentura. La calentura le habían de quitar; y yo le aseguro á Vd. que lo que es Galera, se la quita como con la mano.

Nuevo acceso de tos interrumpió la charla de la de Martínez, que corrió á la alcoba á estorbar, porque no hacía otra cosa. Apenas tenía tiempo la enferma para aspirar aire, alzando la cara con gesto de angustia, cuando la tos volvía á acometerle, ahogándola. Doña Luisa cuidaba de contener el esfuerzo de la enferma, que trataba de ponerse en pié, Pepa atendía á cubrirla con la ropa, y Felicia, quizá, contra los preceptos del médico, le daba aire suavemente con un abanico. Pero la tos seguía, la desesperación se pintaba en el semblante de Remedios; las tres asistentes, con la aflicción más viva, descuidaban ya sus oficios, y yo que asomaba la cabeza por la puerta, entré, llegué hasta la cama, y tomando la mano de Felicia la agité con fuerza, como si quisiera producir con el abanico el soplo de un huracán.

Casi al mismo tiempo sonó á mi espalda la gruesa voz de Don Mateo.

—¡Se muere! gritó casi llorando.

Se acercó á la enferma y le tomó una mano.

—¡Hijita! ¡Hijita mia! dijo lleno de angustia.

Pero en seguida recorrió el cuarto con mirada de tigre hambriento, y exclamó al fin:

—¿Y ese médico del canasto, dónde está?

—Se fué hace media hora, contestó la Martínez.

—¡Se fué! ¡Deje Ud. de soplar, me gritó á mi en seguida; y vaya por ese médico! ¡Corra Ud, corra, con mil canastos!

Salí precipitadamente, y todavía cuando el portero, al abrirme la puerta, me decía el número de la casa del Doctor Méndez Páez oí que Don Mateo gritaba con desesperación.

—¡Se muere! ¡se muere!...

## XXIV.

## "Sal, alma..."

El Doctor Méndez era un buen sujeto, y además llevaba buena amistad con Don Mateo; sin embargo, no dejó de disgustarse cuando vió al llegar á la casa del General, que la alarma no tenía mayor fundamento, y que la enferma dormía, aunque con sueño soporoso é intranquilo; y por no dejar de prescribir algo, mandó que Don Mateo se encerrase en su cuarto y no volviese á parecer por el de la enfesma.

Obedeció el General; pero desde la sala sentía yo temblar el piso, que se estremcía con los pesados pasos del grueso cacique, el cual iba sin reposo de un rincon

al otro de su alcoba, y lanzaba de vez en cuando un bufido, que podría ser de aflicción; pero poco se diferenciaba de los que le arrancaban la cólera.

Así acabamos de pasar la noche; no sin que la de Martínez consumiera una cajetilla de cigarros, y volviera á decirme que el Doctor homeópata era la octava maravilla. Varias veces fué la enferma acometida del acceso de tos, y entonces la de Martínez, en vez de entrar en la alcoba, se ocupaba en contener á Don Mateo, que trataba de violar la orden del facultativo. Tras del acceso volvía el delirio, siempre con imágenes horribles, sangre, muertes, incendios y estruendo de armas. Alguna vez oí mi nombre, sin entender lo demás, y otras varias el de personas que me eran conocidas desde San Martin. Después caía la enferma en un sueño agitado, durante el cual solía hablar también, siguiendo el tema de sus delirios; pero había entonces alguna relativa calma, que abría mi corazón á la esperanza y aliviaba mi dolorosa angustia.

La de Martínez hablaba conmigo al ama-

necer. Hablaba ella sola, mejor dicho; porque yo había tomado el partido de no hacerle caso, y mi espíritu divagaba por otras regiones; pero oí que, levantándose, dijo:

—Esto no es alivio. Lo mismo pasó con Petra; y es cargo de conciencia no decírselo al General.

Entró en el cuarto de D. Mateo, sin volver á cerrar la puerta, y púsose á hablar con el General, empeorando sin duda la situación de éste, y aumentando su aflicción. Satisfecha de encontrar allí quien la escuchara, la de Martínez me dejó entregado á mis negros pensamientos, sólo interrumpidos de vez en cuando, por los quejidos de Remedios, que penetraban en mi corazón como puñales agudos.

Entraba ya la mañana, cuando doña Luisa cruzó la sala y fué al cuarto de don Mateo.

—¡Dinero! exclamó este con singular entonación de angustia. ¡Dinero! ¡Es verdad! Anoche no encontré á López en ninguna parte, ni á Bueso, ni á ningnno de mis amigos.

Después añadió con acento que me desgarró las entrañas:

—¡Y esta criatura se muere, señora; se muere!

Se echó á llorar como un niño, y las dos procuraron calmarle. Pasó un momento en que D. Mateo dijo algo que no oí, porque estaba yo tan abrumado como él, y luego salió doña Luisa, se acercó á mí y me dió un papel.

—¿Pudiera Ud. hacer el favor de llevar eso? me preguntó.

Tomé el papel, leí la dirección y salí. En la calle le desdoblé maquinalmente y ví que decía «Mandéme lo que le parezca por mi sueldo de Octubre.» Tuve un momento de vacilación y de congoja; no con la satisfacción que otras veces, sino antes con verdadero dolor, ví que, en efecto, don Mateo estaba en la miseria; y cediendo á un impulso irresistible, saqué de mi bolsillo el dinero que me quedaba, y llegándome á un *respiradero* de la atarjea, eché por él las monedas, como si creyera que el dárselas á un mendigo era infame. Después, sentíme des-

cargado de gran peso, y precipitadamente me dirigí por las calles de Santo Domingo.

Aunque la codicia madruga, López, que de seguro no tenía arreglo pendiente para aquella mañana, dormía aún. El criado me hizo entrar á la sala, cuyo lujoso mueblaje contrastaba singularmente con la inmundicia del barrio y el feo aspecto de la vetusta casa. Allí tuve que esperar, luchando con mi impaciencia, hasta que el prestamista se levantó. Salió envuelto en holgada bata, y con un gorro bordado hundido hasta las cejas; el semblante halagüeño y la palabra dulzona.

Leyó el papel, refunfuñó un poco, para dar al negocio el color de grande y señalado servicio, y después me dejó solo en la sala. Larga espera otra vez; oí por allá adentro ruido de platos y cubiertos, y al cabo López volvió á la sala limpiándose los bigotes ¡Había ido á tomar el desayuno ántes de despacharme!.

Al fin puso en mis manos la mitad del sueldo, y me hizo firmar al calce del recado del General el recibo del sueldo íntegro.

—Es provisional, me dijo, mientras el Sr. Cabezudo me manda recibo en forma.

Eran ya más de las ocho de la mañana, cuando volví á la casa de D. Mateo. El General seguía encerrado, y la de Martínez tomaba en el comedor el tercer chocolate. Entregué á doña Luisa el dinero y la de Martínez me detuvo.

—¿Consiguió? me dijo.

—Sí, contesté de mala gana.

—Oiga Ud.; yo no quería creer que este hombre estuviera en la calle; pero no cabe duda ¡El sueldo de Octubre!

Me aparte de allí y busqué á Felicia. La joven estaba pálida y con grandes y oscuras ojeras.

—Hace una hora que duerme, me dijo; pero esto me aflige más. Quise despertarla hace un momento, porque el médico mandó que no se le dejen de dar las cucharadas, y no hemos podido conseguir que abra los ojos. ¿Qué harémos, Juan? No quiero decírselo á don Mateo; porque se vuelve loco.

Doña Luisa salió á la sala y calmó á Felicia. Aquello no era nada; dejarla dormir

otro rato, y después se la despertaría. El médico debía llegar á las diez y dispondría lo conveniente.

Don Pedro Ramírez se presentó á poco rato, preguntando por el estado de la enferma, y á eso de las nueve, cuchicheaban en la sala, además de él y de la de Martínez, Laurita Bueso, hermana del conocido personaje, la Sra. Solano, presidenta de una hermandad religiosa, la mujer de Escorroza, y algunas otras en que no reparé.

Desde el extremo opuesto de la sala, cerca de la alcoba, observaba yo de vez en cuando los gestos y ademanes de aquellas gentes, temeroso de oir sus palabras, y queriendo, sin embargo, adivinar en los semblantes, lo que de la enferma decían. Una de las señoras se levantaba, iba á la alcoba, y salía á poco, volviendo á su sitio. Los demás callaban y la miraban en espera de noticias. Movía ella la cabeza, y bajando mucho la voz, hablaba un momento; y los oyentes, después de guardar silencio un instante, volvían al cuchicheo, con más ardor; pero serios, con gesto desconfiado y grave,

Esto se repetía cada cuarto de hora; pero la Escorroza entró y no regresó á la sala, é impaciente Laurita, fué también á la alcoba. Pasó un rato y tampoco ella volvió. ¿Qué sucedía? Allá fué á poco la de Martínez, y tras ella, una por una, todas las señoras.

Mi ansiedad era atroz; el mismo Ramírez, con el semblante demudado se acercó á la puerta; pero á él y á mí nos detuvo doña Luisa, que salió con turbación que no podía ya disimular.

—¡Corre por el médico! dijo á su hermano.

Y mientras Don Pedro tomaba apresuradamente su sombrero, entré yo en el cuarto, me abrí paso entre las señoras y llegué hasta el lecho. De rodillas en él, Felicia, sentada sobre sus pies, sostenía en sus muslos la cabeza de Remedios, é inclinándose sobre ella, le hablaba, llamándola con voz á la vez desesperada y cariñosa. La frente de la enferma cubierta de sudor, reflejaba la luz pálida que ardía sobre la mesa, chisporoteando como cirio.

—¡Remedios! dije, tomando una mano de la joven.

—¡Remedios! repetí, en voz más fuerte.

Y en medio del silencio que todos guardaron, oí una voz cascada y seca que decía á los pies la cama:

—«Sal, alma cristiana de este mundo, en el nombre de Dios Padre omnipotente que te crió; en el nombre de Jesucristo hijo de Dios vivo que por tí padeció»......

—¡Remedios! volví á gritar con desesperado acento.

—Fricciones, señora; dijo á mi espalda la de Martínez.

Y aceptando el consejo, Pepa y Doña Luisa, metieron las manos por debajo de las ropas de la enferma, para frotarle los pies.

—Una cosa de lana, dijo una voz.

—Un cepillo dijo otra. Y durante breve rato, todos se movieron buscando por los rincones los objetos deseados.

La voz cascada volvió á llegar á mis oídos con monotonía de iglesia.

—«Yo te encomiendo al omnipotente Dios y te pongo en manos de Aquel de quien eres

criatura, para que cuando pagues la deuda de la humanidad con la muerte venidera, vuelvas á tu Autor que te formó del polvo de la tierra.»

Sonaron cerca de mí algunos sollozos, semejantes al frote de los cepillos, que no descansaban un instante; y entre tanto, la voz cascada continuaba la tremenda oración de la agonía, cuyas palabras sonaban ya para mí como un murmullo monótono contínuo y espantoso.

De súbito, la voz robusta de D. Mateo sonó á mí espalda con acento de infinita y dolorosa angustia.

—¡Se muere! gritó.

Y cayendo de rodillas á mi lado, llamó repetidas veces á la joven, ahogándose con sus lágrimas.

—«Libra, Señor, el alma de tu siervo...» dijo la voz, con solemne acento.

El tosco General lanzó un quejido desgarrador, y como niño que busca refugio, volvióse á mí con el llanto en los ojos. Yo abrí los brazos por un movimiento instintivo irresistible, y ambos nos abrazamos con

fuerza, como si quisiéramos ahogarnos.

El médico entró en aquel instante, apartando bruscamente á las personas que encontraba al paso. Todos se pusieron en pié, ménos Don Mateo y la presidenta de la hermandad, que volvió á decir.

—«Libra, Señor, el alma de tu siervo....»

El médico, que observaba á la enferma, se volvió, buscando alguna persona; detuvo en mí la vista, pues me hallaba en pié á su lado, queriendo adivinar sus pensamientos, y me dijo:

—No se está muriendo. Hága Ud. el favor de sacar de aquí á todo el mundo.

Mientras la de Martínez arrancaba á Don Mateo de su sitio, y yo procuraba inútilmente cumplir la orden con respecto á las demás personas, el doctor puso una receta rápidamente.

Doña Luisa y Pepa, por mandato del facultativo siguieron en su tarea.

—Que lleven una botella.

—¡Una botella!

—Que corra el mozo.

—Yo iré, dijo Don Pedro.

Desde la sala, oí la voz de la presidenta:

—«Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Susana del falso testimonio.»

Volví á la alcoba, determinado á ejecutar por fuerza la orden del médico, sí de grado no la obedecían las señoras; pero Méndez Páez, que escribía sobre la rodilla otra receta, me hizo seña de que me acercase.

El semblante del Doctor siempre despejado y simpático, demostraba desconfianza y cierta aflicción, propia del médico que asiste á un enfermo grave á quien tiene cariño. Creo que leyó en mis ojos una pregunta.

—Grave, muy grave, me dijo. Vea Ud. si hay alguna persona útil, por ahí, que traiga una taza de café fuerte con una cucharada de cogñac.

Todas las señoras se pusieron en movimiento al oir tan expresivas palabras, y tres de ellas corrieron á la cocina para estorbarse unas á otras. Las restantes, no hallando que hacer, se agruparon detrás de la presi-

denta, que seguía rezando, segura de que su obstinación era una gran virtud.

Cuando Méndez Páez volvió á decirme «Muy grave,» sentí el deseo vivísimo de sacar á aquellas gentes á empujones, y me dirijí hácia ellas. La mesita me cortó el paso, y entonces ví que la vela que daba aquella luz amarillenta y enfermiza era de cera. Rápido temblor y sensación de frío recorrieron mi cuerpo, y con enojo ó terror soplé la llama vacilante con toda la fuerza de mis pulmones. La voz de la presidenta dijo en aquel momento, con afectado tono de llorosa súplica:

—«Te rogamos, Señor, que no te acuerdes de los delitos de su juventud...»

Pero no pudo continuar, porque yo le arranqué el libro de las manos, lleno de cólera.

—¡Cállese Ud., le dije, que ni sabe lo que habla!

Y con tal energía les intimé que salieran, que todas fueron á sentarse á la sala, en donde pienso que me pusieron como chupa de dómine.

## XXV

# La noche.

A eso de las doce, un movimiento perezoso de la enferma, anunció que despertaba lentamente de aquel sueño prolongado. La de Martínez corrio á dar la noticia á Cabezudo; pero, prudente por casualidad, le advirtió que Méndez seguía diciendo que el estado de Remedios era muy grave. Más tarde la joven abrió los ojos, y al fin contestó vagamente á Felicia, que le preguntaba cómo se sentía.

La fiebre continuaba intensa, sin ceder un punto, y el semblante del médico permanecía nublado y serio. No podía asegurar nada; pero creía que aquella misma noche tendría que verse claro. Yo deseaba y

temía la llegada de la hora que esperaba el inteligente facultativo; el cual, después de dar nuevas instrucciones y cambiar las recetas, nos dejó solos, ofreciéndo volver en la noche.

La presidenta, después de hablar cuanto quiso contra el médico, y contra mí, se fué, jurando no volver, y diciendo que tenía algún asunto muy interesante en la Santa Vera-Cruz; y siguiendo su ejemplo, fuéronse también, ofendidas y cargadas de razones, algunas otras, de suerte que sólo quedaron dos además de la gorda Martínez, que era muy interesante para entenderse con el General.

No sé como pudo Pepe Rojo averiguar mi paradero; ello es que al cerrar la noche un criado de la casa me entregó una carta de aquel fiel amigo, que sólo contenía dos ó tres líneas, para decirme que permaneciera encerrado en la casa del General, porque si salía á la calle me tendría que entender con la policía. Hasta entonces y por breve instante me acordé de Jacinta.

¿Qué habría pasado con ella? cuando seguí á Felicia, al saber la enfermedad de Remedios, me llamaba con roncos gritos desde el coche......... Y no sabía yo más. La ínquietud que las líneas de Pepe me causaron, fué pasajera. ¡Qué me importaba todo, si Remedios se moría!

A las diez de la noche, el médico estaba otra vez á la cabecera de la enferma, con el semblante sombrío y desconfiado que mostraba desde la mañana. Remedios no deliraba ya; pero su estado no tenía nada de consolador, y la calentura seguía abrasándola. Más tarde, el médico, que descansaba silenciosamente en un sofá de la sala, entró en la alcoba en donde permaneció largo rato.

—La calentura sube, me dijo, al salir otra vez á la sala.

—¡Sube! exclamé con terror.

—Sí, contestó. Lo demás no me gusta; pero esto no quiere decir nada definitivo. Esta noche lo sabremos. Hemos tenido la felicidad de evitar complicaciones.

Media hora despues la calentura subía aún. La enferma inmóvil en su lecho, respiraba

otra vez ansiosamente. Felicia y sus dos compañeras, que con incansable constancia habían asistido á su lado durante tantas horas, no se rendían á la fatiga moral ni menos á la del cuerpo. Mientras la de Martínez se ocupaha en contener á Don Mateo en su cuarto, ya moviéndole conversaciones con que procuraba divagar sus pensamientos, ya llevándole noticias de la enferma que arreglaba á su modo, las tres mujeres y yo, agrupados en derredor del lecho, mirábamos de hito en hito, silenciosos y afligidos el semblante de Remedios, en que se veía con su terrible aspecto eso que los médicos llaman *facies neumónica*, tan imposible de desconocerse como difícil de describirse. Felicia, sentada á la orilla de la cama, con los ojos secos y ardientes, se inclinaba á cada momento sobre la cabeza de la enferma, y le tocaba la mejilla con el dorso de la mano; Pepa lloraba en silencio, un tanto apartada, Doña Luisa iba y venía con frecuencia, consultando el reloj, colocado en la mesa de noche, para dar oportunamente la medicina.

Yo me sentía incapaz de resistir por más

tiempo aquella situación espantosa, aquella vacilación entre la vida y la muerte. La constante sozobra, la lucha entre la realidad que se palpa y la esperanza que no agota sus bríos, habían llegado á fatigarme; y sintiendo un malestar profundo, vago y doloroso, olvidaba á veces el motivo inmediato de mi congoja.

Llegó la media nocho. El doctor volvió á poner su termómetro, le recogió después, observó la temperatura, interponiendo el instrumento entre sus ojos y la llama de la vela, y después de sacudirle, para hacer bajar la columna de mercurio, salió á la sala.

Nadie se atrevió á preguntarle el resultado; todos tuvimos miedo á su respuesta.

El silencio de la media noche fué entonces espantoso, interrumpido sólo de tarde en tarde por el ruido de algún coche que pasaba por la desierta calle, saltando sobre el piso disparejo. En el interior, sólo Doña Luisa solía moverse de su sitio, andando de puntillas, sin ruido y como resbalando por la alfombra; de suerte que en medio de tal silencio, la agitada respiración de la enfer-

ma, percibíase distintamente, parecía más fuerte y ruidosa, y aún se me figuraba que crecía en resonancia cada vez más, anunciando la proximidad del postrer suspiro. «Así, muy callandito mata la pulmonía,» me había dicho la de Martínez; y estas palabras venían á mi memoria con frecuencia, haciéndome temblar y aumentando mi angustia y mi desesperación.

Don Mateo quebrantó al fin la prisión en que la de Mı rtinez le tenía encerrado. El silencio le estaba ahogando, como á mí, y entró en la sala, turbándole con sollozos de dolor que no podía ya contener. Oí desde la alcoba la voz del médico, seca y breve, que trataba de calmar la agitación del General; y oí también, como si llegaran hasta lo íntimo de mi alma, y sintiendo viva simpatía hácia aquél hombre, las palabras que con su tosco lenguaje dirigió al médico, culpándole de descuidado, de negligente, y hasta de ignorante. Al cabo de un rato lograron Méndez y la de Martínez, reducirle de nuevo á su encierro, mediante ciertos consuelos de que yo no hice caso, porque los tuve por

piadoso engaño, empleado para dominar á D. Mateo.

Poco antes de las dos de la mañana, Méndez volvió á tomar la temperatura; observó atentamente el semblante de la enferma, y salió. Remedios respiraba más suavemente.

Siguiendo al doctor en su observación, habíamos llegado á reparar en este cambio, antes inadvertido. Levanté asombrado la cabeza y mis ojos se encontraron con los de Felicia, que me miraban con suprema aflicción. En ellos creí leer, leí esta pregunta: «¿Se estará muriendo?»

Salí rápidamente á la sala, me llegué al doctor, que había vuelto á sentarse en el sofá, y con acento que no sé si tenía más de súplica ó de amenaza,

— Señor, le dije; por el amor de Dios, dígame Ud. la verdad ¿seestá muriendo ya?

—No, señor, me contestó con extrañeza. Nada de eso.

—¿Pero qué hace Ud. aquí? Por qué no manda Ud. otra cosa? ¿Por qué no la cura Ud.?

El médico se sonrió sin benevolencia, si-

no mas bien con fastidio; el cansancio comenzaba á pintarse en su semblante, y parecía no tener ya mucha paciencia que gastar. Después de una breve pausa, me contestó.

—Estoy esperando Desde esta tarde no me queda otro papel.

Me dijo que en aquel momento tenía más esperanza que nunca, y que muy poco había que esperar para saber á qué atenernos.

Una palabra mía tranquilizó algún tanto á Felicia. Esperamos. El tiempo corría perezosamente; el tic tac del reloj de la sala me parecía lento, muy lento; y cuando esperaba yo oir sonar las tres de la mañana, sonó una campanada sola, que vibró con intensidad, rompiendo el silencio de la noche. Pasó mucho tiempo, El relój seguía con su monótono tic tac; no estaba parado, pues; pero estaría descompuesto el mecanismo de la campana, cuando no había vuelto á sonar. Al fin sonó. ¿Serán las cinco? ¡Las tres! ¡Nada más las tres!

Méndez entró de nuevo, tomó la temperatura, observó otra vez con suma atención el semblante de la enferma, y al salir me llamó.

—Parece que está salvada, me dijo.

—¡Salvada! exclamé yo, temblando, fuera de mí, casi loco.

Y la voz de D. Mateo, sonora y robusta, repitió en el cuarto contiguo, ahogada por la alegría y la sorpresa.

—¡Salvada! Salvada mi hijita de mi corazón!

Y casi al mismo tiempo, Cabezudo. saliendo de su cuarto, se echó en brazos de Méndez, estrechándole con furor. Permitióle el doctor que entrara un momento á la alcoba de la enferma, á condición de que en seguida volvería á su cuarto y se acostaría á dormir. Todos los semblantes se habían transformado súbitamente. Los labios permanecían inmóviles; pero los ojos sonreían.

Cuando Méndez Páez, colmado de bendiciones y elogios, se retiró á su casa, después de poner nueva receta y dar instrucciones sobre la alimentación de la enferma al dia siguiente, el general, rendido á la fatiga de tantos días de lucha, dormía, roncando ruidosamente.

## XXVI.

# Al despertar.

La de Martínez tomó posesión de un sofá de la sala, y Doña Luisa, después de mil instancias y ruegos de Felicia, fué á descansar á la cama de Pepa, en un cuarto interior. Felicia, sentada en un sillón al lado de la cabecera, y yo en otro, colocado frente á ella, continuamos la velada. La pobre niña, había llorado de alegría, derramando sus lágrimas sobre mi pecho, al darme un abrazo, cuando el médico se retiró.

Guardamos los dos silencio, después de contemplar largo rato el rostro transformado de la enferma. Ya no le cubría el sudor copioso de antes; ya el encendido color de la mejilla derecha desaparecía; ya en todo el

semblante se restablecía la vida, y la belleza natural recobraba su imperio. Felicia puso un dedo sobre los labios para imponerme silencio, temerosa de despertar á la enferma, que se había dormido, respirando con más tranquilidad. Permanecimos inmóviles, y á poco espacio, la respiración pausada y regular de mi compañera, me indicó que se había quedado dormida. Hacía muchas horas que no cerraba los ojos.

Después de largo rato, cuando en mi corazón se restableció la tranquilidad, como si despertara de un sueño consideré mi situación. El recuerdo de la realidad vino á mi mente, trayendo jnntas todas mis aflicciones y todas mis dificultades. Miré á Remedios, después á Felicia, recordé que estaba en una casa cuyas puertas no se abrían para mí, y al pensar que todo había concluido, parecióme que alguien me preguutaba «¿Y ahora?»

Nada tenía yo qué hacer en aquella casa. ¿Cómo me había atrevido á entrar en ella? No lo sabía; pero concluido todo, salvada la enferma, vuelta la calma, mi presencia allí

era no sólo injustificada, sino estorbosa. El general me aborrecía, Remedios me despreciaba, Felicia...... no sabía yo que pensar de ella, ni quería yo forjarme ilusiones, que de seguro se desvanecerían muy pronto. Remedios podía despertar de un momento á otro. ¿Qué diría al verme? Quizá hasta le haría daño mi presencia; se sorprendería, se asustaría de encontrarme allí, al lado de su lecho, cuando me había arrajado de su corazón para siempre.

Largo rato pensé así, sintiendo que nueva pena me llenaba el alma. La luz de la mañana entraba por las rendijas, alegre y brillante, haciendo resaltar la triste amarillez de la luz de la vela colocada detrás de la mesa de noche, cuya sombra, envolviendo el lecho, se extendía como oscura mancha de esfumados contornos sobre las paredes. Dominado por mis pensamientos, me había puesto de pié, é inclinado un poco el cuerpo, miraba yo el hermoso semblante de la enferma, como si quisiera grabar profundamente en mi memoria aquellas facciones que pronto dejaría de ver. Remedios hizo leve

movimiento, y rápida é instintivamente, dí un paso atrás para esconderme en la sombra, como si estuviera cometiendo un delito. El corazón me golpeaba con agitación creciente; estrechéme con la pared, y contuve la respiración.

Felicia despertó á poco y me llamó.

—Siéntate aqui, me dijo, cediéndome su lugar; voy á preparar el alimento.

De la puerta regresó, para hacerme ésta recomendación:

—Si ves que se mueve, vete á la sala ántes que despierte; no se vaya á asustar.

Estaba Remedios con la cara á la pared, y esto me dió atrevimiento para sentarme tan cerca de ella. Volví á mis pensamientos, volví á sentir la desolacion de mi alma, y poniendo un brazo sobre el colchón, apoyé la frente en el dorzo de la mano. Remedios hizo, sin despertar, otro movimiento que me causó nuevo susto; pero no pude retirarme, porque al levantar la cabeza, sentí sobre ella la mano de la joven. ¡Parecía que la casualidad se burlaba de mí, con aquella caricia inconciente. Un ligero temblor reco-

rrió mi cuerpo, sentí en el alma algo muy dulce, como gratitud por aquel último favor, y se humedecieron mis ojos. Quedé inmóvil, y así hubiera querido permanecer toda mi vida......

Sentí después, que Felicia entró en el cuarto; creo que se detuvo á contemplarnos un momento, y en seguida la mano se retiró suavemente. Levanté la cabeza, y ví que Felicia sonreía, haciéndome seña de que saliera de la alcoba. Obedecí, todavía tembloroso, y desde la sala oí la voz de Remedios, débil, suave; pero siempre argentina y melodiosa.

Don Mateo durmió toda la mañana y áun algo de la tarde. Yo llamé aparte á Felicia, y quise despedirme de ella; pero la joven hizo un gesto entre enojado y gracioso y me dijo que dejara de tonterías.

—Sí, te irás, añadió; pero no de dia, y cuando hayamos convenido en lo que has de hacer.

Insistí en mi resolución, y entonces Felicia me habló, volviendo á otro lado el rostro, de la policía que me esperaba. Había

encontrado la carta de Pepe sobre la mesa de la sala, y después de leerla la había roto.

Ya Doña Luisa estaba en pié. Felicia me encerró en el cuarto de Pepa, y no echó la llave, porque dí mi palabra de no salir hasta que ella lo permitiera. Mucho espacio gasté en saborear la amargura de mis tristes pensamientos. Jacinta, Redondo, la historieta de Claveque, todo volvió á mi memoria para presentarme más afiictiva mi situación y más negro lo porvenir. Y en medio de tantos enemigos, no era el remordimiento el que menos se ensañaba contra mí.

Desde mi encierro, echado en una cama, oí los pasos del médico que entró, y que volvió á salir después de un rato; más tarde, reconocí las pisadas del General, y áun oí su voz dando alguna orden. La tarde fué declinando, y cuando la luz iba extinguiéndose en el cuarto, me quedé dormido.

Felicia fué á despertarme. Amanecía ya, y á la luz de la vela que la joven llevaba en la mano, pude notar en la frescura de su rostro y en la leve hinchazón de sus párpados, que había dormido largas horas. Re-

medios dormía y Felicia me condujo á su cuarto para que yo viera un rato á la joven, que había recobrado ya por completo la serenidad de su semblante.

—¡Figúrate, hijito, me dijo, que ya no tiene nadita de calentura!

Y me detuvo en el camino para darme un abrazo.

Me hizo sentar junto á la cabecera, después de que hubimos contemplado en silencio el tranquilo semblante de la joven dormida. La cama había cambiado de posición, y Felicia me dijo que el médico lo había dispuesto para que Remedios pudiera estar vuelta hácia el cuarto.

—La pobrecita, añadió, no puede acostarse sobre el lado derecho; porque allí le pusieron el cáustico, y le duele mucho.

Tenía yo miedo, y me sentía feliz, al ver tan cerca de mí la hermosa cabeza de Remedios. Felicia me hablaba muy bajito, y yo contestaba por señas, temeroso de despertar á la joven.

—Ya le dije, que habías venido á la casa, y que estabas muy afligido, me dijo Felicia.

La miré con asombro, y ella entendió que reprobaba yo su indiscreción.

—No me costestó nada, añadió; pero yo seguí hablándole de tí, y no se enojó como antes.

Moví yo la cabeza tristemente, y Felicia siguió diciendo:

—Después volví á estar solo con ella, cuando le dí su alimento. Está muy débil y tuve miedo de agitarla. «¿Te cuento?» le pregunté. Ella adivinó de qué, y me dijo que sí, haciéndose la desentendida. Y yo le conté que habías entrado cuando estuvo muy mala, que lloraste, que estabas como loco, y que habías dado mil carreras buscando al médico, yendo á la botica y haciendo mil cosas.

Las palabras de Felicia llegaban al fondo de mi alma y me inspiraban dulce sentimiento, comúnicándome vigor singular. Me atreví á hablar muy bajito.

—¿Y qué dijo? pregunté echando el cuerpo hácia adelante para acercarme á Felicia.

—Se le humedecieron un poco los ojos,

me devolvió la taza, y me dijo que quería dormir. Por supuesto que no sabe que estás aquí todavía.

Después con dulzura y maña, Felicia llevó poco á poco, su charla á tratar de mi situación. Sin enojo, y procurando no avergonzarme, me dió á entender que sabía todo lo que me había pasado en los últimos días; y al fin me dijo que Remedios no lo ignoraba, porque ella se lo acababa de referir, callando sólo lo relativo á Jacinta. Entonces no pude contenerme y quise salir del cuarto, sintiéndome más avergonzado que nunca; pero Felicia lo impidió.

—No quiero que me vea, le dije lleno de sobresalto; es preciso que no me vea nunca. Tendrá miedo de mirarme......, ó me verá con el mayor desprecio.

—No, hijo; repuso Felicia, siéntate, ¿Sabes lo que dijo cuando le conté todo eso? Pues no dijo más que «¡Pobre!»

Me dejé caer en el sillón, y poniendo la cara entre las manos, seguí oyendo á Felicia, que procuraba alentarme.

Eran ya las ocho de la mañana, cuando

la de Martínez entró de puntillas á despedirse de nosotros, para volver á su casa, después de haber dejado sólo á su marido durante tres días. Felicia la acompañó hasta la escalera, y volvió á la alcoba con cierta precipitación.

—Es preciso que vuelvas á tu cuarto, me dijo. Don Mateo se levantó ya, y salió á la calle; pero puede volver de un momento á otro. Esta noche te irás á casa de algún buen amigo, como el que te escribió esa carta, y veremos qué sucede después.

Me puse en pie con sobresalto; el sillón hizo ruido, y yo miré aterrado á Remedios. La joven se movió perezosamente. y ántes de que yo pudiera ocultarme, abrió los ojos y me miró.

## XXVII

## Refugium pecatorum.

Hizo un moviminto de susto, ocultó rápidamente el antebrazo que salía de las sábanas, y apartando los ojos de mí, dobló la cabeza como si tratara de esconderla. Yo retrocedí lleno de terror, avergonzado y trémulo, y la misma Felicia se quedó un momento cortada y confusa; pero repuesta en breve, llegóse al lecho, tomó una mano de Remedios entre las suyas y le dijo:

—No te asustes, hijita, ni te enojes conmigo. Juan entró aquí un momento, porque quiso verte antes de irse. Ya se va. ¿Te enojas?

Remedios no contestó, y permaneció in-

móvil. Fellicia le besó la frente y volvió á preguntar:

—¿Te enojas conmigó?

Algo contestó Remedios, pero no percibí siquiera el sonido de su voz. Yo no tenía valor para moverme de mi sitio.

—Te diré la verdad, dijo Felicia; Juan está aquí desde antenoche, y casi no se ha separado de tí un momento. Ahora como ya estás buena, dice que nada tiene qué hacer aquí. No te apures; aunque venga tu tío. Enmedio de los apuros estuvieron juntos y se hablaron. Ahora, ya se va.

En aquel momento, después de haber visto los ojos de Remedios fijarse en los míos, con su dulce expresión nunca enturbiada, me hubiera arrojado de rodillas junto á su lecho, para decirle: "¡Perdóname y sálvame!» Pero la vergüenza podía más y sintiendo necesidad de huir, dí un paso hacia la puerta, sin volver la cara.

—¿Adónde? preguntó Remedios con voz más dulce aún por la debilidad y la timidez.

Felicia comprendió que había vencido, y en vez de contestar apartóse á un lado, como

para que Remedios y yo pudiéramos mirarnos. Bastó esa palabra para que el amor recobrara en mí todo su imperio, sobreponiéndose á la vergüenza y al temor; volví los ojos á la enferma, y sorprendí á los suyos en el momento en que se alzaron para verme. Sentíme poderosamente atraído, me acerqué al lecho; pero al estar junto á él, vacilé y me apoyé en el respaldo de un sillón. Pasaron en diez segundos mil ideas por mi cabeza, mil palabras murieron en mis labios, y al fin, como si hubiera antes expresado todas las ideas anteriores, sólo pude decir:

—Remedios, soy muy desdichado.

Hubo un instante de silencio, y después, como á costa de un esfuerzo penoso,

—Ya lo sé, me contestó la joven.

Tras nueva pausa, durante la cual cruzaron por mi mente otras ideas, me acerqué más y dije:

—Ya no soy bueno, como antes; pero quiero que me perdones, y que no guardes de mí un mal recuerdo.

—Sí, contestó con voz casi imperceptible. Te he perdonado......

—¿Me has perdonado?

—¡Como también yo he padecido tanto!

—Sí, lo comprendo; repuse con viveza. Yo tengo la culpa, sólo yo. He estado loco. Se han ido acabando una por una todas las esperanzas que me hacían amar la vida. He sido malo, y hasta miserable; pero tengo alguna disculpa en mis propias desventuras. Perdóname con todo tu corazón: es lo único que deseo para dejarte, para no volverte á ver, y para soportar la vida. Te ofrezco, te juro que seré bueno.

Estaba yo junto á ella, y depuesto el temor, resistía yo sus miradas. Sus pupilas se abrillantaron, humedecidas por una lágrima que en vano trató de contener.

—Te he perdonado con todo mi corazón, me dijo.

Y como si el esfuerzo que había hecho para contestarme y para contener las lágrimas, la hubieran fatigado mucho, respiró con fuerza y entornó los ojos, juntando las negras y largas pestañas. Felicia se acercó presurosa, y yo dí un paso atrás. Parecíame que en aquel momento se abría el cielo

delante de mí, y que luego iba á cerrarse para siempre. Remedios abrió los ojos, y procurando sonreir, dijo á su amiga:

—No es nada......

Al mismo tiempo la voz de Don Mateo resonó en el corredor; Felicia y yo sólo tuvimos tiempo de mirarnos. El General se dirigía á la sala.

Entró en el cuarto, dirigiéndose á la cama de Remedios, no con la cara sonriente como pudiera esperarse, sino hosca y seria, como si en la calle hubiese recibido alguna mala impresión. Sin embargo, al encontrar despierta á la joven, procuró poner semblante halagüeño, é iba á dirijirle alguna palabra cariñosa, cuando reparó en mí. Volvióse súbito y se encaró conmigo; la más viva cólera se pintó en su rostro por cierta contracción de la boca y arqueo de cejas, y después de tartamudear un instante.

—¡Y Ud. que hace aquí! me gritó con duro acento.

No tenía conciencia de haberme visto antes. No supe qué contestar, y retrocedí instintivamente, poniéndome detras del sillón.

¡Qué hace Ud. aquí! repitió, avanzando un paso, con los puños cerrados y apretando los dientes.

Felicia corrió hacia el General, tomándole por la manga de la levita; y Remedios, con un movimiento rápido, que hubiera parecido imposible en su estado de debilidad se incorporó en el lecho, y extendió un brazo para contener á Cabezudo.

¡Tío! exclamó con angustia.

Don Mateo se volvió para verla, y la joven, haciendo un gesto de dolor, reclinó otra vez la cabeza sobre la almohada, manteniendo alzado el brazo, para no rozar el costado izquierdo.

¡El cáustico! dijo Felicia, acudiendo por detrás del General.

—¡No te muevas! dijo éste, dulcificando la voz. ¿Lo ves? Te lastimas, hijita, te lastimas. Estáte quieta. No te asustes, esto no es nada.

Y miéntras Felicia cubría con las ropas del lecho á Remedios, el tosco cacique acariciaba la hermosa cabeza de su sobrina. Cuando la vió calmada, alzó los ojos mirán-

dome con tanta ira como antes; pero procuró disimularla en su acento.

Bueno, dijo con voz sorda; pero éste ¿porqué se mete aquí? ¿Quién le dió licencia?

¿Señor General, dijo Felicia; mi hermano está con nosotros desde antier, sirviendo á Remedios, y Ud. mismo le ha mandado por el médico varias veces.

¡Yo! esclamó Don Mateo. ¡Yo!... creo que sí... creo que sí... ¡Pero eso qué me importa! añadió al último, como si el recuerdo le acrecentará la cólera.

Señor General, me atreví á decir; yo he venido porque...

¡No me diga Ud. nada! gritó interrumpiendome.

Y como hiciera un movimiento agresivo, Remedios trató de incorporarse.

No te muevas, hijita; dijo el General con aflicción. Mira que te lastimas. Pon este brazo así. ¿No te molesta?... Para no agitarte, saldré con este señor alla afuera.

No, no; dijo Remedios deteniéndole; quédese Ud. conmigo.

—Juan saldrá solo, añadió Felicia, con singular expresión de enojo.

Yo dí un paso hácia la puerta; pero vacilando, porque sentía deseo vivísimo de aceptar la compañía de Don Mateo. El vaciló también y al fin dijo:

—Está bueno; váyase Ud. Ya lo buscaré para que hablemos de nuestro negocio.

—Le advierto á Ud. dijo Felicia, que Juan no puede irse á la calle en este momento. Esperará en otro cuarto hasta la noche.

—Me iré en seguida, dije yo.

Felicia me detuvo por un brazo.

—Está perseguido por la policía, añadió asustada; no puede salir.

—¡No, no es verdad! repliqué con viveza y aflicción.

—¡La policía! exclamó Remedios.

—¡No es verdad! repetí.

—¡Si es cierto, replicó Felicia con energía. Señor General, añadio; no permita Ud. que se vaya; eso sería una cobardía en Ud!

Cabezudo que adelantaba hácia mí, con gesto de satisfacción en la cara, se detuvo al oir las últimas palabras de Felicia.

—De veras que sí, dijo contrariado. Yo haré con él lo que quiera, por que me la debe; pero no lo entrego.

—No necesito de su protección, contesté. Y después de desasirme de las manos de Felicia, me dirigí á la puerta.

—¡No! gritó Remedios. ¡Juan no te vayas!

A su voz, yo me detuve y Don Mateo, con agilidad increible, llegó hasta mí y me arrastró al centro del cuarto:

—Pues no se va Ud., me dijo. Yo no soy un cobarde. Yo no lo entrego á Ud. aunque haya cometido el delito más grande.

—No, se apresuró á decir Felicia; lo persiguen por... por la política; por un artículo contra el Gobierno.

—Pues no lo entrego, repitió Don Mateo, orgulloso de su generosidad. No saldrá Ud. aunque me ha hecho tantos males.

—Ud. es quien me los ha hecho á mí, contesté.

—¡Yo! exclamó el General con ingenuo enojo, como si le calumniara. Ud. me ha

perseguido por todas partes, y ha procurado perjudicarme. Y lo ha conseguido; sí, lo ha conseguido.

—Yo no he hecho más que defenderme, repliqué; y al fin, vengarme de todo el mal que me ha hecho.

Súbitamente sentí el deseo de desahogarme; deseo irresistible como necesidad imperiosa, que me hizo olvidar á Felicia, á Remedios, todo absolutamente. y no ver sino á Don Mateo, que provocaba, no ya una riña, sino una explicación violenta en que habíamos de echarnos en cara recíprocamente nuestras culpas.

—Yo había conquistado una posición, añadío impetuosamente; y ahora no soy nada.

—Ni yo tampoco, replicó el General más que colérico, sombrío.

—Ud. me ha hecho descender hasta abajo, hasta hundirme en el lodo.

—¡Me alegro! dijo con voz sorda Cabezudo. Así estoy yo.

—¡También yo me alegro!

—¡Juan! exclamó Felicia.

Remedios hizo otra vez el ademán de detener á Cabezudo, y éste le acarició la cabeza, obligándola á ponerla sobre la almohada.

—Ud., señor General, dije en seguida dominándome, no sabe apreciar mi situación... que es todavía peor que la suya. Esta es la verdad; y alégrese Ud. cuanto quiera.

—¿La mía? contestó ¿la mía?...

Su semblante perdió casi toda su fiereza y volvió á ponerse sombrío, como si vinieran á su memoria cosas momentáneamente olvidadas. Me tomó por la muñeca, apretando con vigor y luego añadió:

—Ud. no sabe todo el mal que me ha hecho. Sus ataques han dado lugar á qne me ataquen todos, á que yo pague las defensas, y á que todo el mundo me chupe la sangre. Sin la guerra que Ud. comenzó contra mí, seria yo ministro; sí, señor; sería yo ministro; pero ahora, cuando no puedo gastar lujo, ni dar banquetes, ni botar el dinero con las dos manos, lo que consigo es que los periódicos se burlen de mí, que todos se rían de mi ambición, y que ese ministro ¡canías,

to! diga, como dijo ayer en una comida, que yo no sirvo para nada.

Iba yo á hablar; pero Don Mateo, tomó apenas aliento y continuó:

—Ya no valgo nada; ya no tengo nada; ya he vendido mis diamantes para atender á mis necesidades; y por último he vendido mis sueldos de casi todo el año. Mis amigos no quieren saludarme, y en estos días he ocurrido á ellos para pedirles prestada una bagatela, y nadie me ha hecho caso, cuando mi hija se moría y necesitaba yo comprarle medicinas y pagar al médico.

Casí se le saltaban las lágrimas á los ojos. Creo que sentí compasión por aquel hombre, aunque yo también podía inspirarla; pero al recordar mis propias penas, procurando mantener un tono reposado, dejé desbordar mi amargura.

—Yo estoy sólo en el mundo, dije con voz trémula.

—Yo también, replicó el General conmovido. Tengo que irme de aquí, porque no cuento ya con qué vivir. Estoy en la mise-

ria. Lo único que me queda es un pedazo de tierra en San Martín. Esta mañana fuí muy temprano á casa de un abogado á recibir la noticia de que Coderas ese ladrón, ¡canasto! se remató San Bonifacio! El juicio hipotecario, el juez, los abogados. ¡Todo robo! ¡Todos ladrones! Por una cantidad cualquiera me han dejado en la calle.

—A mí me desprecian todos, dije yo, con el mismo desaliento que dominaba á Don Mateo.

—También á mí, replicó.

—A mí no me quiere nadie.

—A mí tampoco.

—¡Yo estoy de más, yo sobro en el mundo; no hay gente que siquiera me tenga lástima!

Un nudo me apretó la garganta, y tuve que ocultar el rostro entre las manos, porque sentí que las lágrimas acudían á mis ojos. Oí sollozos á mi lado, alcé la cabeza, y ví que Felicia acariciaba, llorando, á Remedios que se enjugaba los ojos. La enferma pálida y hermosa como nunca, hizo un esfuerzo, y díjo con voz débil y entrecortada:

—Yo los quiero á los dos......

Don Mateo y yo, con igual rapidez nos acercamos á la joven.

—¡Ya!... exclamó Don Mateo con cariñoso acento. ¡Sí, tú sí! ya sé que me quieres.... á mí.

—¡Y mí también! dije yo con viva exaltación.

—A los dos, repitió Remedios dulcemente, estrechando una mano de Cabezudo. Los dos han sido muy buenos conmigo.

Don Mateo tartamudeó un momento, pero no se atrevió á enojarse.

—¿Te sientes mal? preguntó un tanto turbado. Mira; creo que estás más pálida. Será mejor que duermas un poco.

—He dormido bien, replicó Remedios procurando sonreir.

—Pero estás mal, y el médico quiere que estés tranquila. Te tiemblan las manos.

—Es que me afligen las penas de vds. y las...... de Juan. Dícen que todos los desprecian; pero yo no soy ingrata; yo los quiero...... ¡Si eso bastara para consolarlos!.....

—Qué me importa lo demás, exclamó Cabezudo.

Yo no contesté. Tomé una mano de la joven y la llevé á mis labios, sin sentir resistencia. Don Mateo se hizo el desentendido, y Remedios, pasando su mano sobre mi cabeza, le preguntó.

—¿Tardaré mucho en estar enteramente buena? ¡Qué gusto nos dará á Felicia y á mí volver á San Martín.

---

## XXIX.

## Concluyamos.

No hay para qué escribir más. Ya va siendo esto demasiado largo para quien lea, y mucho más para quien al escribirlo, vá repasando una por una las amarmuras de su vida. Remedios, mi hija, que sabe que m, envejecimieuto es prematuro, y que padezco una enfermedad de esas que minan constantemente la salud, ha notado que desde que comencé á escribir el año pasado, he enflaquecido notablemente, y me da prisa para que acabe mi obra. La he engañadoı diciéndole que es un ensayo sobre agricultura en la tierra caliente.

Desde el principio de la enfermedad de Remedios, Felicia hizo saber á D. Mateo

sus relaciones conmigo, lo que bastó para eufriar el empeño del General de casarse con ella. Después, cuando persuadido de su quiebra volvió con nosotros á San Martín, no dijo una palabra sobre tal matrimonio, en el cual nosotros no habríamos consentido; puesto que no era sino el sacrificio voluntario de Felicia por nuestra felicidad.

Puestos él y yo al mismo nivel, no opuso resistencia á la unión de Remedios conmigo. La tranquilidad y la dicha de la joven eran el único pensamiento de aquel hombre singular, cuyas pasiones, como á mí las mías, le llevaron á un mundo que no era para él, y en el cual debía cometer tantos desaciertos. Creo que llegó á quererme; nunca á manifestarlo. Alejado de la política, vivía en un rancho que distaba poco de San Martín, trabajando con empeño, para allegar una suma que legar á la que con derecho llamaba su hija.

Un dia Remedios se sintió mal; un fuerte escalofrío le obligó á acostarse, luego vino intensa calentura y agudo dolor en el costado derecho...... El médico de San Martín, D. Basilio Villarena, la atendió con todos los

recursos de que podía disponer; pero todo en vano. Al sétimo dia, voló al cielo aquella mujer que fué siempre para mí el angel bueno y cariñoso que endulzaba mi vida. Llevóse todas mis alegrías; pero áun al abandonar la tierra quiso dejarme un consuelo: mi hija, que lleva el nombre de su madre.

¿Pero qué consuelo habrá bastante para mitigar el dolor de mis recuerdos?

Siempre me ha atormentado la idea de que mi historia comienza con la muerte de mi madre, y acaba con la muerte de Remedios. Y de ambas me considero culpable. Pero no bastaba ese eterno roedor para mi castigo. Carrasco, que ha venido á establecerse á San Martín, y de cuyas conversaciones huyo instintivamente, me dió hace poco noticias que no le pedí, y que Pepe Rojo ha callado en sus cartas, con su habitual y piadosa discreción. Jacinta, abandonada por Redondo, fué cayendo y cayendo hasta lo más hondo de la degradación en la mujer...... Este ha sido nuevo castigo para mí. No sé si será el último; pero yo he querido imponerme el de escribir esta historia,

la cual habría sido más larga, si áun tuviera yo fuerzas para prolongar mi martirio.

Encerrado en el estrecho recinto á que he querido reducirme, oigo desde aquí el fragor de la tempestad que allá afuera ruge. ¡Ya la conozco! Las pasiones desencadenadas, la ambición sin freno, la envidia, la mentira, la farsa...... Y tan alto suenan los gritos de los vencedores, y los cánticos de la adulación y el servilismo, que no se oyen los ayes de los vencidos, ni los sollozos de tanta víctima! Yo soy de los cobardes que huyen de la pelea, y seguros en su escondite, tiemblan aún, si llega á sus oídos el ruido del combate.

Mi único afán consiste en dejar á mi hija, al morir, bienes de fortuna bastantes para que lleve una vida modestamente cómoda. Lo que Don Mateo le dejó, y lo que yo voy pudiendo allegar á costa de mucho trabajo, creo que será lo bastante para que yo muera tranquilo. Remedios le dió su alma llena de bondad y de virtud. No necesita más para ser feliz.

## XXX

## A última hora.

Acabo de recibir carta de Pepe, y agrego este breve capítulo, aunque el libro acabe en punta, como los linajes de que hablaba D. Quijote. Cada dia admiro más y comprendo menos á mi antiguo amigo. Me dice que su obra «Reformas sociales» (que á mí me parece soberbia por el fondo y por la forma) no le produjo una peseta; por lo cual se ha resuelto á adoptar otro género literario, y de su primer ensayo me remite un ejemplar, para que le dé «mi ilustrada opinión, sin ambajes ni rodeos,» advirtiéndome que lleva vendidos diez y ocho mil ejemplares. Y la tal obra es una novena á San Francisco de Paula, escrita en el tono más

suplicatorio y llorón que se pueda imaginar. En la última página hay esta nota:

«Se suplica al devoto de San Francisco de Paula, rece tres Avemarías, por intención del autor.»

Dentro de la carta hallé un recorte de periódico, que por el tipo me parece ser *El Monitor Republicano*. Contiene el párrafo final de una correspondencia, y firma *El Corresponsal*. Héle aquí:

«La desidia, la negligencia del Gobierno en cuanto se refiere á los hombres notables que no figuran en el actual orden de cosas, no puede ser mayor. Como el ilustre General á quien nos referimos, han muerto en la oscuridad, el aislamiento y el olvido más ingrato, el General H, el General X, el General Cabezudo y otros grandes patricios que, como éstos, honraron al ejército nacional, y regaron su sangre en mil combates gloriosos.»

FIN.

